EN LA SENTINA
VIAJE ENTRE TINIEBLAS, VERIFICADO POR UN MUCHACHO

CAPITÁN MAYNE REID

Ediciones el**aleph**.com

Editado por
el**aleph**.com

Traducción de J. Pérez Mauras
© 2000 Copyright www.el**aleph**.com
Todos los Derechos Reservados

I
A MI AUDITORIO

Mi nombre es Felipe Forsters, y mi edad es ya provecta. Paso mi existencia en una tranquila aldea situada en el fondo de una bahía, que seguramente es una de las más vastas que existen en las costas de la Gran Bretaña.

Por lo mismo que aquel terruño donde nací tiene pretensiones de puerto de mar, lo he calificado de tranquilo; y ciertamente nunca semejante adjetivo ha estado más justamente aplicado. Verdad es que posee un muelle de granito al cual suelen estar atracados algún par de balandras, una o dos goletitas y muy de tarde en tarde algún bergantín.

En aquella bahía, no pueden entrar los buques de mayor porte; pero, en cambio, no falta nunca un gran mimero de faluchos y lanchones que, o yacen expuestos a los rayos del sol sobre la arena de la playa, o surcan silenciosamente las aguas de aquélla.

Por lo que ya llevo expuesto habrán ustedes podido conjeturar que la pesca constituye la principal industria de mi pueblo.

Tal es el lugar donde vi la luz primera, y el que será, si se cumplen mis votos, el de mi muerte.

No obstante haber nacido allí, mis circunvecinos saben muy poca cosa acerca de mí. Conéceseme en el pueblo por capitán Forsters, o simplemente por capitán, quizá por ser el único que en estos contornos tenga cierto derecho a que se le llame así.

Y ciertamente que no me corresponde ese calificativo, pues nunca he pertenecido a la milicia; y en cuanto a mi jerarquía en la marina, como a lo sumo he llegado a mandar un buque mercante, sólo tengo derecho, si acaso, al titulo de patrón ; así, pues, a la galantería de mis paisanos debo pura y exclusivamente el ascenso, y por él les estoy muy reconocido.

Además, saben que habito en una casita situada en la misma playa, a quinientos pasos del pueblo, y que vivo solo, a menos que quiera llamarse compañía, a la sociedad de una ama setentona. Todos los días pueden verme atravesar el pueblo con el anteojo de larga vista bajo el brazo, encaminándome al muelle, desde donde dirijo mi instrumento a todos los puntos del horizonte; o bien al regresar a mi casita después de mi paseo solitario de una o dos horas a lo largo de la playa.

A esto se reduce todo cuanto saben estas buenas gentes respecto a mis costumbres, a mis inclinaciones y a mi historia.

Entre estas gentes corre, con visos de certidumbre, el rumor de que he sido un infatigable viajero; y como además no ignoran que poseo una abundante biblioteca, y que leo muchísimo, se les ha metido en la mollera que debo ser un portento de sabiduría.

Verdad es que he viajado mucho, y no menos cierto también que empleo en la lectura buena parte de mi ociosa existencia; pero mis pobres convecinos sufren un lamentable error cuando de ahí quieren inferir la extensión de mis conocimientos. Desgraciadamente he carecido de las ventajas de una sólida educación; y lo poco que hoy sé se lo debo a mi solo esfuerzo y al sacrificio de los brevísimos ocios que me ha permitido una vida consagrada al movimiento.

No dejo de comprender cuánto debería extrañar a ustedes mi aislamiento en el propio lugar donde nací; la razón es obvia, y fácilmente comprenderán cuán desconocido debo ser en él y cuán desconocedor yo mismo de la generación que lo ocupa, cuando les diga que vine a vivir aquí después de una ausencia de cuarenta años, emprendida cuando solamente contaba doce.

Salí, pues, del pueblo siendo un rapazuelo, y he vuelto a él cuando los años habían empezado a encanecer mi cabeza; es decir, al cabo de un tiempo más que sobrado para que no se acordaran de mí los que me vieron nacer, los cuales gracias si conservaban en la memoria el recuerdo de mis padres.

Porque el autor de mis días, que era marino, había permanecido muy poco tiempo en el lugar; y yo mismo casi sólo tengo presente acerca de él, la pena que experimenté

cuando supe su muerte, ocurrida en un naufragio del que ninguno de la tripulación del buque que mandaba pudo salvarse.

Mi pobre madre, no pudiendo resistir a la suerte cruel que le había arrebatado a su esposo idolatrado, no tardó en seguirle a mejor vida, y su muerte ocurrió con tantos años de anterioridad a mi regreso, que no es de admirar el olvido en que tanto ella como mi padre habían caído.

Así, pues, ya comprenderán ustedes con cuánta razón he manifestado que era forastero en la patria que me vio nacer.

Tampoco tomen ustedes al pie de la letra la palabra aislamiento que he empleado al referir mi existencia; pues por muy cierto que sea que he abandonado la mar dispuesto a terminar en completa paz mis días, no debe inferirse de ello que mi genio sea huraño y mi humor atrabiliario. Nada de eso; yo siempre he adorado la niñez, y este afecto parece haber aumentado con los años, pues ahora mismo amo con extremo el trato con los niños. Debo, pues, a mis aficiones infantiles, la amistad con todos los bribonzuelos de la comarca.

Mato las horas enteras en tan agradable compañía, muy seriamente ocupado en elevar cometas, o en botar barquichuelos, porque no se me olvida el placer que tales juegos me causaban cuando yo era un chico como ellos.

¡Cuán ajenos están estos chicuelos que alegran mi vejez, y a quienes mis tardíos juegos divierten, que el pobre viejo marino lleva pasada más de la mitad de su existencia en medio de terribles aventuras y de peligros inminentes!

Sin embargo, existen en el pueblo algunas personas, aunque en corto mimero, que conocen unos cuantos capítulos de mi vida aventurera; este conocimiento lo deben a mis propias revelaciones, porque siempre he referido aquellos lances de mi historia que juzgo han de interesar a los extraños.

Pero hace poco encontró un auditorio ante quien poder ejercer mi humor expansivo, y digno bajo todos conceptos de escuchar las confidencias de un viejo lobo sensible.

En efecto; no lejos de mi morada, existe una escuela muy conocida en la comarca, en cuyo frontispicio se lee en caracteres muy grandes este título: «Establecimiento para la educación de niños.» Pues bien; mi auditorio lo componen muchos de estos educandos.

Esos niños, viéndome con tanta asiduidad en la playa siempre que en sus juegos y carreras se acercaban hasta ella, y adivinando en lo curtido de mi tez y en el ligero balanceo de mi tardo paso con quién se las habían, pensaron, fundadamente que, en mi calidad de marino, tendría un arsenal de aventuras que poder referir.

A la niñez les agradan esos relatos que acaloran su fantasía, y mi futuro auditorio buscó con afán mi sociedad.

Poco tardamos en encontrarnos; ellos atraídos por la curiosidad y yo por mis aficiones; y a su ruego les referí algunos breves episodios de mi carrera.

Desde entonces acá los habitantes del pueblo han podido verme en la, playa sentado sobre un montículo de arena y rodeado de una multitud de chiquillos, que con la

boca y los ojos desmesuradamente abiertos por la admiración, siguen con febril ansiedad el hilo de mi discurso.

Confieso con toda ingenuidad que yo mismo participo de su satisfacción; los marinos viejos, como los veteranos, nos morimos por referir nuestras hazañas, peligros y sufrimientos.

Cierto día que me dirigía a la playa más temprano de lo que solía, me encontré con mis retozones amiguitos, en una disposición tal que a la legua trascendía a acontecimiento importantísimo. El grupo era mayor que de ordinario; y el muchacho de más edad, que era mi favorito, tenía entre los dedos un papel escrito, que desde luego barrunté que sería para mí.

En efecto; no bien hube penetrado en el corro que parecía estar aguardándome, se adelantó mi amiguito y, sin pronunciar una palabra, me entregó la esquelita. Lleno de curiosidad por enterarme del contenido de una misiva que se me entregaba con todas las formalidades propias de un respetuoso memorial, lo desdoblé en seguida, y vi que contenía una petición en regla, firmada por todos los circunstantes: la he conservado cuidadosamente entre mis papeles, y por eso puedo transcribirla textualmente: dice así:

«Señor capitán: hoy hacemos asueto, y no sabríamos emplear el tiempo en cosa más agradable que en oírle referir algún suceso de su vida. Por esto apelamos con todo respeto a su indulgencia, seguros de que, como otras veces, satisfará nuestra viva curiosidad estimulada por las aventuras que ya de usted conocemos. Quisiéramos que la que hoy se digne

darnos a conocer fuera de un interés palpitante, cosa que no ha de costarle gran trabajo, a juzgar por los inauditos peligros que dicen le han sobrevenido en su existencia aventurera. Dispense, señor capitán, nuestra exigente demanda, y elija para su narración el que le acomode, bien seguro de que cualquiera que él sea, ha de agradarnos, y de que hemos de escucharle con nuestra más profunda atención.

»Si se digna, señor capitán, perdonar nuestro atrevimiento y acceder a nuestra indicación, le quedarán eternamente reconocidos, sus afectísimos, etc.»

¿Cómo había de negarme a una petición tan cortés y respetuosa? Así, pues, no vacilé en acceder a ella, y me dispuse a contar a mis cariñosos amiguitos el lance de mi vida que juzgué había de impresionar más hondamente sus tiernas imaginaciones. Para ello elegí uno muy singular que me ocurrió, siendo yo mismo un chico como ellos. Era la historia de mi primera expedición marítima a que di el título de *Viaje entre tinieblas,* debido a las circunstancias extrañas en que la verifiqué.

Tomé, pues, asiento en medio de aquel corro, tan lleno de silenciosa expectación, vuelta la cara hacia el mar, en cuya verde superficie reflejábanse los rayos del sol; y sin solicitar nuevas instancias, tomé la palabra.

II
LOS CISNES SALVADORES

Desde muy niño he mostrado una vocación decidida, mejor dicho, una verdadera pasión por el agua: seguro estoy de que no la hubiera experimentado mayor, si en lugar de hombre hubiese nacido pato o perro de Terranova.

Mi padre, lo mismo que mi abuelo y bisabuelo, era marinero; de donde infiero que aquella inclinación en mí tan viva, estaba, digámoslo así, vinculada en mi familia, de la cual la había yo heredado. Mas sea ésta o no la causa de mis aficiones náuticas, lo cierto es que amaba al mar tan apasionadamente como si hubiese sido mi verdadero elemento. En más de una ocasión he oído contar las dificultades que costaba el poderme alejar de los bordes de los estanques y lagunas apenas acertó a poder correr por mi pie en torno de ellos. Y como recuerdo perfectamente mi primera, aventura, que tuvo lugar en uno de aquéllos, la referiré a ustedes como de pasada, para que sirva de prueba de lo que acabo de dejar sentado.

Por aquel entonces tendría yo aquella edad y fuerza que hacen falta para correr entre tropiezos y caídas, sin auxilio de nadie, pero en la cual ya se ha despertado en nosotros la afición a lanzar en charcas y corrientes de agua barquitos de papel. Como sucede en semejante edad, yo era el constructor de mis propias naves, y las hojas de los libros y los periódicos me proporcionaban materiales abundantes para construir mis numerosas flotillas, que renovaba continuamente. Pronto hube de menospreciar mis barcos de papel, porque a la vuelta de unos seis meses de constante economía introducida en mi presupuesto infantil, pude comprarme una preciosísima balandra con su aparejo y jarcia, que un viejo pescador había fabricado en los forzados ocios a que el mar reduce a los de su oficio.

Mi navío tenía, medido por la quilla, unos quince centímetros de longitud, y unos ocho de anchura; y su *tonelaje* no bajaría de doscientos gramos. ¡Valiente barco! dirán ustedes; pues con todo, a mí me parecía tan famoso, tan arrogante y capaz, como si hubiese sido una fragata de tres puentes.

Entonces el pilón del patio me pareció demasiado pequeño para mi *Leviatán,* pues éste fue el nombre con que bauticé mi pretencioso barquito, y me eché a buscar un estanque en cuyas aguas pudiera mi diminuta balandra patentizar la superioridad de su marcha.

Poco tardé en encontrarlo; y aunque sus dimensiones eran bastante reducidas, mi hiperbólica presunción lo calificó de lago. Su tersa superficie, diáfana como el puro cristal,

apenas se agitaba al tenue contacto de una brisa acariciadora; empero ésta bastó para hinchar las velas desplegadas de mi barquito, y empujándole hacia la opuesta margen, llegó a ella antes que yo, bordeando, hubiese logrado alcanzarla.

¡Cuántas veces mi navecilla y yo luchamos en velocidad, saliendo vencedor o vencido según fuera más o menos fuerte la brisa!

Conviene que diga a ustedes que aquel hermoso estanque, junto al que pasé los instantes más agradables de mi infancia, estaba enclavado en un parque propiedad de un convecino. Era éste un señor tan amable, que consentía a todo el mundo la entrada en sus jardines, por los cuales se podía discurrir cuanto se quisiera sin temor de incomodarle. Con tal de que respetasen las plantas que cubrían las tapias, y los arbustos que poblaban los bosquecillos, podían los hombres jugar a los bolos en las plazoletas, y los niños botar sus barquitos en el estanque; y eran tales el respeto y la gratitud que la generosidad del dueño del parque despertaba, que no recuerdo haber oído lamentar el menor desmán en sus jardines.

Aun existe ese parque; sus tapias deben serles a ustedes conocidas; pero el excelente señor que lo poseía ha muerto hace mucho tiempo, pues ya era viejo en la época a que me refiero, y cuenta que desde entonces acá han transcurrido sesenta años.

Si mal no recuerdo, por las aguas del estanque pululaban alguna media docena de cisnes y otras aves acuáticas de especie rara. Nosotros los muchachos solíamos divertirnos

dándoles de comer, en términos de que yo recuerdo perfectamente, que siempre que yo salía de mi casa para encaminarme al parque, llevaba los bolsillos llenos de zoquetes de pan, o alguna otra golosina más delicada.

De la generosidad con que tratábamos a aquellas aves resultó una familiaridad tal, particularmente con los cisnes, que venían a tomarnos de la mano lo que les llevábamos, sin que se mostraran temerosas.

Para divertirnos empleábamos una manera muy graciosa para darles la comida; uno de los lados del estanque se elevaba a cosa de un metro sobre el nivel del agua; y como ésta era profunda en aquel sitio, y el estanque no tenía ningún declive, se hacía casi imposible el trepar. Desde este lado, pues, atraíamos los cisnes, y aun este cuidado vino a ser inútil, porque las blanquísimas aves, acostumbradas a vernos en él, acudían sin esperar nuestro reclamo. Así, pues, colocábamos en el hueco de una caña partida un pedacito de pan, y meciendo aquélla por encima de las cabezas de las aves, procurábamos que no la alcanzaran fácilmente. Entonces era de ver cómo alargaban su cuello, y los saltos y aletazos que entre impacientes píos daban, hasta que nosotros, hartos de reír y loquear, les abandonábamos la codiciada presa.

Un día llegué al estanque mucho antes que ninguno de mis habituales camaradas. Como ustedes supondrán, no se me había olvidado llevar mi inseparable balandra, que, como de costumbre, boté al agua, yendo a recogerlo adonde la brisa lo empujaba.

Tan sumamente leve era aquel día la brisa, que apenas bastó a hinchar el velamen de mi barquita; seguro, pues, de llegar antes que ella a la orilla opuesta, me distraje correteando alrededor del agua. Al salir de mi casa no me había olvidado ciertamente de mis predilectos cisnes. Habíales ido cobrando tal cariño, que hoy, al recordar aquellos sucesos, estoy por creer que su aspecto llegóme a sugerir más de una vez inocentes sisas; precisamente la rebanada de pan que les llevaba aquel día, había sido tomada de la alacena a escondidas de mi madre, de la que sólo recibía mendrugos cuando de mis cisnes se trataba.

Mas para mi historia, la procedencia de mis objetos es lo de menos; el hecho es que aquel día la rebanada era muy grande, y que al llegar al sitio que he descrito, hice alto para obsequiar a mis protegidas con el cotidiano banquete.

Mis amiguitas, al verme, corrieron hacia mí agitando las alas y estirando el cuello, como para llegar antes al borde del estanque. A los pocos instantes llegaron los cisnes muy cerca de donde yo estaba, y era cosa de verles con el pico abierto y levantado, y llena de codicioso deseo la mirada, espiar mis menores movimientos, para poder alcanzar los pedacitos de pan que yo suspendía encima de sus cabezas. Ya casi habían engullido cuanto les llevara, cuando de pronto falseó la tierra de la orilla en que tenía sentado el pie, y, resbalando, di con mi cuerpo en el agua, produciendo tanto estrépito como lo hiciera una piedra; y como ésta, hubiera ido a parar al fondo del estanque, si el grupo de los cisnes no hubiese estado allí para recibirme. Imagínense ustedes cual sería el sobresalto de

los pobres animalitos, viendo el enorme bocado que de manera tan inopinada se les venía encima.

Yo no sabía nadar; mas el instinto de conservación me hizo luchar desesperadamente contra el peligro. Extendí las manos y busqué al azar, como cuantos se ahogan, un apoyo y tropecé con un cuerpo resistente, del que me así con toda la desesperación que pueden ustedes figurarse.

Al hundirme en el agua, ésta, penetrándome por los ojos y oídos, me dejó atontado. Empero, oí el ruido que metían los cisnes al huir despavoridos, y sólo entonces pude darme cuenta de haberme apoderado de la pata del mayor y más vigoroso de todos ellos. Sin duda el terror había acrecentado su vigor, pues es lo cierto que en su fuga, me fue arrastrando rápidamente hacia la opuesta orilla. Lo extraordinario del caso es que pudiera mantenerse a, flote a pesar del peso de mi cuerpo yerto, que tendía a hundirlo; gracias sean dadas a sus prodigios de natación, y al esfuerzo de sus alas que iba agitando frenéticamente como para tender el vuelo, de lo contrario hubiera yo sucumbido. Con todo, es más que probable que, si el viaje llega a ser más largo, la aventura hubiera terminado trágicamente; por fortuna duró muy poco; pero así y todo, ya sentía desvanecimientos y angustias, aunque sin darme cuenta de la verdadera situación en que me hallaba.

Aquel singular remolque debió durar muy pocos minutos; precisamente en el momento en que iba a perder el poco conocimiento que me quedaba, sentí que mis rodillas tropezaban con un cuerpo duro; era el escalón que existía en

el lecho del estanque, en el cual bastóme hacer hincapié para poder ponerme derecho y sacar la cabeza fuera del agua.

En aquel momento el instinto me aconsejó lo que sin duda el conocimiento no me hubiera permitido utilizar; solté la pata del cisne, que echó a volar rápidamente, en medio de gritos salvajes, y díme por muy dichoso al ver al feliz término de tan desagradable viaje.

Respecto a mí, apenas me hube enderezado, encontréme que el agua, sólo me llegaba hasta los sobacos; y previos algunos estornudos, golpes de tos y pestañeos, me encaminé trabajosamente hacia la orilla, en la que por fin llegué sano y salvo.

Tan espantado estaba, que ni siquiera me acordé del barquito ; y dejando que más feliz que yo continuara sin naufragar su travesía, eché a correr como alma que lleva el diablo, y al llegar encaminéme directamente al hogar, al amor de cuya lumbre me desnudé para secar mis empapadas ropas.

III
UN NUEVO PELIGRO

No vayan ustedes a creerse que aquel inesperado baño me sirviera de lección para en lo sucesivo huir de la vecindad del agua. Nada de esto ; respecto a este punto la experiencia no me sirvió de gran cosa, si bien es cierto que me hizo comprender lo ventajoso que es ser un buen nadador; así es que bajo la impresión del peligro que en el parque había corrido, me dediqué con ardor a aprender a nadar.

Mi madre, lejos de oponerse, me estimuló a ello; mi padre, a la sazón ausente, aplaudió mi resolución, explicándome en su carta el método a que debía sujetarme en aquella primera iniciación en el rudo oficio del hombre de mar.

Comprendiendo yo que el triunfo había de enorgullecer a mis padres, apresuréme a seguir sus consejos. Durante el estío me daba, diariamente dos zambullidas en el mar; una antes de entrar y otra al salir del colegio, y en ellas manoteaba y me hundía y volvía a salir fuera del líquido elemento con el juvenil ardor de un tiburonzuelo. Algunos camaradas

mayores que yo me habían prestado los primeros auxilios de su experiencia en el arte natatorio, y tan bien hice uso de ellos, que al cabo de dos o tres lecciones empecé a saber hacer el muerto sin ayuda de nadie. Aún conservo en la memoria la gran satisfacción que experimenté viendo que sabía flotar echado de espaldas en el agua.

Y permítanme ustedes, amiguitos míos, que les dé un consejo; créanme, imiten mi ejemplo, aprendan a nadar; tal vez les haga falta antes de lo que se imaginen; tal vez mañana, hoy mismo quizá, lamentarán, a la vista de un compañero que se ahoga, el no tener estos conocimientos; y, ¿quién les garantiza de que no sea este mismo el que haya de salvarles a su vez algún día?

Hoy, en que se viaja con suma frecuencia, hay más probabilidades de correr el peligro de un naufragio o cualquier otro siniestro marítimo que en tiempos anteriores; hoy todo el mundo se embarca alguna vez en la vida; se cruza el mar, se remonta el curso de los ríos; no hay quien por distracción, por placer o por sus negocios, no se exponga un día u otro al peligro de ser tragado por las aguas, y, por desgracia, gran parte de los viajeros que se entregan a la merced de tan pérfido elemento, desconoce las más rudimentarias nociones de la natación; no es de extrañar, pues, que sea tan considerable el mimero de ahogados, especialmente en las épocas tempestuosas. Sin embargo, no vayan ustedes a creer, por lo que les voy diciendo, que en caso de naufragio no nos es suficiente ser un intrépido nadador para lograr llegar a tierra por el solo esfuerzo de

nuestro valor y de nuestros brazos; no incurriré ciertamente en los peligros de tan arriesgada afirmación; en tales circunstancias, de nada sirven, por sí solas, las fuerzas humanas para sobrepujar la inmensidad del peligro; mas el arte del nadador puede sernos eficaz cuando la proximidad de una chalupa, de algún cabo lanzado a su encuentro, de una tabla o de un barril, pueden permitir al náufrago, con la adquisición de estos frágiles elementos, dar descanso a sus miembros entumecidos, a esperar, tal vez, al buque que acude en su auxilio.

Quien no sepa nadar, no debe esperar tan feliz contingencia; a los desgraciados que se encuentran en este caso, el abismo los atrae sin remisión a sus insondables profundidades.

Por lo demás, ustedes saben perfectamente que la mayor parte de los naufragios no ocurren en alta mar; por lo regular la tempestad carece de la fuerza necesaria para desguazar un buque en pleno Océano, siéndole necesario para conseguirlo que haya descargado todas sus baterías, como dicen los marineros en su pintoresco lenguaje.

Ordinariamente, los buques se pierden a la vista del puerto, o en los bajos y escollos de la playa, y ya comprenderán ustedes cuán útil ha de ser a los infelices náufragos en tales momentos el poder contar con sus recursos personales para abordar uno u otra.

Todos los años sucumben a cien metros de la costa centenares de personas, no salvándose ni los que se dedican a la navegación fluvial; no es raro ver, en efecto, a uno de estos

buques encallado en mitad de la corriente de un río y a muchos de sus tripulantes perecer a pocas brazas de la orilla.

Sé perfectamente que ustedes dirán que todo eso que les digo es muy viejo; son hechos, en verdad, que ocurren a la faz del mundo, y por más que su remedio sea en parte desconocido, nadie se da por aludido, y el desconocimiento de aquel arte aumenta cada día las víctimas.

Cuando se reflexiona sobre tal abandono por parte del individuo, le entran a uno tentaciones de admirarse al ver que los gobiernos, por su parte, tampoco hacen nada para despertar en la juventud la afición hacia tan útil conocimiento.

Y ya que esto no se hace, sería muy fácil por lo menos, obligar a cuantos se embarcan a proveerse de un cinto salvavidas; esta humanitaria, y poco costosa precaución, salvaría al cabo del año a millares de personas de lo cual puedo suministrar a ustedes la prueba.

Los gobiernos sólo se cuidan de hacer pagar un tributo a todos los viajeros obligándoles a proveerse de un papel de dudosa utilidad; mas una vez cobrado el dinero de ustedes, la idea de que viajeros y pasaporte puedan convertirse en pasto de los peces, les preocupa maldita la cosa.

Mas, piensen o no los gobiernos en procurar los medios de arrebatar tantas víctimas al rigor de los elementos, esto no importa, queridos lectores; créanme ustedes, aprendan a nadar; empiecen hoy mismo, si la estación lo consiente, y no dejen de cultivar semejante ejercicio más que cuando el frío les aleje del mar. Y antes que el exceso de ocupaciones, las

exigencias de la vida, los deberes de una profesión, o los cuidados que absorben al hombre a su paso por este mundo, les desvíen inevitablemente del cultivo de un conocimiento que a un tiempo es un entretenimiento y sabia previsión de peligros futuros, procuren ser buenos nadadores. Tampoco hay que desconocer los que en el aprendizaje se provocan y de continuo amenazan a todo el que penetra en el mar; riesgo de ahogarse lo correrán entonces antes que les apunte el bozo, y antes que con el propio auxilio de la natación puedan ustedes tal vez librarse más tarde de peligros mayores.

Por lo que respecta a mí, muchas veces me he visto expuesto a ser víctima de mi afición por el mar; aquellas olas, por las que tanto deliraba, parecían deseosas de engullirme, y seguramente que hubiera vituperado su pérfida ingratitud, si no hubiese sabido que, no estando dotadas de raciocinio, carecen de responsabilidad.

Algunas semanas después de una zambullida en el estanque y cuando ya llevaba algunos días ejercitándome en el arte natatorio, estuvo en un tris que ocurriera una catástrofe, concluyendo para siempre mis inclinaciones acuáticas.

Esta vez no ocurrió el lance en las límpidas aguas en que se recreaban los cisnes, porque estaba prohibido penetrar en él a los chicos y a los grandes; pero tal prohibición en un pueblo situado junto al mar no podía contrariar aficiones tan decididas como las mías, y penetré en las azuladas aguas en pos de aquel arte que era mi primera iniciación en la carrera de marino.

El sitio en donde los vecinos del pueblo solían bañarse era el peor de cuantos podían haber elegido para ello, y no porque la playa no fuera encantadora ni fina la arena que el mar cubría; pero existía bajo la pura transparencia de sus olas una poderosa corriente muy peligrosa para el que no fuera un consumado y vigoroso nadador.

Alguno ha sucumbido arrebatado por tan impetuosa corriente; mas como hacía mucho tiempo que no se había repetido tal accidente, el peligro quedó relegado a ser pasto de consejas, sin que se alterara la común indiferencia por él a la vista de dos o tres nadadores que, arrebatados por la corriente, debieron su salvación al auxilio que unos buques les prestaron.

Los ancianos del pueblo, es decir, aquellos cuya opinión podía adquirir más ascendiente, experimentaban gran disgusto cuando se hablaba de tales accidentes y se encogían de hombros cuando tal discusión se provocaba en presencia suya.

Recuerdo perfectamente que su reserva me llamó la atención desde el momento en que pude notarla; alguno de aquellos ancianos, descendiendo al examen a que se les excitaba, llegaron a negar la existencia de semejante corriente, mientras otros, más moderados, sólo sostenían que era de todo punto inofensiva.

Y lo más particular del caso era que no permitían a sus chicos bañarse en aquel sitio.

Sólo después de mucho tiempo, y a la vuelta de viajes que me obligaron a estar ausente de mi pueblo más de

cuarenta años, llegué a adivinar la causa de la extraña reserva de mis convecinos. Ustedes saben sobradamente que nuestro pueblo es, entre los del litoral, uno de los preferidos por los veraneantes y bañistas, y que a esto debe en gran parte su prosperidad. Fácilmente supondrán ustedes que a poco que se hubiese divulgado la mala fama que entre algunos disfrutaba la bahía, los forasteros hubieran huido de aquí, y su ausencia hubiera agotado el rico filón que en ellos tenía nuestro pueblo. Por esto los hombres de más peso de la vecindad suelen querer a uno tanto más, cuanto menos se ocupe de aquella temible corriente.

Pero, a pesar de las afirmaciones que en contra de su existencia mantienen tan prudentes ciudadanos, el caso es que yo llegué a ahogarme en la bahía.

«¡Eso no puede ser!» dirán ustedes seguramente viendo que aun me puedo contar entre los vivos. Pues a pesar de esto, la calificación no está fuera de lugar. Había perdido toda conciencia de mí mismo, y era completamente extraño al mismo dolor; hubiera podido abrirme en canal y cortarme a trocitos sin temor de que yo lo sintiera; y desde aquel fatal momento hubiera dejado de pertenecer a este mundo si un alma piadosa, un corazón intrépido, el barquero Enrique Blon no se hubiese cruzado en mi camino en el instante en que iba a desfallecer.

Bien mirado, nada de extraordinario tiene en sí este accidente, y si lo refiero es para iniciar a ustedes en el conocimiento del valiente Blon, cuyos hábitos y costumbres debían ejercer tan decisiva influencia en mi porvenir.

Como de ordinario, aquel día habíame encaminado hacia la playa en que solía bañarme; y sea por descuido o porque deseara extender el círculo de mis exploraciones dentro de la bahía, lo cierto es que fui a entregarme en poder de la corriente, y en el sitio en que su acción era más peligrosa. Apenas hube entrado en sus aguas se apoderó de mí con tal violencia que, haciéndome vil juguete de su reflujo impetuoso, me arrastró mar adentro, y a una distancia tan considerable, que, quieras que no, me hubiera sido imposible ganar de nuevo la playa. Estaba convencidísimo del espantoso peligro en que me hallaba; y sea porque el terror paralizara mis fuerzas, o más bien porque el aniquilamiento me imposibilitaba para poder resistir el impetuoso reflujo, o por ambas causas a la vez, lo cierto es que dejé de luchar y me hundí como un plomo en el tenebroso abismo.

Confusamente conservo el recuerdo de un ruido que hirió mis oídos, y que en mi desesperación tomó por un violento chapotear de remos a poca distancia del sitio en que me hundí; además creí haber entrevisto por entre las brumas tupidas de mi cerebro desvanecido, una lancha que se aproximaba a mí; mas este ensueño se ahogó conmigo en las entrañas de aquel abismo que irresistiblemente me atraía: en mis oídos resonaba un sordo zumbido como el eco prolongado del lejano trueno; perdí súbitamente los sentidos y mi conocimiento se apagó como la llama vacilante de la débil bujía al soplo impetuoso del vendaval.

No sé lo que por mí pasó hasta el instante en que recobré el conocimiento. Al abrir los ojos encontréme

tendido en la playa y en presencia de un joven que, con el cuerpo inclinado hacia mí, me sometía a una serie de manipulaciones, a las que, después de su valor, debía la existencia. Me dio por todo el cuerpo recias fricciones, me golpeó el pecho, me sopló en la boca y me introdujo por las ventanas de la nariz una pluma de ave; en fin, me sujetó a un sinnúmero de maniobras, que, no obstante mi estado, llegaron a admirarme.

Enrique Blon era el que me había salvado. En cuanto me tuvo fuera de peligro me tomó en brazos y me llevó a mi casa; mi madre, al verme en tan deplorable situación, estuvo a pique de volverse loca. Inmediatamente me hicieron tragar vino, me arroparon bien y me rodearon de una buena lumbre, me acostaron entre botellas de agua hirviente, y con estos cuidados, y con las sales y vinagre que me hicieron aspirar, muy pronto me restablecí completamente.

En efecto: después de veinticuatro horas pasadas en la cama me levanté, como si nada me hubiera sucedido. Esta lección, lejos de ponerme en guardia contra la perfidia de mi elemento favorito, no me aprovechó maldita la cosa, como verán ustedes a continuación.

IV
EN EL MAR

El grave peligro a que me expusiera, y que de modo tan providencial me había salvado, en vez de curarme de mis inclinaciones náuticas, aumentó, por el contrario, la pasión que por el mar había sentido.

En cuanto a Enrique Blon, mi salvador, la gratitud que desde luego despertó en mi corazón no tardó en trocarse en un profundísimo afecto. No sólo era Enrique un intrépido muchacho, sino además un amigo tan excelente como animoso; excuso, pues, decirles que llegué a quererle sinceramente. Por lo demás, todo en él anunciaba que correspondía a mi amistad, porque se portaba conmigo como si en lugar de ser acreedor hubiese contraído una deuda recibiendo los testimonios de mi justa gratitud por su bella acción. ¡Cuánto interés se tomó por hacer de mí un buen nadador y un hábil remero! Al cabo, sus esfuerzos se vieron colmados por el más feliz éxito, pues por lo que respecta a lo segundo, no obstante mis pocos años no tardé en saber servirme de los remos, y poner en movimiento un bote sin

ayuda de nadie. Semejante progreso causaba en mí grandísimo gozo, y mucho más se acrecentó cuando, honrado con toda la confianza de mi intrépido maestro, podía ir solo en busca de su lancha amarrada en cualquiera ensenada de la bahía para llevársela al sitio que de antemano me designaba. Cuando pasaba bogando junto a algún buque tranquilamente anclado cerca de la playa, llegaban a mis oídos algunas pullitas dirigidas contra mi visible presunción. Uno decía: «¡Valiente puntal para un par de remos!»; otro exclamaba: «¡Ahí de a bordo! ¡Vean al mocoso que aun mama, cómo suda por meterse a guiar un bote!» Y a las cuchufletas seguían sonoras carcajadas, de las que hacía yo tanto caso como de las primeras. ¿Debían importarme tales insultos? Yo creía que no; y, en efecto, hasta tal punto los despreciaba, que en vez de avergonzarme por ellos, estimulaban mi ardor en términos de hacerme bogar con tales esfuerzos, que bastaran a demostrarle que la falta de estatura no era obstáculo para imprimir una enérgica y segura impulsión a los remos.

E indudablemente conseguí lo que me proponía, porque a la vuelta de muy poco tiempo, ya nadie, no siendo forastero, pensó en burlarse de mi audacia precoz; mi destreza se hizo proverbial en el pueblo, y a pesar de mi poca edad me trataban con consideración. Al principio solían, en tono de chunga, y sin ánimos de herir mi amor propio, llamarme el marinerito; pero ya después me bautizaron con el apodo de lobezno de mar, que prevaleció sobre todos los demás.

Mi familia se reunió en consejo y resolvió meterme en la marina, y acordando que yo acompañaría a mi padre en su próxima expedición. Desde mucho antes habíanme vestido ya de marinero, y, a la verdad, mi traje era irreprochable: chaquetilla de paño azul, pantalón acampanado de la misma tela, corbata negra de seda y cuello a la marinera. Creo que era merecedor al último apodo en gracia del donaire con que lo vestía. Si he de decirles la verdad, no me disgustaba el oírme llamar lobezno de mar, tal vez porque Enrique Blon fue quien así me llamó antes que nadie.

Por entonces los negocios de mi amigo empezaban a ir viento en popa, como vulgarmente se dice; había comprado dos barcas, la mayor de las cuales, a que llamaba pomposamente su falúa, servíale cuando tenía que embarcar tres o cuatro pasajeros. Hacía muy poco que poseía la segunda, que, por ser más pequeña, le servía únicamente para llevar una sola persona. Durante la temporada de baños, en que tanto menudean los paseos por el mar y las alegres regatas, la falúa estaba en un continuo ir y venir, en tanto que el modesto bote permanecía amarrado en cualquier sitio seguro de la bahía. Entonces, con el consentimiento de Enrique, podía usar el bote con toda libertad, bien para guiarlo solo, o, si lo prefería, en compañía de cualquier amiguito. No es necesario que les diga que utilicé ampliamente de semejante autorización. Apenas salía de la escuela, corría a desamarrar el bote, y empuñando los remos, empezaba a dar vueltas por el puerto, que paseaba en todas direcciones. Con frecuencia ocurría que me acompañara algún camarada entusiasta como

yo por las cosas de mar, no faltando entre ellos quien se mostrara envidioso del privilegio que se me había otorgado de gobernar un bote.

Cierto es que procurábamos no embarcarnos más que cuando estaba la mar tranquila, pues en honor de la verdad, los consejos que acerca del particular Enrique me había dirigido, eran religiosamente escuchados. Así, pues, nuestras excursiones eran en las aguas de la bahía, y aun puedo añadir que no nos alejábamos de la costa, temerosos de que algún vendaval, envolviendo nuestra frágil embarcación, nos pusiera en grave aprieto.

Pero tanto me acostumbré a aquel continuo ejercicio, que al cabo llegué a olvidar el temor. Sentíame tan a mis anchas remando, que avanzando hacia alta mar me alejaba, sin pensar, a más de una milla de la playa. Un día Enrique se dio cuenta de esto, y alarmado de mi temeridad, me repitió en todos los tonos los consejos que mi imprudencia olvidaba. Escuchéle resuelto a no volver a las andadas, mas quiso mi mala estrella que poco después llegaran a mis oídos las siguientes palabras que dirigió Blon a otra persona: «¿Verdad, Rob, que ese muchacho es muy valiente? Procede de buen tronco, y a fe que es de la madera que salen los famosos marinos. Cuando sea más hombre, ya le verás.»

Al oír este juicio, se me antojó que mi audacia había caído en gracia a mi maestro, y desde entonces ya no volví a acordarme de sus recomendaciones.

De esto a la desobediencia no hay más que un paso; y yo lo salvé como si tal cosa, aunque, como ustedes verán, por poco me cuesta el pellejo.

Pero antes d e continuar me permitirán ustedes que les hable de la catástrofe que cambió por completo mi existencia.

Ya les he dicho que el autor de mis días era capitán de un buque mercante que hacía el comercio de las Antillas. Sus estancias en casa eran tan poco frecuentes y tan cortas, que apenas si recuerdo el conjunto de sus facciones: era de arrogante y hermosa presencia; su rostro, aunque bronceado, era franco y expresivo...

Debo creer que mi madre sentía hacia mi padre un profundo cariño, porque desde el día en que supo su fin, se fue desmejorando rápidamente, hasta que al cabo de algunas semanas murió muy a su gusto, quizá porque la muerte la restituía a su idolatrado esposo.

Quedé, pues, huérfano, sin patrimonio y sin hogar, pues mi padre, imponiéndose todos los trabajos del mundo, ganaba tan sólo lo indispensable para el sustento de su familia; y al morir, no obstante sus cuidados y desvelos, dejónos a mi madre y a mí sin un penique. ¿Qué hubiera sido de mi madre en tan difícil situación? ¡Cuántas veces, entre los suspiros que he dedicado a su memoria, di gracias al Cielo por haberla sacado de este mundo, en el que sólo le esperaban sufrimientos! Yo sólo podía ser para ella un nuevo motivo de pesar y una gran traba para su propia subsistencia, pues incapaz por mi corta edad de bastarme a mí mismo, menos aun podía pensar en devolver a la que me dio el ser, el

bienestar y la felicidad que la muerte de mi padre le habían arrebatado.

En cuanto a mí, solo y sin ningún apoyo, la muerte de mi padre no podía menos de acarrearme las más graves consecuencias. Cierto que no me faltó un techo donde cobijarme; mas, ¡ay! cuán distinto era del plácido, alegre hogar en que me había criado. Tuve que aceptar la hospitalidad de un tío, hermano de mi madre, que estaba muy lejos de poseer los bellos sentimientos que adornaban a su hermana. Insensible a todos los afectos, brutal y grosero en sus modales y costumbres, tratábame como al último de sus criados, cuya suerte y trabajos compartía.

Mi tío, a pesar de que mi edad y el cuidado del porvenir exigían que se me diera instrucción, jamás pensó siquiera en mandarme a la escuela, antes al contrario, me buscó pronto ocupación en su casa de labranza, en apacentar ganados o cuidar caballos, en correr tras de vacas o cerdos, y en otros mil quehaceres propios de los agricultores, a cuyo oficio se dedicaba mi tío. Así me tenía hecho un zarandillo desde el amanecer hasta algo entrada la noche, sin mas alivio que el que me procuraba el descanso dominical que mi tío veíase forzado a observar; no por religioso fervor, sino por no incurrir en las censuras del pueblo que lo practicaba según lo manda Dios.

El hermano de mi madre era tan descreído en materias de religión, que no me mandaba a la iglesia con más asiduidad que a la escuela, por cuya razón gozaba del domingo a mi albedrío. Fácilmente comprenderán que ni los

prados, ni las dulzuras de la vida pastoril eran lo que en tales días me deleitaba; el mar azul que se extendía a lo lejos atraía mis miradas, y tenía para mí más seducción que los nidos de pájaros, las encinas y los barrancos; así, pues, apenas me hallaba en libertad, volaba hacia aquellas aguas que se perdían en lontananza, yendo a reunirme primeramente con mí amigo Blon, con quien me embarcaba en su falúa, o bien solo en el botecito, cuyos cortos remos parecían hechos expresamente para mí.

A pesar del cuidado que mi buena madre había tenido de inculcarme religioso respeto hacia la pureza del domingo que empaña la menor disipación, el ejemplo que viera en casa de mi tío no tardó en cambiar mis ideas en este punto acabando por convencerme de que el domingo es día que sólo se distingue de los demás, en el número de placeres que proporciona.

Sin embargo, llegué a pasar un domingo que nada tuvo de agradable, pues muy al contrario, estoy seguro de no haber pasado otro día en mi borrascosa existencia, en que haya tenido la muerte tan cercana.

V
EL ARRECIFE

Corría el mes de mayo. Érase un hermoso domingo que jamás podré olvidar. El sol derramaba sus tibios resplandores, iluminando una atmósfera impregnada del perfume de las flores, y llena con los armoniosos trinos de los alegres pajarillos. La tierna alondra, confundía el ahuecado tono de su voz con los más sonoros gorjeos del tordo y el mirlo, en tanto que el cluclillo inquieto repetía una y mil veces su amoroso reclamo, mientras vagaba afanoso entre las espesas ramas de los árboles. Para otro muchacho de mi edad, aquella seductora campiña con sus setos floridos, el hermoso verdor de sus campos de trigo, sus prados esmaltados de flores de diversas formas y colores, sus nidos de pájaros y sus cantos armoniosos, hubiera ofrecido, a no dudar, un atractivo irresistible; mas para mí, sólo aquella inconmensurable llanura líquida, en que se reflejaba el azul del firmamento como al través de un espejo, y cuya superficie ostentaba el brillante fulgor de un inmenso manto de plata herido por los rayos del sol, tenía encantos irresistibles; sus hondas me parecían más hermosas que aquellos surcos

besados por las hojas de la flor que la suave brisa inclina; su murmullo, vibraba en mis oídos más melodiosamente que los cantos del tordo o de la alondra, y su mismo olor particular me era más grato que el perfume de rosas y violetas.

Por esto los domingos, cuando al transponer el umbral de la casa de mi tío, mis ojos se extasiaban en aquellas plateadas aguas, el corazón se me iba tras de ellas, y mi mayor anhelo era llegar a su orilla y hender con mi barquita su rizada superficie. En aquel domingo a que me he referido, fue tan intenso el deseo que experimenté por entregarme a mi pasión favorita, que sin querer esperar la hora del almuerzo, tomó a hurtadillas un enorme trozo de pan, y eché a correr en dirección a la playa.

Sin embargo, tuve el buen acierto y la fuerza de voluntad necesarios para no salir atropelladamente, sino que, por el contrario, procuró evitar que nadie me viera, temeroso, por más de una razón, de encontrar obstáculos al logro de mis deseos; pues podría haber sucedido que mí tío me llamara o me ordenara algo, o, lo que hubiese, sido peor, que no me hubiese permitido salir de la alquería, pues no ignorando la vehemencia de mis inclinaciones marítimas, habíame prohibido en cierta ocasión, y de la manera más formal y positiva, que me embarcara.

Así, pues, debido a mis temores, en vez de tomar por la avenida para ir a desembocar en la carretera, tomé por un estrecho sendero que, a costa de algún rodeo, me puso en seguridad en la playa.

No me encontró a ningún conocido, y al penetrar en aquélla, estaba convencidísimo de que nadie, cuya delación pudiera comprometerme, había observado mi maniobra.

Cuando llegué al pequeño fondeadero de los botes de Henry, observé que el mayor de ellos había sido alquilado; quedaba felizmente el menor, que era precisamente el que a mí me convenía. Tenía, pues, cuanto apetecía, y aquel día, precisamente, me era de tanta mayor utilidad, pues en el entusiasmo de mi deseo había concebido el propósito de dar un largo paseo.

De un brinco salté al botecito, que a juzgar por el agua depositada en su fondo, debía haber estado muchos días sin prestar servicio. Por fortuna tropecé con una roñosa sartén sin mango que Enrique empleaba a guisa de achicador, con el cual extraje en poquísimo tiempo el agua que juzgué podría embarazar la excursión que proyectaba. Los remos guardábalos Blon debajo de un cobertizo adosado a su casita que distaba de la playa muy pocos pasos; fui en busca de ellos como ordinariamente hacía, sin consultar ni pedir permiso a nadie, pues habíalo obtenido de una vez para todas.

Cuando volví a mi pequeño esquife, coloqué los remos, me instalé en el banco, y di el primer impulso para alejarme de la orilla. El botecito, obedeciendo al esfuerzo de los remos, deslizóse rápidamente por la líquida superficie con la suave uniformidad que empleara un pez en su carrera. Nunca, como en aquel momento, había sentido palpitar mi corazón dentro de mi pecho ; el mar se ostentaba bajo mis

pies no tan sólo de un purísimo azul, sino también con toda la tersura de un lago; ni una ola venía a alterar la plateada superficie de sus aguas, y tal era su diafanidad, que podía distinguir los vivos coleteos de los peces a la profundidad de algunas brazas.

Sobre el fondo de nuestra bahía, de una blancura perfecta, con vivos reflejos plateados, se destacan con toda claridad los cuerpos más sutiles; así, pues, érame permitido ver los menudos langostinos, no más grandes que un doblón, persiguiéndose encarnizadamente, o corriendo por la arena en persecución de otros animalillos más pequeños que les sirvieran de alimento. Más allá veíanse enormes rodaballos, grandes masas de arenques, sargas de azulada piel con matices cambiantes y congrios gigantescos que parecían boas, dedicados todos a la caza de su favorita presa.

Es muy raro encontrar una mar tan bella en nuestra costa; y la calma de aquel día parecía hecha expresamente para mí, pues teniendo, como antes dije, la intención de dar un largo paseo, me hubiera, sido imposible encontrar coyuntura más favorable.

Seguramente querrán ustedes saber a dónde pensaba dirigirme, y voy a decirlo: pensaba ir a tres millas de la costa, a una isla por todo extremo curiosa, y que se divisa perfectamente desde la playa. Digo isla, con notable impropiedad, pues ni aun el nombre de islote merecía; realmente, era un simple amontonamiento de rocas, de muy escasa extensión, y que apenas sobresalía de la superficie, y eso en baja mar, pues durante el flujo las olas llegaban a ocultar su más enhiesto

pico, y entonces sólo asomaba fuera del agua algo así como un jalón, terminado en una especie de bola, o cosa parecida, pues nunca había acertado a definir la verdadera forma de aquella masa oblonga. Aquel jalón, estaca o como quiera llamársele, había sido plantado allí para anunciar la presencia del escollo a los barcos de cabotaje que frecuentan aquellos sitios; pues desprovistos los más de ellos de instrumentos con que situarlo, se hubieran estrellado en su arrecife.

Durante el reflujo, cuando el bajo quedaba al descubierto, presentaba en su masa general un hermoso matiz obscuro, pero otras veces parecía cubierto por una espesa capa de nieve. Nada de extraño tenía para mí tan singular metamorfosis, pues nacido y criado a tan corta distancia del arrecife, no ignoraba que aquella espesa nevada que en ocasiones le envolvía, no era ni más ni menos que la perspectiva que a las miradas presentaba a millares de aves marinas que acudían allí a reposar su vuelo, bien fuere para tomar descanso, o bien para buscar entre las desigualdades de la roca pececillos y crustáceos que el reflujo depositara allí.

Hacía mucho tiempo que aquel islote que me causaba el más vivo interés, la distancia que lo separaba de la playa, y su mismo aislamiento, preocupaban hondamente mi espíritu, aunque más que todo dábale a mis ojos tan singular encanto la reunión de aquellas aves que, en tan grandes masas solían posar en él su audacísimo vuelo. Era tal el número de ellas, que por fuerza aquella peligrosa roca debía de ser su habitual querencia, siendo siempre la baja mar la señal de su concentración desde todos los puntos del horizonte.

Entonces se las veía cruzar con raudo vuelo el espacio hacia el punto señalado, cernerse encima del varal y posarse por último sobre la obscura masa roqueña, pero en cantidad tal, que el fondo negro desaparecía completamente bajo el claro matiz de sus plumajes.

Ya sabía yo que aquellas aves eran gaviotas, más se me había antojado que debían ser de una especie diferente; las había de todos tamaños, y algunas veces se confundían con ellas algunas de distinto género, tales como colimbos, golondrinas de mar y otras.

Esto, al menos, era lo que yo imaginaba contemplando la alada multitud desde la playa, pues a semejante distancia no era posible determinarlo con exactitud; y seguramente nadie se hubiera dado cuenta de su presencia en el islote, si en lugar de ofrecer una masa tan compacta hubiesen volado aisladamente.

Así, pues, de la presencia de aquellas aves nacía el grandísimo interés que me inspiraba la roca escueta que les servía de momentánea parada. Desde muy pequeño he experimentado hacia la historia natural una gran inclinación, bien que de ella participan por lo regular la mayor parte de los niños.

No diré que no existan ciencias más importantes, más útiles quizá al género humano de lo que lo es el estudio de la Naturaleza, pero seguramente no hay ninguno que ofrezca, más atractivos a la juventud y que mejor responda a las necesidades de su actividad física, y moral.

Atraíanme, por consiguiente, hacia el islote el amor a las avecillas y la curiosidad, y para satisfacer uno y otra sentía verdaderos deseos de visitar la misteriosa roca.

Apenas sentaba el pie en la playa, no podía dirigir la mirada hacia aquel lado, sin que sintiera renacer en mí el deseo intenso de abordar el escollo; pues lo tenía tan presente a mi espíritu, que hubiera podido dibujar de memoria su perfil, sin faltar un solo detalle. Su cúspide describía una línea sinuosa que por ambos costados se inclinaba hacia el mar de tan extraña manera, que parecía sobre el fondo azul del cielo la vaga silueta del cuerpo de una ballena flotando a merced de las olas, y de cuyo enorme espinazo surgiera el temible arpón que le había quitado la vida.

También, cuando mi vista se posaba en el singular jalón plantado en su superficie, ardía en deseos de tocarlo, de averiguar de qué materia estaba formado, de medirlo, en fin, pues no podía creer, viéndole desde la playa, que fuera otra cosa más que un simple mástil. Quería ver, además, en qué consistía el singular remate que lo coronaba, y cómo estaba el palo clavado en la roca para poder resistir la fuerza del huracán y el furor de las irresistibles olas.

Alguno, que otra vez, durante la tempestad, la hirviente espuma de éstas adquiría tan extraordinaria elevación, que no tan sólo cubría completamente el arrecife, sino también el varal y su remate mismo, y cuando me esperaba no volverle a ver en el sitio en que estaba emplazado, apenas apaciguábase

la tormenta mostrábase orgullosamente en pie sobre la base granítica de la roca.

Por lo que llevo dicho, comprenderán ustedes cuán grande sería mi impaciencia, por visitarlo; mas la ocasión de satisfacer mi curiosidad no se presentaba nunca; distaba tanto de la playa el islote, que no me atrevía a ir solo, y como, además, nadie había mostrado deseos de acompañarme, tuve que ir difiriendo la expedición. Seguro estoy de que Enrique no se hubiera. resistido a llevarme; mas o no pensó nunca en ello, o no se percató del interés que despertaba en mí la solitaria roca. Y, sin embargo, hubiérale sido muy fácil contentarme, pues con frecuencia pasaba por sus inmediaciones, y no es dudoso creer que en algunas la habría abordado y amarrado tal vez su lancha al jalón, en tanto que cazaba gaviotas o tendía las redes; pero nunca le acompañé en tales expediciones, y, por tanto, jamás había podido ver satisfecha mi ardiente curiosidad. Aparte de que ya por entonces sólo disponía de los domingos, y en el de que hablo, Enrique tenía demasiadas cosas en qué pensar para ocuparse en satisfacer mis deseos.

Así, pues, cansado de esperar una ocasión que nunca se presentaba, me resolví a no aplazar más tiempo la anhelada satisfacción de mi capricho, y aquella misma mañana, mientras me acercaba a la playa, adopté la resolución de dirigirme solo al islote. Animado, pues, de tan arriesgado propósito, solté la amarra que retenía el bote, y empuñando los remos bogué rápidamente por la límpida superficie de la bahía.

VI
LAS GAVIOTAS

Por audaz que fuese intentar la empresa contando con sólo mis pocas fuerzas y mi poca edad, la cosa no tenía en sí nada de extraordinario; tratábase de salvar una distancia de tres millas, de penetrar en aguas profundas y de alejarse de la orilla lo suficiente para perderla de vista. Nunca me había arriesgado tanto, pues a lo sumo habíame alejado una milla, de la bahía, navegando por sitios en que había poco fondo; y aunque en otras ocasiones había ido más lejos, era en compañía de Blon, a, cuyo cargo corría el gobierno de la barquilla:

Cuando esto ocurría, la confianza, que el patrón me inspiraba alejaba de mí toda inquietud, mas no podía responder de mi propio valor desde el instante en que me encontraba solo.

El resultado, pues, dependía exclusivamente de mí, pues no hallaría con facilidad quien me prestara auxilio o me guiara con un consejo, en el caso desgraciado de que necesitara de uno u otro.

He de confesar, que cuando estaba a una milla de distancia de la playa, la expedición ya no se me ofreció con los colores de rosa con que antes la viera, y poco faltó para que virara en redondo; mas la negra honrilla me contuvo, y me obligó a hacer un disparate. Presumí que algunos de mis camaradas, celosos de mis proezas náuticas, me habían visto embarcarme; y la idea de que hubiesen podido imaginar que iba a abordar el islote, y que por miedo me volvía antes de haber logrado mi atrevido propósito, me hizo remar con nuevo ahínco hacia adelante.

Cuando sólo me faltaban tinos ochocientos metros para llegar al escollo, suspendí el trabajo, y sin soltar los remos volví la cara hacia atrás para reconocer el sitio y la verdadera dirección de un anhelada meta.

Era la hora del reflujo; así es que las rocas sobresalían perfectamente fuera de la superficie del agua, aunque su color hubiese desaparecido bajo la multitud de gaviotas que la cubrían por completo. De pronto sospechó que aquellas aves eran una considerable bandada de cisnes y patos; pronto salí de dudas, pues el examen de los que revoloteaban a poca distancia del arrecife y los desagradables graznidos que herían mis oídos, las desvaneció completamente, aunque a costa de mi curiosidad, que quedó más y mas estimulada.

Volví a hacer uso de los remos y a bogar con ardor multiplicado en dirección al islote, más ansioso que nunca por reconocer de cerca qué clase de aves eran aquéllas.

Observaba entre ellas una gran agitación, sin poder, empero, darme cuenta de la causa; y resuelto a acercarme al

escollo sin despertar su atención o desconfianza, avancé cautelosamente, procurando que mis remos, al chocar con el agua, no produjeran ese ruido seco y uniforme que les es peculiar. Más que un remero parecía un gato acechando al ratón, que, temeroso de verse descubierto, apenas se atreve a asentar las patas sobre las losetas del pavimento. Así anduve unos seiscientos metros más, al cabo de los cuales me detuve por segunda vez para ver el efecto que mi proximidad había producido.

Las aves continuaban tranquilamente.

Había oído decir que las gaviotas son muy esquivas, pero tan duchas en apreciar el alcance de una arma de fuego, que sólo se alejan cuando comprenden que están a tiro. Como las maricas y los cuervos, saben diferenciar perfectamente un palo de una escopeta, y sería difícil intentar engañarlas con aquél, si por su forma y dimensiones no se presta a la mixtificación.

Durante un buen rato estuve contemplando sus idas y venidas, sus tranquilos revoloteos, sin que aquel singular espectáculo me cansara; y me hubiera dado por muy indemnizado con aquel inocente placer del trabajo que me había costado, aunque desde allí mismo, y sin avanzar más, me hubiese sido forzoso virar hacia la playa.

Aquella bandada, como poco antes he dicho, se componía de aves de distintos géneros, y aunque todas eran gaviotas, era fácil distinguir mezclados entre ellas dos especies diferentes: unas ostentaban la cabeza negra y las alas de color gris; y otros poseían un hermoso plumaje blanco

como la nieve. Lo mismo que en el color se diferenciaban en el tamaño; pero nada podía aventajarlas, en la nitidez de su plumaje y en el hermoso brillo coralino de sus rojas patas.

Parecían muy afanosas en buscar su alimento, pues unas iban dando caza a las diminutas langostas y langostinos que el mar deposita en su retirada en las quebraduras de las rocas, otras a los cangrejillos, y otras, por último, ya saciadas; sin duda, o más vanidosas que las demás, se ocupaban en alisar su hermoso plumaje, cuya brillantez y limpieza constituye, a no dudar, su mayor orgullo.

A pesar de la fraternal armonía que aparentan disfrutar tan lindas aves, entre ellas existen las bajas pasiones y las miserias que afligen al resto de los seres creados.

En el corto tiempo que pude dedicar a contemplarlas surgió más de una querella entre ellas. ¿Obrarían los celos como agente en la disputa, o bien reconocía por causa la indicación de un disputado derecho sobre una presa? No me fue posible poder satisfacer esta duda, que yo expongo a ustedes sin comentario alguno.

Pero lo que más cautivó mi atención fue el espectáculo de las que pescaban, las cuales, precipitándose desde una altura de más de cien metros, desaparecían casi sin ruido alguno entre la espuma de las movibles olas, y reaparecían al poco rato a la superficie, remontando sin interrupción su vuelo, pero mostrando en el pico la brillante escama de una presa.

Casi estoy por no creer que exista ave alguna cuya actitud y movimientos sean más interesantes y dignos de ser vistos como los de la gaviota en acecho de su víctima.

Ni el mismo gavilán es más gracioso en su vuelo. Los bruscos movimientos del ave marina, su parado momentánea, pero rápida, cuando desde la altura en que se cierne divisa su presa; la brillante espuma que en su alrededor levanta, cuando con la velocidad del rayo se hunde en el seno de las olas, o de él brota, sacudiendo del armiño de sus plumas las gotas diamantinas de las aguas a ellas adheridas; su propia blancura contrastando con el azul diáfano del mar, todo, todo es en la gaviota digno objeto de contemplación y agradable recreo.

Desvié por un momento la vista del vuelo de tan lindas aves, y casi satisfecho por el resultado de mi expedición, hinqué de nuevo los remos en el mar y bogué en dirección al arrecife. Poco me faltaba para alcanzar mi mayor deseo; para ver realizado mi bello sueño infantil de náutica exploración.

Casi en el preciso momento de ir a abordar la roca tendieron el vuelo las lindas aves; mas no dieron muestras de temerme, porque se cernían en caprichosos aires a tan poca distancia de mi cabeza, que con el reino levantado hubiera podido tocarlas.

Una de ellas, que me pareció la más grande de todas, había permanecido en el extremo del varal mientras me fui acercando, por lo que juzgué que hacía las veces de atalaya. Tal vez no fuera mayor que el resto de sus compañeras; en este caso el aislamiento con que se ofrecía a mis ojos, daba

mayor realce a sus formas; pero lo que no cabe duda es que fue la primera en desplegar las alas, aunque esto no lo hizo sin antes lanzar un grito especial que podía ser un aviso a sus compañeras para que la imitaran en la fuga. Atribuí pues, su actitud, su postura y su maniobra, al oficio de vigía que le estaría encomendado, o tal vez al de jefe de la bandada. Aquella táctica, por lo demás, no me admiraba, pues ya la había visto practicar a las cornejas, en el momento en que se disponen a entrar a saco en algún campo de habas o patatas.

Con la huída de las aves acometióme súbita tristeza y hasta temor, lo cual podía explicarse por la repentina obscuridad de que me vi rodeado. No muy lejos de mí y en lugar de la hermosa bandada cuya blancura aun me tenía deslumbrado, elevábase un peñón informe, tétrico amontonamiento de rocas abruptas y escuetas, y tan negras como si hubiesen estado sumergidas en un baño de alquitrán. Una grande y obscura nube había velado el sol, la brisa se había levantado, y a su influjo aquel mar de tan apacible transparencia, habíase tornado de un color pardusco, merced a la acción muy viva de las olas.

Mas aquel viaje no lo había yo emprendido en balde para explorar el fantástico escollo; allí le tenía a pocas brazas de mí, y a pesar de su aspecto tenebroso, por nada de este mundo me hubiera alejado; bogué, pues, con todas mis fuerzas hacia él, y al poco rato la quilla de mi bote rozó el lecho roqueño del temible bajo.

Mi vista descubrió un pequeño ancón, y hacia él conduje mi barquita; y saltando con agilidad en el islote, me dirigí

rectamente al mástil que tras tantos años de lejana contemplación por fin iba a ver de cerca y tocar con mis manos.

VII
EN BUSCA DE UN EQUINO

No tardé en llegar a aquella estaca objeto de mi curiosidad; lo examiné atentamente, palpando su redondez; en aquel momento experimenté tan gran satisfacción, que no parecía sino que acababa de descubrir el polo norte. ¡Qué inmensa sorpresa experimenté al contemplar de cerca las verdaderas dimensiones del solitario leño! ¡Qué distinta era su magnitud real de la que mi fantástica imaginación le atribuía!

Aquel palo, mirado desde la playa, no parecía mayor que el mango de una escoba, y la misma protuberancia que tenía por remate, viéndola en aquel momento tan grande, jurara, contemplándola desde la playa, que no era mayor que un melón, y aun había de ser de los mas pequeños. Figúrense, pues, cuál sería mi admiración en presencia de la realidad que me convertía el mango de escoba en una sólida estaca más gruesa que mi muslo, y en un voluminoso cuerpo, tamaño como dos veces el mío, lo que yo calculaba que no era mayor que un meloncito. Por lo que respecta a este último, era, ni

más ni menos, un barril pintado de blanco, cuya capacidad no bajaría de unos cincuenta litros, y colocado, como ya tengo dicho, en la extremidad del palo, que lo atravesaba de alto abajo. En cuanto a su color, no me causó admiración, pues al verle brillar desde lejos a los rayos del sol, ya había podido conjeturarlo. No cabía duda de que el palo había sido pintado de igual color en otro tiempo; mas bañado continuamente por el agua del mar que durante las mareas se encrespaba hasta su montera, era un poco difícil encontrar huellas fehacientes de su presencia.

Tampoco había yo acertado en lo que toca a su verdadera altura. La que yo le había concedido, antes que lo examinara tan de cerca, era, poco más o menos, la de un hombre de mediana estatura; pero en realidad erguíase por encima de mi cabeza como el mástil de una goleta, no bajando de ocho metros la que en aquel momento le calculé.

También la extensión del arrecife me causó gran sorpresa: creí que no pasaría de algunos pies cuadrados y me resultó ser más de media hectárea. Su superficie estaba sembrada de pedruscos de diversos tamaños, y a trechos se veían enormes fragmentos de peñascos empotrados en las grietas de la roca viva. Todas estas piedras, chicas y grandes, hallábanse recubiertas de una substancia negruzca y viscosa que no impedía que en ciertos sitios asomara una escueta vegetación marina, formada por hierbas de distintas especies. Algunas de aquellas algas las conocía perfectamente, pues en más de una ocasión había tropezado en la playa con alguno de sus ejemplares, de los que arrastra la marea; y más tarde

tuve ocasión de conocerlas más aún, a causa de haberlas empleado mi tío para abono de sus campos de patatas.

Una vez satisfecha mi curiosidad en lo tocante a la naturaleza y dimensiones de la estaca y a las del barril que le servía de coronamiento pensé en verificar una exploración de un famoso islote. Mi intención era, no tan sólo reconocer sus más ocultas grietas, sino también buscar alguna concha, una curiosidad cualquiera que me sirviera de testimonio y de recuerdo a la vez de aquella tan atrevida como venturosa excursión.

Jamás hubiera sospechado que un paseo por el suelo conmovido de aquel peñasco hubiese podido ofrecer tan serias dificultades; ya he dicho hace poco, que las piedras que cubrían la superficie estaban cubiertas de una especie de musgo marino; pero estaba muy lejos de creer, antes de sentar en él mi planta, que fuera de naturaleza tan resbaladiza, pues parecía talmente que habían dado a las rocas una mano abundantísima de jabón; pero sacáronme de mi inocente error una dolorosa caída que di a los primeros pasos, y los resbalones y los esfuerzos que me costó el trepar por las primeras peñas.

Yo avanzaba vuelto de espaldas a mi navecilla, y ya empezaba a experimentar el deseo de volver a ella, cuando vino a distraerme de esta idea el descubrimiento de una pequeñísima península que se internaba en el mar, y en cuya punta creí ver un montón de preciosas conchas que despertaron toda mi infantil codicia.

Ya había visto yo algunas de aquéllas vacías las unas y otras habitadas, entre la arena que el mar depositaba en los

huecos de las rocas; pero pareciéronme tan vulgares todas, que apenas quise examinarlas. Muchas, en efecto, me eran conocidas por haberlas encontrado con frecuencia adheridas a las patatas en la finca de mi tío, gracias al guano de que a éstas se cubría, y nada tenían, a la verdad, de raras, consistiendo en su mayoría en mejillones y almejas. Por mi desgracia, no encontré ostras, pues caso de haberlas, me hubiera tragado un par de docenas de ellas, que no era flojo mi apetito después de la fatiga de aquella excursión marítima.

En cambio las langostas y cangrejos abundaban que era un contento, pero no me hallaba en disposición de saborearlas como hacían las aves, y, además, no tenía los avíos necesarios para condimentarlas. Verdad es que en aquel momento mi apetito aun era tolerable.

Lo que me impulsó a dirigirme hacia la punta roqueña de que he hablado, era la esperanza de encontrar algún equino, de cuyo molusco tenía, desde hacía mucho tiempo verdaderos deseos de poseer un ejemplar, cosa que no había logrado nunca. De vez en cuando veíase no lejos del pueblo a alguno de esos equinodermos, pero se substraía tan rápidamente a las miradas humanas, que llegó a concederse a su posesión un valor relativamente grande, y a que se los empleara como un objeto de adorno en las casas del lugar. Mas como el arrecife era tan poco visitado a causa de estar tan apartado de la playa, abrigaba la esperanza de tropezar con alguno de ellos, a cuyo efecto escudriñaba minuciosamente cuantas grietas y quebrajas de la peña me salían al paso. Así, pues, seguí avanzando, y cuanto más me

acercaba al sitio deseado, más claramente se iban ofreciendo ante mis ojos los objetos brillantes que había vislumbrado y que desde luego juzgué tendrían algo de precioso. Ni siquiera me preocupé de ir más de prisa, no obstante la viveza de mi deseo, porque como estaba segurísimo de que no había de escapárseme de las manos, siendo el peñón un lugar no visitado por ningún pescador, no quería perder la ocasión de reconocer cuanto en mi camino se ponía al alcance de mis miradas.

Mi trabajo de nada me sirvió, porque no encontré cosa alguna que pudiera agradarme hasta tanto que hube llegado al punto objetivo de mi exploración. Mas cuando estuve en él, ¡qué descubrimiento hice! Encontréme con el más hermoso esquino que nunca se haya cogido; tenia la redondez de una manzana y su color era el de un rojo obscuro que daba envidia de mirar; creo inútil describirle, porque, ¿quién de entre ustedes habrá que no haya visto un equino? [1]

[1] El equino es un animal radiario. Su forma es globulosa y sus dimensiones regulares ofreciendo su concha dos, como si dijéramos, placas o prominencias provistas de agujeros. A diferencia de las ostras y caracoles, que se hallan desnudos el equino está recubierto de una membrana viva provista de espinas vibrátiles. De ahí procede que este molusco se parezca a un erizo, de donde le viene el nombre de castaña o erizo de mar con que vulgarmente es conocido. El equino está provisto de cierto número de pies tubulares y retráctiles, que hacen oficio de ventosas al fijarse en un punto cualquiera, y por lo tanto tiene la facultad de andar aunque con suma lentitud. Estos moluscos suelen situarse debajo de las peñas o entre las rocas, como también entre las plantas marinas que, según parece, les sirven de alimento, y por último

Sin pérdida de tiempo me incliné para apoderarme de uno de ellos, y no me cansaba de admirar las ondulosas líneas y los ricos matices de que estaba adornada la inestimable concha. Parecióme la más bonita de cuantas había visto, y mi gozo infantil no tenía límites viéndome dueño de aquel codiciado objeto destinado a ser un recuerdo precioso de mi paseo.

Cuando la hube examinado a mi sabor, traté de escudriñar sus profundidades y miré por entre la abertura el nido encantador, blanco y pulcrísimo del equino, no cansándome de contemplar sus hileras de agujeritos que me causaban una indecible sensación de placer. Tranquilo en cuanto a la posesión de aquel tesoro por tanto tiempo deseado, dirigí una mirada a las demás conchas que cubrían el suelo, y observé que las había de cuatro especies distintas, todas muy lindas y completamente nuevas para mí. Cogílas a puñados y llené con ellas mis bolsillos hasta que éstos amenazaron ceder a tanto peso; tal era el precioso lastre con que pensaba desembarcar en la playa de nuestro pueblo.

Mas ¡oh espanto! apenas hube dado un paso para volverme, las conchas que tenía, en las manos cayéronse al suelo, y a poco más caigo de bruces tras de ellas; ¡oh mi bote! ¡mi bote!

---

en la playa en cuya arena se entierran. Son muy comunes en Noruega y en el Mediterráneo.

VIII
PÉRDIDA DEL BOTE

Seguramente ustedes me preguntarán qué había sucedido para yo exclamar en la forma que lo hice y si es que el bote había desaparecido. Yo les contesto que el bote no había desaparecido, pero se había alejado; lo que equivalía para mí una grandísima desgracia.

Lo primero que hice al volverme fue dirigir la vista hacia, el ancón en que había dejado mi esquife, y no lo vi; y al mirar en dirección al mar, vile flotando a merced de las olas, pero a una distancia considerable. Realmente, no tenía por qué admirarme de su pérdida, porque no pude amarrarlo por no disponer de un cabo, descuido incalificable que a poco más lo pago con la vida.

Como ustedes comprenderán, mi situación era angustiosa; ¿cómo había de serme posible apoderarme de mi bote? y, ¿cómo podría sin él volver a la playa? Pensar en salvar a nado las tres millas que me separaban de la orilla era imposible, y era absurdo esperar auxilio si permanecía en el arrecife. Fuera de esto, desde la costa no podrían verme ni

menos al bote que vagaba errante por aquellas aguas; ya entonces sabía por experiencia cuánto con la distancia, disminuyen los objetos, pues aquel mismo arrecife cuya superficie creí estaba a flor de agua, resultó a más de un metro de altura de ella. Así, pues, sólo con ayuda de un anteojo podían descubrirme; pero esto era demasiado improbable para poder fundar grandes esperanzas en ella.

A medida que iba reflexionando en la difícil situación en que me encontraba, más desesperada me parecía la suerte a que me condenaba mi loca temeridad. Mas, ¿qué partido debía tomar en tan duro trance? Ninguno; continuar en donde estaba. ¡Si a lo menos pudiera alcanzar mi bote a nado! Esta idea me cruzó rápida por la imaginación, y sin detenerme a reflexionar en los inconvenientes y peligros que encerraba, me desnudé rápidamente, quitándome hasta las medias para que mis movimientos tuviesen más libertad, y me lancé al agua resuelto a llevar a cabo aquel desesperado proyecto.

Empecé a nadar con todos mis bríos en dirección al bote y cuidando mucho de no desviarme de la línea recta. Mas ¡ay! de nada me sirvieron mis esfuerzos para llegar a la flotante barquilla salvadora; cuanto más nadaba más lejana la tenía, hasta que por último comprendí que me sería imposible aventajarlo en velocidad y que mis penosas tentativas serían completamente inútiles. Tuve un momento de desesperación; si no lograba llegar al bote, no me quedaba más recurso que volver al escollo o dejarme sepultar en el fondo del abismo. Por hábil nadador que fuera no podía pensar en ganar la

playa, mucho más que en atravesar el Atlántico; podía, ciertamente, recorrer una milla, mas una distancia triple era superior a mis fuerzas, y además, el viento no empujaba al bote rectamente hacia la costa, sino en sentido diagonal, y como yo mismo había adoptado esta desviación, resultaba que yo distaba de tierra unas diez millas.

En un tris estuve de abandonar mi propósito y bogar de nuevo hacia el escollo, cuando vi que el botecito viraba de bordo, y describía una línea oblicua y que se iba acercando a mí muy poco a poco, gracias a una corriente atmosférica que soplaba de la parte de tierra.

Así, pues, seguí avanzando con más brío, y al cabo de algunos minutos tuve la inefable dicha de agarrarme a la borda del bote, gracias a lo cual pude reponerme y tomar algún aliento.

En cuanto me repuse algo de la fatiga, traté de introducirme en la barquilla; por desgracia era yo muy pesado a despecho de mi corta edad y estatura, y la movible embarcación, cediendo a mis esfuerzos, zozobró, precipitándome en el agua, de la que me salvó mi destreza. Volví rápidamente a la superficie, y agarrándome de nuevo a mi barquilla intenté subirme a su quilla en la que pensaba cabalgar, toda vez que no era posible embarcarme; esta tentativa tampoco me dio resultado. Al suspenderme de uno de los costados del bote para realizar mi subida, resbalé y perdí el equilibrio; mas como me había asido a la quilla con todas mis fuerzas la arrastré en mi caída, volviendo la barquilla a ponerse a flote contra todo lo que podía

esperarme. Empero la satisfacción que esto me causó duró pocos instantes; la barca, al girar, se había llenado de agua, y aunque a este lastre imprevisto debí el poder penetrar en ella sin que de nuevo zozobrara, no tardé en observar que con el que mi cuerpo le añadía, el bote iba hundiéndose sensiblemente. Si en aquel momento la desesperación no me hubiese cegado tan por completo hubiera comprendido la necesidad de echarle inmediatamente fuera del esquife; no lo hice y permanecí embarcado, y como el agua que contenía me llegaba a las rodillas, pensé en achicarlo; mas la sartén que para tales operaciones servía, según he dicho antes, había desaparecido en el mar juntamente con los remos.

De momento no se me ocurrió otra cosa mejor que la de vaciar el bote con las manos, y había emprendido apenas tan enojosa tarea, cuando me sentí hundir rápidamente hacia el fondo del mar; afortunadamente tuve tiempo para saltar a respetable distancia, y nadando con todas mis fuerzas pude substraerme a la terrible atracción del remolino que el bote formó al sumergirse.

Dirigí por última vez una mirada al sitio en que había zozobrado, y presa de terribles angustias y crueles presentimientos, seguí nadando hacia el escollo, que era mi único refugio.

IX
EN EL ESCOLLO

Por fin, después de grandes fatigas e inauditos esfuerzos por haber tenido que luchar contra la corriente, llegué a conseguir posar mis plantas sobre las viscosas peñas del arrecife; entonces pude convencerme de que no había sido la brisa, sino la marea creciente lo que había impelido mi bote. El esfuerzo que realicé al pisar el escollo era realmente el último de que me sentía capaz; dos minutos más de lucha y todo hubiera terminado para mí. Apenas me encontré fuera del agua tendíme aniquilado y casi insensible a cuanto me rodeaba, sobre el húmedo y duro suelo del arrecife; mas aquella inacción fue breve; no tardé en darme cuenta de los nuevos peligros que me amenazaban por la subida de la marea, y me coloqué en pie apenas hube recobrado el necesario aliento.

¿Por qué dirigí mis tristes miradas, antes que a ningún lado, al sitio en que había zozobrado mi barquilla? Lo ignoro; tal vez en aquel momento abrigaba mi corazón la vaga esperanza de verla surgir del seno de las aguas para

venir silenciosa en mi busca; mi esperanza, si la abrigué, era quimérica; sólo vi los remos meciéndose plácidamente sobre la superficie líquida; pero su auxilio, aun dado que hubiese podido alcanzarlos, me hubiera sido del todo ineficaz en la situación en que me hallaba.

Entonces dirigí los ojos hacia la costa, pero apenas descubría ni aun las mismas casas del pueblo; y para que nada faltara al horror de mi situación, el cielo se había cubierto de espesos nubarrones de color plomizo que un viento huracanado impelía violentamente.

Ni aun disponía del recurso de gritar y pedir socorro. ¿Y de qué me hubiera servido, si el ruido de mis voces era sofocado por el rumor de las olas, y no podía ser oído desde la apartada playa? Comprendí, pues, lo estéril de aquel recurso y permanecí silencioso.

Ni la más pequeña embarcación, ni el más ligero bote surcaba la bahía, y como, además, era domingo, los pescadores descansaban de sus faenas, y las únicas lanchas que estaban en movimiento debían hallarse ocupadas en trasladar viajeros a visitar un célebre faro situado a algunas millas del pueblo, punto a donde iban de excursión los aficionados a surcar las tranquilas aguas de la bahía. Probablemente la falúa de Enrique Blon estaría ocupada en aquel servicio.

Ni la más ligera vela se descubría en el horizonte; el mar se hallaba tan sombrío y desierto que podía creerme abandonado en el fondo de un ataúd.

Jamás olvidaré el espanto que me produjo tan tétrica soledad; aun recuerdo que agobiado mi juvenil espíritu bajo el peso del terror que la vista de aquel piélago inmenso, sordo a mi dolor y a mis ayes, me produjo, sentí que mis piernas se doblaban, y cayendo de hinojos vertí un raudal de amargas lágrimas.

Hasta me pareció que las aves marinas se habían conjurado contra mí, pues las vi acudir de todos los puntos del espacio como dispuestas a tomar venganza del sobresalto que mi presencia en el escollo les había infundido, y batiendo ruidosamente las alas a poca distancia de mi cabeza, me ensordecían con su ingrato graznar. Algunas de ellas eran tan osadas, que hasta venían a rozar con sus plumas mis propias manos, y si bien se alejaban rápidamente, era para volver en seguida en medio de una tan infernal algarabía que aumentaba no poco mi agonía, haciéndome presumir un ataque encarnizado de su parte; mas no sucedió lo que me temía, y hoy comprendo que la curiosidad y no el apetito atraíales sobre mi cabeza.

Era tal mi situación, que era inútil reflexionar; a lo sumo mi libertad se reducía a estar sentado o en pie, pues, por lo demás, en una u otra postura fuerza era esperar, si quería salir del escollo, a que vinieran en mi auxilio. ¿Pero, cuándo? Era preciso una grandísima casualidad para que a alguien le pasara por las mientes fijar sus miradas hacia el arrecife; y como sólo Enrique Blon y otro poseían anteojos de larga vista, era dificilísimo que se presentara semejante coyuntura. Para colmo de desgracias, ningún buque solía pasar por

aquellas inmediaciones, pues cuando entraban o salían del puerto tomaban el largo huyendo del peligroso arrecife. Así, pues, si yo tenía escasas probabilidades de ser visto de tierra, no eran mayores las esperanzas de salvación que podía prometerme por consecuencia del paso de algún buque.

Hondamente entristecido, fui a sentarme a lo alto de una roca, esperando con medrosa ansiedad la suerte que me estaba reservada.

Si he de decir la verdad, no podía concebir la idea de que pudiera sucumbir por hambre en el islote, pues, confiaba en que Enrique Blon, al echar de menos su bote, iría en seguida en mi busca. En este punto mis conjeturas eran, en cuanto cabe, precisas. Calculaba que Enríque no estaría de regreso en el pueblo hasta la puesta del sol, y que, por tanto, hasta la noche no notaría la ausencia de su esquife, y no le costaría gran trabajo adivinar en poder de quién estaba, pues nadie más que yo disfrutaba en el lugar el privilegio de usarlo. Así, pues, inquieto por mi tardanza, Blon acudiría a la alquería de mi tío, y no encontrándome tampoco allí, y sospechando probablemente lo que me había sucedido, acudiría presuroso a socorrerme.

Esta idea acabó por devolver a mi ánimo gran parte de mi perdida confianza, dando lugar a que los justos terrores que le habían invadido, fueran substituidos por el pesar y el remordimiento que debían infundirme los perjuicios que mi audaz conducta causara a mi amigo y salvador. Con sólo pensarlo sentía que el rubor de la vergüenza invadía mis mejillas. ¿Qué disculpa podría dar de mi temeridad a mi

buen Enrique? ¿Cómo podría levantar los ojos ante él, ni cómo podría indemnizarle del daño que le había ocasionado? La cosa valía la pena de ser meditada, aunque no le viera fácil solución, pues yo no poseía ni un penique, y, por otra parte, tenía motivos más que sobrados para suponer que mi tío no había de pagar mis locuras. Sin embargo, no era cosa de dejar de satisfacer a Blon una indemnización más que justa, necesaria, y ponía en prensa mi imaginación pensando en la manera de poder hacérsela efectiva. Acaricié la idea de que si mi tío me autorizara solamente para trabajar por cuenta de Enrique, podría tal vez saldar mi deuda, retirando éste de mi sueldo alguna cantidad por semana hasta tanto que el bote fuera pagado; sólo me quedaba por reflexionar en qué podría yo ganar aquel sueldo.

No lo hice, empero; mas en cambio, calculé, con arreglo a lo que podría valer el bote, el tiempo que necesitaría para satisfacerlo, partiendo de un descuento más generoso que practicable. Fuera de estas singulares reflexiones, maldito si en aquel momento tenía miedo de perder la vida. Seguro estaba, en verdad, pasar hambre y frío, sentir más o menos vivamente sobre mis carnes la humedad del mar que a cierta hora cubre el islote, y esperaba, por último, pasar una noche en medio de la lobreguez de aquella inmensa y espantosa soledad, rodeado por el agua y tal vez dentro de ella.

¿Qué profundidad podría tener ésta? ¿Me llegaría a las rodillas?

Esas eran las únicas dudas que me atormentaban, y para poder encontrar una contestación a esas preguntas traté de

inquirir sobre algún indicio seguro la altura ordinaria de las mareas. Como todo el mundo, sabía yo que el arrecife desaparecía por completo bajo las olas durante el flujo periódico de pleamar, de cuyo fenómeno era fácil darse cuenta sin salir de la playa, porque a aquellas olas se les veía rodar monótonamente por encima del peñón; pero creía yo, y conmigo muchos otros, que el mar sólo ocultaba las rocas a una profundidad de dos o tres centímetros.

En el primer momento no di con nada que pudiera aclarar mis dudas acerca de este punto; pero cuando mi vista tropezó con el poste que servía de lejana boya, comprendí que en él tal vez hallaría la solución de la duda que me embargaba: acerquéme, y reconocí efectivamente en su superficie una línea circular pintada de blanco, que evidentemente había de ser el nivel de la marea; juzguen, pues de mi terror cuando vi que su altura era de dos metros por encima de las rocas.

Aquel inesperado descubrimiento me consternó, hasta tal extremo, que, por un momento, creí perder el juicio; acerquéme más y más al palo, resistiéndome a dar crédito a lo que veía con mis propios ojos; mas ¡ay! bastante cierta era mi horrible desventura; la línea blanca era más alta que mi cabeza, tanto que, para poder llegar a ella, fuéme preciso ponerme de puntillas y levantar el brazo cuanto me era posible.

Ante la inminencia del peligro que se avecindaba, un temblor convulsivo se apoderó de todos mis miembros. La marea, antes que nadie pudiera venir en mi socorro, cubriría

el árido promontorio, y arrebatado por las olas, sucumbiría en los profundos abismos.

X
EL ESCALAMIENTO

Lo que en aquel momento amenazaba mi existencia, no era ya un simple peligro, sino la muerte misma, casi cierta, inevitable. La alegría de verme salvado quedaba desvanecida; la marea no podía tardar en cubrir completamente el arrecife, y entonces habría llegado para mí mi última hora. Mi ausencia no podía ser notada hasta la noche, cuando ya mi triste fin se habría consumado; la marea no espera.

Presa de profunda desesperación, mis facultades todas se paralizaban. Incapaz de discurrir, nada veía tampoco de cuanto me rodeaba; mis ojos, clavados en aquel mar dispuesto a engullirme, seguían maquinalmente el continuo avance de sus embravecidas olas.

La conciencia de mi propio ser, el deseo de vivir, despertábanse en mí por intervalos fugaces, y bajo su salvador influjo volvía la cabeza y, anhelante, dirigía la vista a todos los puntos del horizonte, buscando inútilmente la lejana vela que pudiera anunciarme la proximidad de seres humanos a quienes apelar en demanda de socorro. Mas nada

venía a interrumpir la monotonía de las imponentes olas, como no fuera alguna extraviada gaviota que, admirándose sin duda de verme en aquel sitio, revoloteaba en torno del arrecife, como para recordarme la idea del peligro que en él me esperaba, retardando mi partida.

De repente mis ojos fijáronse nuevamente en el mismo poste que había sido sirena de mi infantil engaño y anuncio fatal de mi desventura; y a su vista un rayo de esperanza iluminó mi corazón.

En efecto, podía encontrar la salvación trepando por el palo e instalándome en el barril hasta que descendiera la marea, pues como el mar sólo llegaba a la mitad de su altura, ningún peligro me amenazaba en lo alto. Todo consistía en llegar a él, y la cosa me parecía realizable, pues si yo trepaba con facilidad por los árboles, ¿había de serme imposible escalar aquella estaca? Estaba convencido de que iba a pasar una noche toledana, acurrucado en el barril; mas al cabo tenía la seguridad de que ningún peligro me amenazaba, y consolábame al pensar que al día siguiente, cuando aun me contara en el número de los vivos; podría reírme de mi miedo de la víspera. Reanimado por esta esperanza, me dirigí hacia el poste resuelto a encaramarme en él, y no porque la necesidad apremiara, sino porque quería estar seguro de poder subir a él en el momento en que fuera indispensable.

Entonces me convencí de que la cosa no era tan fácil como me había creído. La mitad inferior del poste estaba cubierta de aquella especie de limo que me hiciera resbalar al

pisar las rocas, haciéndole más escurridizo que cualquiera de las cucañas que había visto en las fiestas del pueblo.

Sólo a fuerza de mucha, paciencia y destreza pude vencer aquella dificultad; mas cuando hube rebasado la línea blanca, la ascensión hasta el barril me fue muy fácil. Apenas me encontré al alcance de él, y en el momento en que me felicitaba por haber alcanzado aquella boya singular, experimenté una nueva y más terrible decepción que las anteriores, por lo mismo que era menos esperada. Mis brazos eran demasiado cortos para alcanzar la extremidad de la barrica, pues gracias si alcanzaba al promedio de su abultada barriga con la punta de los dedos, y como no tenía ningún asidero, me era completamente imposible llegar a cabalgar en él. Además, me era imposible sostenerme en tan violenta posición, pues mis fuerzas me abandonaban a cada instante; así es que antes que hubiese resuelto el descenso vime precipitado muy a mi pesar desde lo alto del mástil a causa de lo escurridizo que estaba.

En las nuevas tentativas que verifiqué tampoco fui más afortunado. De nada me sirvió que extendiera piernas y brazos, que me rompiera las uñas y que hiciera toda clase de evoluciones para lograr izarme hasta el reborde superior de aquella especie de púlpito; todo fue inútil, y como no encontraba sitio en donde agarrarme y carecía asimismo de hincapié, a lo mejor solía deslizarme hasta la base de la estaca con una facilidad que maldita la gracia que me hacía.

En aquella ocasión tantas contrariedades no lograron abatirme, antes bien la inminencia del peligro aguzaba más y

más mi entendimiento, y multiplicaba mi ardor para pensar y llevar a cabo todo cuanto redundaba en beneficio de mí salvación.

Si a lo menos hubiera podido disponer de un cuchillo habría entallado en el poste los huecos necesarios para apoyar los pies, mas no traía conmigo ni un mal cortaplumas, y a menos de servirme de los dientes para aquella faena no había medio humano de conseguirla. Como ustedes ven, mi situación seguía, siendo dificilísima.

Estaba pensando en el medio de salir del apuro, cuando cruzó por mi mente un pensamiento luminoso.

¿No podía hacer un montón de piedras alrededor del poste y subirme a él? De esta manera, procurando que sobresaliera de la línea blanca, me hallaría casi con tanta seguridad como en lo alto del tonel.

En el sitio donde estaba clavada la estaca había algunos enormes cantos de roca, colocados allí evidentemente para que contribuyeran al sostén de su base, de modo que sólo necesitaba ir amontonándolos sobre aquel primer terraplén para levantar un mojón, cuyo extremo superior me serviría de refugio.

La idea me entusiasmó, y sin pensarlo más, me dispuse a practicarla.

No faltaban allí trozos de rocas desprendidos de la peña que podían servir a mi objeto, y como había abundancia de ellos, juzgué que me bastarían quince minutos para dar fin a mi trabajo. Mas apenas hube comenzado, me persuadí de que la cosa no era tan fácil como me había figurado. En efecto,

aquellos pedruscos eran tan viscosos, que al pretender levantarlos se me escurrían de las manos; otros eran demasiado pesados para mis fuerzas; y otros, en fin, se hallaban medio enterrados en la arena, en términos de serme imposible arrancarlos no contando para descalzar su base de instrumento más eficaz que mis uñas.

A pesar de tantas dificultades no decayó mi ánimo un momento; antes bien, haciendo un supremo llamamiento a mi energía toda, que lo supremo del caso estimulaba, me dispuse a llevar a feliz término mi obra, segura de que llegaría a realizarla; mas, ¿tendría levantado el edificio antes que el mar me acometiera? Tales eran la duda y el temor que me asaltaron.

La marea iba subiendo poco a poco, es verdad, pero también incesantemente. El mar se hinchaba por momentos, y ya veía sus olas crecer, lamer la peña, inundarla después y no detenerse en su crecimiento hasta haberme cubierto enteramente.

De nada me servía apresurarme; la debilidad y aquel suelo resbaladizo apenas me permitían tenerme en pie; y a pesar de tener las manos y las rodillas desolladas, volvía una y otra vez a la carga, porque en mi lucha desesperada con la muerte que me acechaba tan de cerca, llegué a olvidar la fatiga y hasta el dolor que las heridas me producían.

El mojón que construía ya se elevaba a la altura de mi frente antes que la marea hubiese invadido la superficie del arrecife, mas eso no era suficiente. Faltábame elevarlo unos cincuenta centímetros más para que alcanzara el nivel

señalado en el poste, y, por tanto, continué mi obra con más ardor. Mas, desgraciadamente, cuanto más avanzaba en ella, tanto más difícil se me hacía continuarla, porque agotadas cuantas piedras encontré junto a la base del mástil, tenía que irlas a buscar más lejos, en lo cual empleaba mucho tiempo, sin contar con que las fuerzas me abandonaban a cada nuevo porrazo que recibía en mis caídas. Además, la misma altura que ya alcanzaba mi pirámide era otra dificultad no menos poderosa; la colocación de cada nueva piedra exigía algunos minutos y no poco ingenio, y aún así con frecuencia resultaba inútil mi trabajo, pues por efecto de la elevación a que tenía que asentarlas, algunas resbalaban y caían con peligro de aplastarme los pies.

Al cabo de dos horas de continuo y rudo trabajo suspendí mi obra, y no porque la hubiese terminado, sino porque la marea vino a interrumpirla. En efecto, apenas hubo ésta alcanzado el nivel del arrecife, invadió rápidamente su superficie.

Sin embargo, no por eso renuncié a aquella última probabilidad de salvación; y aunque el agua me llegaba hasta las rodillas, seguí arrancando las piedras que trasladaba a mi promontorio con todas las dificultades del mundo. Ya la espuma salada me azotaba el rostro y enormes olas amenazaban engullirme, cuando aún trabajaba.

Por fin el mar se puso tan revuelto y profundo, que llegué a perder pie, y mitad a nado, mitad andando, transporté mi última piedra. Apenas la hube colocado trepé rápidamente a lo alto del montón, y agarrándome con fuerza

al poste, al que me había abrazado, contemplé con ojos espantados aquel revuelto mar que iba subiendo en devoradores torbellinos.

XI
MAREA ASCENDENTE

Faltaría a la verdad si tratara de disfrazar el espanto que se apoderó de mí en tan terrible trance. Si yo hubiese tenido tiempo de acabar y consolidar mi pirámide, tal vez hubiera permanecido más tranquilo. Sólo tenía confianza en la solidez de aquella estaca, a la que viera toda mi vida arrostrar impávida el furor de las tempestades; pero aquel frágil montón de piedras en que yo estaba subido, ¿tendría la necesaria resistencia para aguantar el empuje de las olas? Por lo que toca a su altura, sólo discrepaba en unos treinta centímetros de la línea, blanca, lo cual me condenaría a tener las piernas sumergidas en el agua; pero esto no me causaba inquietud. Mas, ¿aquella línea de nivel era exacta? Debía suponerse que indicara la altura de las mareas ordinarias cuando el mar estuviese en bonanza; y en aquel momento la brisa soplaba con la necesaria violencia para encrespar las olas más de cincuenta centímetros de lo acostumbrado. Entonces las dos terceras partes de mi cuerpo se hallarían dentro del agua, sin contar con que la espuma de las olas

saltarían por encima de mi cabeza. Mas si para colmo de desdichas la brisa continuaba refrescando, si surgía una tempestad o tan siquiera una ráfaga de viento cruzaba aquella atmósfera, ¿qué sería entonces del inconsistente edificio por mí levantado a costa de tanto trabajo? Mil veces había visto en tiempo de borrasca, cuando el mar se agita en su imponente furia, que sus altísimas olas azotaban al arrecife, irguiéndose algunos metros más alto que la señal indicada.

Si este caso llegaba, ¿qué iba a ser de mí?

Por otra parte, existían en mi favor algunas probabilidades. Corría el mes de mayo, y el cielo se había ofrecido diáfano durante aquella mañana. Verdad es que hasta en los días más hermosos surgen tempestades; y a veces el tiempo, que desde la costa parece bello, en alta mar es el tormento de los navegantes; y no lo es menos que para mi destrucción no hacía falta un huracán, pues una simple y fresca brisa que picara el mar bastaba para arrebatarme el débil apoyo en que se fijaban mis pies.

De todos modos, y aun cuando la mar permaneciera bella, no por eso dejaría de inspirarme serias inquietudes la solidez de mi pirámide. Había amontonado las piedras al azar y según se me caían de las manos, y había resultado tan poco firme el montón, que al trepar sobre él noté cierta oscilación en la base. ¿Qué iba a ser de mí, pues, si las olas o la corriente las arrancaban de su sitio?

Esta idea me atormentaba cruelmente, y contribuía no poco a alimentar mis angustias. Mi única salvación se hallaba lejos del arrecife; pero en vano mis ojos escudriñaban la

solitaria bahía buscando, ansiosos, el anuncio feliz de su llegada. ¡Amarga decepción!; allí, como en todas partes, reinaba la más espantosa soledad.

Había permanecido estrechando fuertemente entre mis brazos el fatídico poste, cual si fuera el mejor de mis amigos. Cierto es que en aquel momento era el único con quien podía contar; sin él no hubiera podido levantar mi promontorio roqueño; y aun suponiendo que esto me hubiese sido posible, sin la estaca no hubiera podido sostenerme de pie sobre su plataforma, porque hubiera carecido de sostén contra los embates de las olas. No me atrevía a moverme, porque temía que al menor cambio que intentara en mi posición se derrumbaría aquel frágil edificio que ya me hubiera sido imposible construir de nuevo. El agua que rodeaba la base se elevaba a mayor altura, de modo que todo trabajo se hacía impracticable. Sólo mis ojos tenían movimiento; dirigíalos incesantemente a todos los puntos del horizonte, cuyas profundidades trataba de sondear, buscando en vano quien pudiera responder al angustioso grito de agonía de un náufrago que veía llegada su última hora. Entonces mis miradas tropezaban con las embravecidas olas, olvidadas mientras buscaba la tabla salvadora, las cuales en su carrera vagabunda y perezosa venían a desmenuzarse contra las rocas para después volverse a formar y seguir rodando hasta la solitaria playa. El sordo rumor con que avanzaban y el imponente bramido en que, al estrellarse prorrumpían, parecíanme augurio fatal de mi desventura, severa reconvención de mi loca temeridad. ¿Cómo yo, mísera

y débil criatura, tuve el atrevimiento de invadir sus íntimos dominios?

Pronto se hicieron más imponentes los rugidos que despedía, y vibraban a mis oídos cual si fueran voces cavernosas brotadas del abismo. Presa de indecible terror me acometió el vértigo, y por un momento me creí lanzado al fondo de aquel mar que bajo mis pies bramaba.

Mientras, las olas iban creciendo, creciendo sin cesar; pronto cubrieron las más elevadas piedras de mi promontorio, y la fría humedad del agua me invadió los pies; como seguían subiendo lenta, pero incesantemente, no tardaron en llegar hasta mis rodillas... ¡Dios mío!; ¿cuándo cesarán las aguas de crecer?

Aun debían continuar. Ya tenía el agua a mitad del cuerpo; el mar me cubría las espaldas y su espuma me azotaba el rostro, penetrándome por la boca, por los ojos y por los oídos; me sentía medio ahogado, no podía respirar... ¡Oh madre mía!

La marea había llegado a. su mayor altura, y por momentos amenazaba tragarme; empero la tenacidad que el instinto vital infunde en trances tan supremos hizo que estrechara con más fuerza entre mis brazos el poste, y tal vez hubiera podido mantenerme allí hasta el fin de la marea, sin la llegada de un incidente que vino a ponerme en más grave aprieto.

La noche había tendido su negro manto, y como si su llegada hubiese sido la señal de mi postrer instante, el viento sopló con más fuerza, las nubes se entrechocaron con

imponente violencia, la lluvia bajaba del cielo como una tromba, las olas se encresparon lanzando aterradores bramidos, y yo estuve a punto de ser su vil juguete.

Mi espanto no tuvo límite cuando me creí impotente para resistir la arrolladora impetuosidad de aquellas líquidas montañas.

Una impetuosa ola me hizo perder el punto de apoyo en que descansaban mis pies; quise recuperarlo para, poder resistir las sucesivas, y levantándome con auxilio de mis brazos, busqué con la punta del zapato la plataforma; pero en aquel momento otra ola más enorme que la primera me envolvía separando mis piernas del sólido puntal. Flotando, pero sin desprenderme de la estaca, me sostuve hasta que hubo pasado la imponente masa líquida, y cuando después, tanteando otra vez para buscar mi apoyo, lo hube encontrado, sentílo hundir bajo mis pies con sordo estrépito. Entonces, faltándome la base de sustentación, quedé a merced de las olas, cuya fuerza irresistible me arrolló lo mismo que antes hiciera con el tosco edificio en que hasta aquel momento me apoyara.

XII
EL POSTE

En medio de mi gran desventura era una fortuna que hubiese aprovechado las lecciones de nadar de mi amigo Blon. En aquel angustioso momento la natación era el único conocimiento que podía serme de alguna utilidad, pues de otro modo habría sucumbido inmediatamente. Por de pronto vime lanzado entre las puntiagudas rocas que cubrían la superficie del escollo, y semejante inmersión, no siendo un diestro buzo, pudo haberme costado la vida. Lejos de esto, subí con toda la rapidez que pude a la superficie del agua cual lo hiciera un pato, y después irguiéndome con la ola, miré a mi alrededor para descubrir el poste. Esto último no era tan fácil como a primera vista podría creerse; el agua que me azotaba el rostro me tenía cegado, y a semejanza de perro de Terranova que busca algo en un río, tuve que dar además dos o tres vueltas antes de poder distinguir nada en medio de la espesa tiniebla que reinaba por todas partes.

Por último, mis ávidas miradas tropezaron con el mástil salvador. Sin pensar me había alejado de él más de veinte

metros; y si hubiese cedido al embate del viento y las olas, antes de diez minutos hubiéranme arrastrado tan lejos del arrecife que me hubiera sido imposible regresar a él.

No bien hube divisado mi boya me dirigí recto a ella, y no porque llevara alguna idea preconcebida de la utilidad qué podía prestarme, sino guiado del instinto natural que reñía con la muerte su postrera batalla. Así como todos los que se ahogan, que en su desesperación se agarran a un cabello, también yo en aquel trance fatal coloqué toda mi esperanza en el único objeto que tenía a mi alcance, y que podía ofrecerme alguna seguridad de salvación. Aunque me encontraba casi desposeído de la facultad de pensar, poco antes de llegar al poste asaltóme la idea de que no podría de ninguna manera sostenerme en él y sentí que se reavivaban todos mis temores y angustias. Verdad es que podía atravesar los cinco o seis metros que de la estaca me separaban, mas no alcanzar el borde del barril, en cuya tentativa ya había fracasado cuando mis fuerzas no se hallaban tan decaídas como en aquel momento. Sin embargo, sí hubiese logrado instalarme encima del tonel, tenía la seguridad de salvarme, porque siendo bastante ancha su superficie, ofrecíame seguro abrigo contra los golpes de mar sin contar con que en aquel elevado sitio podría ser más fácilmente descubierto por las gentes que estuvieran en la playa. De este modo quizá la aventura no tendría nada de desastroso. Pero tales conjeturas eran infundadas, y seguro de ella no abrigué el intento tan siquiera de repetir mis frustradas tentativas; una sola idea me

preocupaba, y era el saber cómo lograría agarrarme al palo de modo que no me escurriese como antes me había sucedido.

Por fin llegué a la deseada meta, después de grandes esfuerzos e inminentes peligros, porque nadaba contra el viento, la lluvia y la marea. ¡Con qué alegría estreché entre mis brazos el solitario poste, aquel antiguo amigo a quien debía la existencia y junto al cual casi me consideraba fuera de peligro. Gracias al apoyo que en él encontré, mi cuerpo flotó por espacio de algunos minutos en la superficie del agua, y seguramente habría podido mantenerme en esta posición hasta el descenso de la marea, si el mar no hubiese estado tan alborotado; pero desgraciadamente seguía enfurecido; sin embargo, se calmó un momento, y yo aproveché esta tregua para tomar algún aliento. El vendaval volvió a recobrar toda su violencia, y las olas, más embravecidas que antes, convirtiéronme de nuevo en juguete de ellas; unas veces elevándome hasta el fondo mismo de la barrica, me hundían luego en el abismo al deslizarse por debajo de mi cuerpo, o bien me hacían girar rápidamente en derredor del palo al cogerme de revés, a la manera de esos juguetes de niños en que un mono sube y baja, y gira alrededor del palito a que se halla adherido a impulsos de la mano infantil que lo maneja.

La primera embestida la resistí valientemente; mas no me hacía ilusiones en cuanto al resultado que iban a tener las sucesivas, pues la lucha era demasiado desproporcionada para que no me inspirara las más negras inquietudes.

¿Cómo resistir a tan poderosa fuerza y sostenerme en el poste que era mi único apoyo? ¡Ah! ¡Si hubiera tenido una cuerda! El cabo que tenía más inmediato, no distaba menos de mí que el bote de Enrique, o la poltrona de mi tío. Mas en aquel mismo instante, como inspirado por un genio benéfico, ocurriéseme la manera de reemplazarlo. Sí, la cosa era fácil de hacer, la inspiración excelente.

Ustedes preguntarán con impaciencia en qué consistía esa inspiración, y yo les contesto que tengan un poco de calma, que voy a complacerlos.

Yo usaba, como todos los muchachos de mi condición, una blusa de una tela listada, sumamente recia. Cuando mi madre vivía, esta blusa, constituía mi traje de diario, mas después sirvióme para los domingos lo propio que para los días de trabajo. Líbreme Dios de despreciar tan modesta prenda, a la que, bien puedo decirlo en alta voz, debí la vida. Más adelante he podido vestir trajes hechos con las mejores telas de nuestras fábricas, y crean ustedes que ninguno de los vestidos costosos de que he tenido provisto mi guardarropa ha merecido de mí el afecto que, a partir de aquel día, concedí a la blusa listada.

Esta querida prenda tenía, afortunadamente, una espesa hilera de botones sólidamente cosidos, no como esos botoncitos de asta, plomo o hueso que se emplean hoy, sino fuertes botones de hierro y del tamaño de un escudo. También tuve la fortuna de haber conservado la ropa de que ya recordarán ustedes me aligeré cuando me echó a nado en busca del bote; mas, a la vuelta, el fresco que corría, me hizo

solicitar su abrigo, y a la sazón me felicitaba por ello, pues de otro modo el mar se hubiera llevado mi blusa, y entonces...

Seguramente dirán ustedes: «Pero, ¿a qué pensaba dedicarla?» «¿Pretendía hacer tiras con ella y fabricar una especie de cuerda?» Nada de esto amigos míos; semejante propósito hubiera sido irrealizable, porque aunque hubiese podido hacer tiras de la blusa, ¿cómo habría logrado unir los cabos? Sólo tenía una mano libre, pues con la otra me apoyaba en el poste, y el mar estaba además tan picado, que tal operación, tan lenta de por sí, habría sido impracticable. Por lo demás, no era cosa fácil quitarse la blusa que, mojada como estaba, teníala pegada al cuerpo. No me acordé, pues, ni por un instante de rasgarla, sino que me limité a desabrocharla y rodear con ella el poste, abotonándola después nuevamente.

Afortunadamente, cuando me hicieron la blusa, habían tenido la salvadora previsión de que yo engordaría; así es que dentro de ella cogían dos cuerpos como el mío; y aunque tan exagerada precaución por parte de mi tío habíame disgustado el primer día que me la puse, llegó una ocasión, como la que describo, que a tan bienhechora holgura debí mi salvación.

Cuando estuve fajado y adherido al poste, respiré un momento, el primero después de muchas horas de desesperada lucha. Así, pues, no era de temer que la marea me arrastrara.

Si todos los peligros de que estaba rodeado hubiesen desaparecido por el hecho de poderme sostener amarrado a la estaca, claro está, que habría llegado el momento de poder

cantar victoria; mas ¡ay!, demasiado pronto conocí que aquel supremo bien a que había aspirado era incompleto. Una ola enorme que se estrelló contra el arrecife cubrió todo mi cuerpo; quise encaramarme a mayor altura para evitar las que en pos de ella venían, pero no pude; las amarras que había echado eran tan eficaces, que no pude cambiar de fondeadero, y el resultado de tan repetidas inmersiones era fácil de prever: bien pronto me sentiría sofocado, y entonces, soltando el mástil salvador, me escurriría hasta el fondo del peñasco, en donde hallaría una muerte contra la que con tanta obstinación había luchado.

XIII
SUSPENSIÓN

No tardé en recobrar toda mi presencia de ánimo, así es que pude buscar un nuevo medio para poder sostenerme a flote. Podía fácilmente desabrocharme la blusa, y trepando a lo más alto del mástil, volvérmela abotonar como antes; pero como el grueso del poste no era igual en toda su extensión, sino que su diámetro disminuía a medida que se elevaba, preveía que iba a escurrirse hasta volver al punto en que en aquel momento me encontraba. Si a lo menos hubiese podido disponer de un cuchillo hubiera hecho una ranura en el palo y en ella apoyar mi blusa, ya que tampoco había en él clavo alguno en donde poder sujetarla. Mas ¡ay! no tenía a mi disposición nada de eso, o por lo menos tal creí, hasta que un examen más atento del mástil vino a sacarme de mi error. En efecto; en el sitio en que el fondo del tonel dejaba al descubierto el mástil, tenía éste un travesaño que, gracias a la disposición de aquél, dejaba una ranura que podía serme de gran utilidad. En este hueco, pues, comprendido entre la cara exterior del fondo de la barrica y el travesaño, pensé que

podría, por medio de mi blusa, hallar sostén para no escurrirme al fondo del inundado peñasco. Pero el peligro era tan inminente, que, sin detenerme a calcular la resistencia que opondría aquel inesperado colgador, no vacilé en desatarme y verificar la ascensión.

Pronto llegué a lo alto del poste, y una vez al alcance del travesaño, hice varios esfuerzos para amarrar en él mi blusa; pero en todos fracasé; y cuando, desalentado, hube de renunciar a mi proyecto, me deslicé suavemente a mi sitio primitivo, en donde los nuevos embates de las olas me convencieron de mi inevitable y funestísimo fin.

La causa de mi fracaso no es difícil adivinar, y fue el no haber podido levantar muchísimo más el cuello de mi blusa, y sobre todo la altura de mi cabeza oprimida bajo el fondo del tonel, fueron los obstáculos que me impidieron realizar mi proyecto.

Cuando ya estaba próximo a entregarme nuevamente a la desesperación asaltóme otra idea, y con tanta insistencia, que apenas descendido volví a trepar a lo alto con frenética resolución. Aquella vez subí con la esperanza fundada que podría serme útil el reborde salvador.

Por suerte mía me acordé de las dos correas de búfalo que me servían de tirantes: por aquellos tiempos los fabricantes no habían imaginado las modificaciones que después han introducido en esta prenda del traje y en otras en perjuicio de su solidez y duración. Inmediatamente, y gracias al apoyo que me prestaba el abotonamiento de mi blusa, me quité las dos correas y las até una a otra

sólidamente, aunque teniendo mucho cuidado en consumir la menor porción posible de ellas, pues cada centímetro de su longitud tenía un valor incalculable en aquellos difíciles momentos.

Cuando hube formado de los dos tirantes una sola correa, hice en uno de sus extremos un nudo corredizo que pasé alrededor del travesaño, y tiré con todas mis fuerzas de él, mientras que el otro extremo lo até a la blusa lo mejor que pude, pasándolo por uno de sus ojales. Algunos minutos y no pocos trabajos empleé para la realización de mi idea, pero todo lo di por bien empleado cuando vi coronados por el éxito mis esfuerzos. Entonces quise probar la resistencia de mi obra, y tan complacido quedé de su resultado, que soltando completamente el poste, me balanceé ligeramente en el espacio, sin que se aflojasen en lo más mínimo los tirantes ni la blusa sobre los cuales gravitaba todo el peso de mi cuerpo. No sé si en aquella ocasión, dado mi estado, me riera de lo cómico de mi postura; pero tengo muy presente el sentimiento de seguridad que reemplazó en mí los desvanecidos terrores, cuando vi recompensada tan lisonjeramente mi última tentativa. Ya entonces podía el viento soplar con toda su violencia y el mar desencadenarse furiosamente; sus arrebatos me inquietaban poco, porque me sentía al abrigo de ellos en el sitio elevado que me había conquistado.

A pesar de todo, mi posición no era nada agradable; mis fatigadas piernas soltaban de cuando en cuando el poste, y entonces adquiría cierta actitud de ahorcado, que no era

menos peligrosa que incómoda. Cuando ya me creí exento de inquietud, busqué la manera de colocarme lo más cómodamente posible. Después de cavilar algún rato, encontré el modo de realizar mi intento. Al efecto, rasgué mi pantalón hasta las rodillas, y con los trozos hice una especie de cojinete alrededor del poste, encima del cual me subí para que pudiera servirme de nuevo sostén y descanso. En esta actitud, mitad colgado, mitad sentado, pasé el resto de la noche.

Al fin empezó la baja marea: tal vez crean ustedes que me di prisa en descender apenas acertó a descubrir las rocas del peligroso arrecife; mas se equivocan si tal creen. Las peñas me inspiraban a escasísima confianza, aparte de que, abandonando mi refugio, a cada paso hubiera temido tener que volver a trepar a él. Por lo demás, aquella era la única manera de que me vieran desde la playa, y como si acertaban a descubrirme en él se darían cuenta de mis crueles angustias, tendría la esperanza de que me socorriesen mucho antes que estando en la superficie del islote.

Mas por suerte mía, el socorro vino a buscarme cuando menos lo esperaba. La aurora empezaba a colorear con su suave arrebol los tenues celajes que habían reemplazado la lóbrega cerrazón de aquella noche tempestuosa, cuando vi que un bote abandonaba la playa y a toda prisa se dirigía hacia el escollo. Presumí lo que aquello significaba, y el corazón me saltó de gozo; y ya no me admiró poco después reconocer a Blon en su remero, porque antes de verle le había adivinado.

Imposible me sería explicarles a ustedes los transportes de alegría a que se entregó el bueno de Enrique así que me vio sano y salvo. Reía y lloraba a un tiempo, y en su frenética alegría dejó de remar para levantar en alto los remos, en tanto que con gritos y palabras trataba de manifestar la inmensa satisfacción de que estaba poseído, y de sostener mi ánimo y mis fuerzas hasta que pudiera llegar a donde yo me encontraba. Tampoco describiré a ustedes la solicitud y cuidados que empleó para ayudarme a bajar del poste y colocarme en su barca. Después, cuando le hube referido mi aventura y enterádose de la pérdida de mi bote, en vez de disgustarse conmigo como yo me temía, se echó a reír y me dijo que se alegraba de que el botecito, y no yo, hubiese pagado las costas del naufragio; en lo sucesivo, jamás ha salido de sus labios el más leve reproche por una pérdida que casi le arruinaba.

XIV
EN MARCHA PARA EL PERÚ

La aventura que acababa de sucederme y que tantas veces puso en peligro mi vida no me sirvió de escarmiento; antes bien avivó mi pasión por la vida marítima comunicándome esa especie de embriaguez que acompaña a todo peligro. Así, pues, no tardé en entrar en deseos de cruzar los mares y de correr a los más lejanos países; sucediéndome por efecto de esta irresistible inclinación, que cuantas veces me aproximaba a la bahía, no podía por menos de dirigir una mirada inquieta a los últimos confines del horizonte, como tratando de descubrir aquellos ignotos países que iban desfilando cual panorama por mi acalorada fantasía.

¡Con qué ojos de envidia contemplaba el gallardo velamen de los buques hasta verlos desaparecer en lontananza! ¡Con qué entusiasmo hubiera aceptado los más rudos trabajos de a bordo a cambio de poder acompañarlos en su viaje!

No teniendo en el pueblo padres cariñosos cuyas tiernas caricias amargaran mi partida, ninguna consideración, ni la más leve pena venía a contrariar el ímpetu de mis constantes deseos.

Ningún afecto real podía aquietar la movilidad de mi espíritu, pues el poco cariño que me profesaba mi viejo, taciturno y áspero tío no era el más a propósito para despertar en mi corazón el plácido atractivo del hogar. Además, me obligaban a trabajar en los campos y en las faenas propias del labrador, siendo así que me era instintivamente repulsiva la vida agrícola.

El inmenso disgusto que sentía, viéndome condenado a ese género de ocupación tan antipático aguijoneaba más y más mis deseos de dedicarme a la vida del mar. Mi mayor gusto era en complacerme en recorrer con la imaginación aquellos maravillosos países que los libros nos describen, y de los cuales los marinos que volvían a su hogar relataban, si cabe de un modo más maravilloso, pues me hablaban de tigres, leones, elefantes, cocodrilos; de monos tan grandes como hombres, de serpientes largas como cables; y las aventuras que con tales animales les habían ocurrido, estimulaban más y más mi deseo de ir a ver con mis propios ojos tan extraños seres, y el de ir a caza de ellos, ni más ni menos como decían haber hecho los marineros a quienes escuchaba con delectación y entusiasmo. El resultado de todas estas fantásticas descripciones que tantas maravillas despertaron en mi cerebro, fue que se me hiciese intolerable la vida monótona de la alquería, que yo creía peculiar a

nuestro país, desde que juzgando de los demás por tan extraordinarios relatos deduje que en todos ellos tropezábase frecuentemente con animales curiosos, con escenas extrañas y con aventuras extraordinarias que mantenían el espíritu en continua actividad.

Aun recuerdo exactamente, como si lo hubiese oído ayer, la narración que contara un joven, que sólo había visitado la isla de Man, de uno de los más notables episodios de su permanencia en el país de los negros y de las boas constrictoras.

Tanta fue la impresión que me causó su relato, que desde aquel instante ardí en deseos de asistir a aquellas cacerías que, según decía, había presenciado. No está demás que diga a ustedes que, por motivos que no vienen al caso, y aunque estaba muy aventajado en lectura y aritmética, no se me había dicho una palabra en punto a geografía, estudio que, por lo demás, solía estar muy descuidado en la escuela del lugar; por esto ignoraba en qué punto del globo se hallaba situada la isla de Man, país lleno de misterios que hice el propósito de visitar en cuanto la suerte me deparara una coyuntura favorable.

Para mí, semejante empresa tenía mucho de aventurada, y a pesar de ello, continuamente acariciaba la idea de poderla realizar un día u otro. Alguna que otra vez, y por rara excepción, zarpaba de nuestra bahía algún buque con rumbo a tan famosa isla, y yo no dudaba que tendría la dicha de que me admitieran a bordo en alguno de ellos.

Y aun cuando se me ofrecían dificultades, no por eso pensaba desistir de mi intento, sino que había formado el plan de simpatizar con los marineros del buque, como un medio de obtener su intercesión en favor mío, para poder allanarlas.

Cuando espiaba que se presentara tan ansiada coyuntura, un incidente inesperado cambió repentinamente todos mis proyectos, quitándome de la cabeza el buque, la isla de Man, sus negros y sus boas.

A una distancia de cinco millas escasas de nuestro pueblecillo existe una populosa ciudad dotada de un magnífico puerto, en el que fondean buques de gran porte, los cuales, después de haber recorrido las cinco partes del mundo, cargan o descargan en él sus numerosas mercancías.

Sucedió, pues, un día, que a mi tío se le ocurrió enviarme a la ciudad acompañando a uno de los mozos de la casa que se dirigía al mercado a vender heno, para que vigilase la carreta mientras el criado practicaba las diligencias necesarias para la venta. Quiso la casualidad que el Mozo condujese la carreta hacia uno de los muelles del puerto, y gracias a esta circunstancia pude contemplar a mis anchas aquellos gigantescos barcos cuya esbelta arboladura y complicado y elegante aparejo me llenaron de envidioso gozo.

Reparé, sobre todo, en uno que, por hallarse anclado muy cerca de donde yo me encontraba, pude examinar más detenidamente y que me llamó la atención de una manera singular; era el buque de mayor porte de cuantos le rodeaban, y sus mástiles eran mucho más altos que el de los demás.

Sin embargo, ni sus enormes dimensiones, ni la esbeltez y elegancia de su construcción atraían particularmente mis miradas, sino una sencilla inscripción que en gruesos caracteres podía leerse en el sitio más visible del aparejo y que decía así:

EL «INCA» ZARPARÁ MAÑANA PARA EL PERU

Cuando, extasiado, fijé mi vista en el contenido de aquel cartel, sentí que el corazón me saltaba de un modo inusitado dentro del pecho como si me hubiese acometido algún peligro; eran los tumultuosos pensamientos que asaltaron mí cerebro a la vista de aquel letrero, de cuyas últimas palabras *«mañana para el Perú»* no podía apartar los ojos. Y todas aquellas ideas habían surgido con la velocidad del relámpago ante una sola reflexión que me hice apenas hube leído aquella inscripción: ¡Si partieras para el Perú! ¿Y por qué no?

Empero, no era tan fácil la cosa; el mozo de la alquería era ante mi tío responsable de mi persona, y ya se comprenderá que no quería soltarme y mucho menos consentir que me embarcase.

Además, era preciso que el capitán del buque quisiera admitirme, y yo no era tan simple que no presumiera lo costosísimo que debía ser el viaje a un país tan lejano, pues mi edad no me relevaba del pago de pasaje.

No disponiendo yo de dinero, esta dificultad era verdaderamente insuperable; así es que urgía encontrar algún expediente que me sacara del apuro.

No tardé en imaginar uno de cuyo éxito estaba tan seguro, que se borraron de mi ánimo las dudas que me habían infundido la presencia del criado y la falta de dinero.

Mi empeño por visitar Perú no era motivo para que yo no estuviera tan enterado de las cosas y de la situación de este país como cualquier habitante de la luna; y aun esta comparación no es exacta, porque al fin y al cabo los selenitas, o sean los habitantes de la luna, pueden, durante las noches serenas, en que su planeta muestra su faz a aquella parte de la tierra, darle algún vistazo, cosa que de todo punto me hubiera sido imposible. Mi ignorancia respecto a estas cosas no debe admirar a ustedes, pues ya os he dicho que en la escuela no me habían enseñado ni una pizca siquiera de ciencia geográfica.

Con todo, gracias a las noticias que me dieran los marineros de quienes he hablado, sabía acerca del Perú que era un país muy cálido, situado a grandísima distancia de nuestro pueblo, muy rico en minas de oro, y abundante en serpientes, negros y palmeras, que eran precisamente las tres cosas que más aguijoneaban mi curiosidad. Era, pues, indispensable embarcarme al día siguiente para el Perú, y partir a bordo del *Inca*.

Pero tal era la situación en que me encontraba, que la resolución de embarcarme casi estaba descartada; pues, ¿cómo había de arreglármelas para obtener pasaje gratuito y poderme substraer a la tutela de Juan? Por muy extraño que les parezca a ustedes, la primera de estas dos dificultades era la que menos me preocupaba. En más de una ocasión oí

referir casos de niños escapados de su casa, a quienes los capitanes de buques tomaban a su servicio en calidad de grumetes en tanto tuviesen la edad de poder servir como marineros; y esto me parecía tan natural, que me figuraba que llegado el caso bastaría presentarme a sufrir un pequeño reconocimiento para ser inscrito en el rol de a bordo.

Así, pues, para vencer el único inconveniente que se oponía a mis proyectos, estuve tentado a ocultarme hasta que el criado de mi tío hubiese partido; pero reflexionándolo mejor, abandoné esta idea cuyos resultados hubieran podido ser contraproducentes. En efecto, por más que Juan cansado de esperar y de buscarme se volviese a la alquería, sería a condición de empezar de nuevo sus pesquisas al día siguiente, en el cual el pregonero se encargaría de anunciar a todo el pueblo la desaparición de un muchacho de tales y cuales señas. Pensar que en un pueblo de tan pocos habitantes el suceso no había de llegar a oídos de la tripulación del *Inca*, hubiera probado un candor que ya no tenía, y la casi seguridad de que tal recurso iba a dar por resultado mi regreso a la casa de mi tío, en donde me esperaban una tunda de latigazos y puntapiés, me hacía muy poca gracia. Respecto a esto las disposiciones de mi tío me eran demasiado conocidas para serme lícito dudar de su eficacia, lo cual hizo que me contuviese y modificase mis ideas. Por de pronto, el regreso a la alquería era inevitable.

Resuelto en cuanto a esto, sólo me faltaba concertar los medios para poder evadirme; pero mis vacilaciones y dudas

fueron de escasa duración resolviéndome al fin a abandonar la casa de mi tío al día siguiente por la mañana.

Al volver a la alquería, el criado y yo nos metimos dentro de la carreta, mas no le revelé nada de mi propósito.

XV
LA FUGA

Aquella noche empleé para con los de casa igual reserva que tuve con el mozo de mi tío, procurando no dar a conocer por mi agitación la extraordinaria resolución que me agitaba. Así es, que nadie llegó a traslucir mis intenciones, aunque a cada instante temía que mi distracción y mi torpeza denunciaran mis preocupaciones.

He de confesar que poco faltó para que me arrepintiera, desistiendo de mi empeño por fugarme. Más de una vez viendo aquellos semblantes que acabaron por serme tan familiares, y pensando que los contemplaba por la última vez, se me arrasaron los ojos de lágrimas y me sentía oprimido el corazón; pero mucho más se alimentaban mis decisiones cuando acudía a mi mente la idea de que me llamarían ingrato. Entonces maldecí mi funesta inclinación por la vida del mar y hacía propósito de no fugarme, siendo seguro que si en la lucha que aquella noche turbó mi espíritu, hubiese podido intervenir con su consejo alguno de los que allí estaban presentes y me eran simpáticos, mi incertidumbre y mis

propósitos hubieran desaparecido, al menos por de pronto. Sin embargo, yo creo que no hubiera tardado mucho en volver a las andadas, porque mi vocación por la vida del mar era verdaderamente irresistible, casi diré fatal.

Quizá digan ustedes que no teniendo confianza para espontanearme con ninguno de los que conmigo vivían en la alquería, pude haber acudido a Blon, cuya sincera amistad tal vez me hubiera sido de gran provecho en el estado en que se hallaba mi ánimo; mas a esto contestaré que mi amigo no residía en el pueblo, desde seis meses antes de la fecha en que esto ocurrió; después de vender su falucho contratóse en un buque mercante. Precisamente por haberse ausentado tenía yo más deseo de imitarle; así es que durante aquel tiempo la vista del mar me renovaba de continuo y con creciente impetuosidad mi afán por los viajes.

Como el desgraciado prisionero que al través de la reja de su sombrío calabozo contempla la lejana campiña que le convida a la vida y a la libertad, así yo desde la playa aspiraba con fruición los efluvios del Océano que la brisa me traía entre sus alas, y en fantásticos ensueños veíame dentro de un buque navegando a través de los más remotos mares. Así, pues, sin Blon, nadie podía desaconsejarme mi tentativa, porque a ninguno de los de la casa le hubiera hecho semejante confidencia, sólo una persona merecía mi confianza, y mil veces estuve a punto de revelarle mi plan; mas me contuvo la idea de que obtendría su reserva, a condición de prometerle formalmente desistir para siempre de mis

designios, y su cumplimiento hubiera sido superior a mis fuerzas y mis buenos deseos de no faltar a ella.

Cuando todos hubimos cenado nos fuimos a acostar. Yo no pude conciliar el sueño en toda la noche; los más extraños pensamientos embargaban mi imaginación; de modo que bien puedo asegurar que soñé estando desvelado. En mi fogosa fantasía, veía gigantescos buques cuyos altísimos mástiles tocaban en las nubes, convertidos en juguete de las olas; veíame a mí mismo tirando con extraordinario ardor la cuerda embreada de sus jarcias, y hasta sentía su roce que me quemaba las manos, y que imaginaba cubiertas de dolorosas heridas.

Cuando me acosté, mi primera idea había sido la de huir durante el sueño de los demás. Esto no presentaba ninguna dificultad, gracias a que la seguridad de que por aquellos contornos se disfrutaba, la entrada de la casa permanecía siempre abierta. La puerta principal no tenía, pues, más protección que el picaporte.

Después de meditar todo esto con la madurez que mis pocos años permitían, comprendí que semejante proyecto no resolvía las dificultades que ya me hicieron desistir de mi primera idea de abandonar a Juan.

En efecto: cuando todos se despertaran y se dieran cuenta de mi ausencia, acudirían presurosos en mi busca; y como no sería difícil suponer que me había dirigido a la ciudad, allí hubieran ido a buscarme; con esto, pues, resultaba inútil mi regreso a casa de mi tío. Por lo demás, tanta precipitación en abandonar la alquería era completamente

inútil, porque estando ésta situada a unos ocho kilómetros escasos del puerto, llegaría tan de madrugada que no podría presentarme al capitán hasta pasadas algunas horas.

Tomé, pues, la resolución de permanecer en casa hasta la madrugada, y excuso referir con cuánta impaciencia estuve esperando el instante deseado. Acudí como los demás días al desayuno, pero tan lívido estaba, que alguien hubo de hacer notar mi palidez. Por un momento creí que todo se había echado a perder, porque llegué a temer que leerían en mi rostro los secretos designios que encerraba en mi corazón. Todas las miradas se habían fijado en mí, pero afortunadamente Juan acudió en mi auxilio lleno de buena fe, atribuyendo la causa de mi palidez a la fatiga y al excesivo calor que había sufrido la víspera.

Al abandonar la mesa, un nuevo temor vino a asaltarme: ¿Me encargarían aquel día de otro trabajo que me obligará a estar en compañía de otro criado? La fortuna vino también en auxilio mío en esta ocasión, pues no habiendo trabajo especial alguno que encomendarme, quedé en completa libertad.

En ocasiones parecidas, que eran desgraciadamente muy contadas, solía recordar mis eternas aficiones y me dirigía al estanque del parque en cuya agua hacía flotar mi barquito. Otros rapaces de mi edad acudían, como yo, llevando los suyos, así es que algunas veces reuníamos una flotilla cuyas evoluciones nos divertían en sumo grado. Precisamente el día a que me refiero era sábado, y por lo tanto la escuela estaba cerrada y libres como yo los muchachos que a ella

concurrían. ¿Qué inconveniente había en que me dirigiese al estanque? Este pretexto era tan oportuno y plausible que desde luego recurrí a él, con tanto mayor motivo cuanto que me permitía prolongar mi ausencia legal hasta la puesta del sol. Salí, pues, de casa de mi tío llevando de manera que todo el mundo lo viera, mi barquito, y pasando por entre los mozos que trabajaban en la era, tomé el camino del parque, en el cual juzgué prudente penetrar para ser visto también por los muchachos que en él jugaban.

Sentía tal opresión en el ánimo que a impulsos de la necesidad de expansionarlo estuve en un tris de revelar a mis camaradas mi proyecto; pero comprendiendo a tiempo la imprudencia que iba a cometer, y encerrando más y más cuidadosamente mi secreto bajo el disfraz del disimulo, me limité a agradecer de todo corazón las muestras de afecto que de todos recibí por mi presencia, muy rara ya en aquel lugar desde que vivía en la alquería de mi tío. Sólo permanecí junto al estanque el tiempo que empleó nuestra flotilla en recorrerlo de un extremo a otro. Terminado aquel simulacro de regata, recogí mi barquito que había salido vencedor, me despedí de mis amiguitos, un tanto perplejos de mi modo de proceder, y me alejé de aquel sitio en que se habían deslizado plácidamente las más risueñas horas de mi infancia.

Antes de trasponer la tapia del parque, volvíme para dirigir una última mirada a mis amiguitos, y con los ojos preñados de lágrimas me despedí de ellos por la vez postrera. Luego me deslicé a lo largo del muro para evitar encuentros importunos y peligrosos, y cuando llegué al pie de la carretera

que conducía a la ciudad, en vez de caminar por ella, la crucé, y a campo traviesa fui a parar a un bosque cuyos ocultos senderos conocía, y por el interior del cual podía llegar a la ciudad.

Otra de las cosas que me inquietaban, era la ignorancia en que estaba de la hora en que el *Inca* zarparía; y así como antes aplacó la huida por temor de anticiparme y dar lugar a que me dieran alcance, a la sazón me asaltaba el temor de que el buque ya se hubiese hecho a la vela. No duden ustedes de que esta decepción habría sido muchísimo más cruel que el mismo castigo a que con mi tentativa me exponía.

Ni remotamente pasó por mi imaginación que mis servicios podían ser desdeñados, y seguro de esto, acabé por olvidar mi poca edad y mi corta talla, aumentando, por el contrario, una y otra en mi propia estima, a medida de la grandeza de mis designios; de este modo llegué fácilmente a persuadirme de que era todo un hombre.

Atravesé el bosque sin tropezar con ninguna persona que pudiera llevar la noticia de mis pasos descarriados; al llegar al otro lado tuve que penetrar en un campo raso; mas como me hallaba a bastante distancia del lugar, y un tanto separado de la carretera, pude seguir avanzando sin contratiempo.

No tardé mucho en descubrir las veletas de los campanarios de la ciudad que me sirvieron de objetivo para orientar mis pasos; y salvando zanjas y vallados, cruzando senderos y escalando tapias, llegué a los arrabales de aquélla, escurríme por sus callejas, yendo a parar a una ancha avenida

desde la cual se veía el puerto. Cuando mis ojos tropezaron con el arrogante palo mayor cuya punta sobresalía en aquel bosque de mástiles, y reconocí en su tope el airoso gallardete que ondulaba a merced de la brisa, sentí en mi corazón una violenta sacudida. Sin darme cuenta de lo que hacía, y sin mirar a los lados, eché a correr hacía el muelle, me lancé sobre la plancha, franqueé la borda, y me planté, medio asfixiado por la carrera y la emoción, sobre la cubierta del *Inca*.

XVI
EL «INCA» Y SU TRIPULACIÓN

Un grupo de marineros que se ocupaban en bajar a la sentina grandes bultos de mercancías amontonados sobre cubierta, contuvo mi carrera cuando llegué al pie de la escotilla. Aquellos hombres trabajaban en mangas de camisa, y tantos éstas como sus holgados pantalones de tela se hallaban ennegrecidos por el alquitrán. Entre este grupo hallábase un individuo que vestía chaqueta y pantalón de paño azul, y que yo tomé por el mismo capitán; pues no de otro modo ni más ricamente vestido concebía yo que pudiera ir el jefe de tan hermoso barco.

Aquel individuo dirigía las maniobras de los marineros y dábales órdenes; mas por lo que pude observar, no siempre eran obedecidas por parte de los trabajadores. De ahí se originaban frecuentes altercados acerca de lo que convenía hacer, que casi siempre terminaban haciendo cada cual lo que le daba la gana.

Esto probará a ustedes que a bordo del *Inca*, la disciplina dejaba mucho que desear, hecho harto frecuentes en los

buques mercantes para que deba admirar a ustedes. Cuando yo llegué, los gritos de los unos, las palabras de los otros, el chirrido de las poleas, el arrastre de cajas y barriles, o el violento choque de los bultos al ser depositados en el puente, producían un ruido tan ensordecedor, que creo no os asombrará si les digo que casi estuvieron a punto de hacerme perder los sentidos, en términos de que me pasé algunos minutos sin darme cuenta exacta de lo que pasaba en torno mío.

Cuando los marineros hubieron estevado en la sentina al enorme tonel que les viera hacer bajar por la escotilla, uno de ellos reparó en mí, y mirándome descaradamente, me dijo con acento zumbón:

-¡Hola, buen mozo! ¿Qué buscas aquí? ¿Quieres embarcarte?

-¡Hombre! - dijo otro-; trátale con más respeto; ¿no ves que es capitán, y que se trae su fragatón?

Hacía alusión al barquito que traía debajo del brazo.

-¡Ah, el del barquito! ¿Qué rumbo tomas? -gritó un tercero que estaba encaramado a una verga.

Al oír esto, todos soltaron la carcajada, y por un instante fui el blanco de las chanzonetas y miradas burlonas de los marineros.

Aquella acogida tan poco benévola me dejó desconcertado; y con dificultad hubiera sabido salir del atolladero, y explicar mi presencia en el barco, sin la oportuna intervención del hombre de la chaquetilla que con cara de pocos amigos me preguntó qué deseaba,.

Cuando le contesté que deseaba ver al capitán, pareció mostrarse un poco sorprendido.

-¿Al capitán? ¿y para qué quieres verle? Soy el segundo de a bordo, de modo que si te es igual, puedes hablar sin rodeos.

Yo vacilé en manifestarle mis deseos; mas considerando que podía ser lo mismo toda vez que allí representaba al superior, me determiné a contestarle, y con voz medio sofocada por la turbación, le dije :

-Quiero ser marinero.

Entonces la burla fue general, porque a las risotadas de los marineros unió sus ruidosas carcajadas el que se titulaba segundo de a bordo.

-¿Has oído, Bill? -gritó uno de los primeros a otro que estaba algo distante-. ¿Sabes lo que quiere este rapazuelo que ni para servir de bastón tiene estatura? Pues nada menos que ser marinero. ¡Habráse visto mocoso!

-¿Sabe su madre en dónde tiene el chico? -respondió Bill.

-¡Seguro estoy que su padre tampoco lo sabe! El chico se conoce que quiere plantarlos, ¿no es verdad, muchacho?

-Mira, sigue mi consejo -me dijo el segundo-, vuélvete a casa, y dile de mi parte a tu mamá que con el cordón de su corsé te amarre a las patas de una silla, y te tenga así en seguridad cinco o seis años. Después vente por acá de nuevo y hablaremos.

Aquellas palabras provocaron entre aquellos hombres una nueva carcajada. Más confuso y humillado aún que antes, balbuceé :

-No tengo casa, ni madre tampoco.

El acento con que pronuncié estas palabras debieron de hacer impresión a aquellos hombres rudos y groseros, porque no obstante mi aturdimiento creí oír a mi alrededor ciertas frases de simpatía.

Por lo visto, el hombre de la chaquetilla azul no debía enternecerse tan fácilmente, porque sin deponer su tono guasón, me replicó :

-Entonces, mocoso, dirígete a tu padre y pídele que te arrime unos cuantos palos.

-¡Ni padre!... mi padre murió - contesté bajando la cabeza.

-¡Pobre muchacho! -exclamó un marinero con voz compasiva-. ¡Es huérfano!...

-Pues si no tienes padre ni madre -prosiguió el segundo, que debía tener el corazón como una roca-, vete con todos los diablos a tu abuela, a tu tía o tío, que esto me importa un comino; pero lárgate pronto de aquí si no quieres que te mande izar al extremo de un cable para que te sacudan el polvo con unos cuantos latigazos. ¿Has oído?

Ante tan brutales palabras con más tristeza que miedo, me alejé de aquel hombre cruel sin proferir una queja. Había llegado a la borda y puesto el pie en la plancha, cuando me fijé en un individuo que por el extremo opuesto subía con aire resuelto a buque. Aunque vestía de paisano, en sus

maneras había un no sé qué que trascendía a marino; su tez curtida por el sol y el viento, su mirada franca y audaz y su andar especial eran indicios inequívocos de la profesión que le suponía. Ocurrióseme, además, que aquél podía ser el capitán del *Inca*.

Pronto salí de dudas; aquel individuo franqueó la borda y plantó el pie en el puente con tal aplomo, que, aun sin haberle oído dar algunas órdenes rápidas e imperativas a los que más cerca tenía, hubiérase creído que él era el amo dentro del buque.

Entonces creí que aún me quedaba el recurso de dirigirme a él; y resuelto a hacer esta última tentativa, seguí sus pasos hacia el castillo de popa.

Algunos marineros me persiguieron con sus indirectas, pero firme yo en mi resolución no hacía caso de ellas, y aun pude dar alcance al capitán en el momento en que iba a entrar en su camarote.

Sin saber lo que me hacia le tiré del faldón de la levita, y cuando al volverse entre admirado y colérico me preguntó qué se me ofrecía, no acerté de momento a contestar.

Por fin, revistiéndome de valor, en dos palabras le expliqué mi pretensión. Esperando estaba lleno de emoción la respuesta, cuando, echándose a reír, llamó a un marinero, y con un tono que no tenía nada de rencoroso, exclamó :

-Waters, toma este niño en brazos y bájalo al muelle.

Dicho esto, volvióme la espalda, bajó la escalera y desapareció a mi vista.

En medio de la consternación en que me sumergió aquella nueva decepción, sentí que unos brazos vigorosos me levantaban en alto, me conducían a lo largo del puente y de la palanca, y me depositaban suavemente sobre las baldosas del muelle.

Hecho esto, el marinero me dijo:

-Oye, pequeño, lo que va a decirte Jack Waters: guárdate del charco todo el tiempo que puedas; correrías peligro de ser tragado por los tiburones, que de ti tendrían tan sólo para un bocado.

Se detuvo caviloso; y de repente exclamó con acento de ruda dulzura:

-¿De modo, que eres huérfano?

-Sí -contesté-, de padre y madre.

-¡Pobrecillo! ; yo también, como tú, me quedé huérfano. Mas esto no importa; pareces ser un buen muchacho y tu afición por el mar bien merece alguna consideración. Ten la seguridad de que si yo fuera capitán te llevaría conmigo, mas no lo soy y nada puedo hacer por ti; pero algún día me veras volver cuando ya estés más, crecido y entonces ya será otra cosa. Mientras esto llegue, toma este recuerdo mío que podrá servirte para darte a conocer a mi regreso, y ¿quién sabe?, tal vez entonces pueda serte de más utilidad que hoy. Ahora, hijo mío, queda con Dios, y créeme, vuelve a tu casa, como un buen muchacho y no salgas de ella hasta que pasen algunos años.

Y al mismo tiempo que hablaba, el compasivo Jack Waters me puso en la mano un cuchillo; después se separó de mí para volverse al buque.

Conmovido y admirado por tan inesperada bondad, no supe darle las gracias; pero con el alma en los ojos, e inmóvil sobre las piedras del muelle, no separé mi vista del buen marinero hasta que hubo subido a bordo.

XVII
POCA ESTATURA

Jamás había experimentado más cruel decepción. Pocos minutos fueron suficientes para ver desvanecidos mis sueños; y en el momento en que me creía en vísperas de poder cargar los juanetes mientras surcaba aquel mar tan soñado en demanda de playas desconocidas, veíame, por el contrario, arrojado del buque en el cual fundaba tan risueñas esperanzas.

Aquel fracaso me dejó profundamente humillado; figurábaseme que cuantos pasaban por mi lado conocían la causa de mi desventura, y hasta creía descubrir en los semblantes de los marineros que me miraban una expresión burlona, que aumentaba aún más mi dolor. Por último, no sintiéndome con valor para prolongar más tiempo mi suplicio, me alejé del sitio que presenciara mi humillación.

El muelle estaba abarrotado de enormes pilas de cajones, sacos y barriles dispuestos para el embarque o procedentes de la descarga, entre los cuales quedaban angostos pasadizos por donde el paso era posible; en uno de ellos coloquéme

cautelosamente, y en el rincón más apartado que pude encontrar, me puse al abrigo de las miradas de las gentes. No tardé en experimentar en mi escondrijo el dulce bienestar que sigue a todo peligro pasado; tan agradable es haber escapado al ridículo hasta en los casos en que se está completamente seguro de no haberlo merecido.

Una de las cajas que más cerca tenía era tan bajita, que podía sentarme en ella con toda comodidad sin que mi cabeza sobresaliera del montón; esto hice; y después, ocultando el rostro entre las manos, me entregué a mis tristes reflexiones.

¿Qué resolución debía adoptar? ¿Renunciaría a la marina, volviendo a casa de mi tío, con la resolución de no salir más de allí?

Seguro estoy de que ustedes dirán que este era el mejor partido, y, sobre todo, el más prudente y natural que podía adoptar; tal vez yo mismo llegué a creerlo así en aquel momento; mas esto no influyó para nada en mi conducta posterior.

-No; no quiero sentar plaza de cobarde retrocediendo ante el primer obstáculo que encuentro en la carrera que he elegido -iba diciéndome a mí mismo-; la brutal negativa a admitirme en el *Inca*, es realmente una desgracia para mí, pero no por eso sucumbiré. Aún quedan en el puerto un centenar más de buques, e iré recorriéndolos todos hasta encontrar alguno en que se me admita. ¿Pero por qué no han de admitirme a bordo? -seguía diciéndome en el ardor de mi monólogo-. Sí; ¿por qué se niegan a ello? ¡Hubiera trabajado

con tanto entusiasmo! ¿Será porque carezco de la estatura necesaria? Sí, esto será, pues oí que me comparaban a un bastón y a no sé cuántas cosas más que yo no he comprendido. Si se tratara de hacer de mí un marinero, quizá tengan razón; mas para ser un simple grumete, ¿acaso no me sobran fuerzas? He oído decir que los había más jovencitos que yo, aunque tal vez sean más altos. ¿Tan chiquito soy? Si tuviera un metro me mediría. ¡Y no habérseme ocurrido antes de salir de la alquería!

En aquel momento mis ojos se fijaron en unas cifras groseramente escritas con yeso en la tapa de una caja; las examiné atentamente y vi que indicaban un metro y veinte centímetros, longitud probable de la caja. Sin duda el embalador, al construirla, empleó aquella indicación para regular su trabajo; aunque también pudiera haber sido puesta allí para facilitar la exactitud en la disposición de la estiba. Mas sea lo que fuere, aquellos números me procuraron el medio de apreciar poco más o menos mi estatura: vais a ver qué fue lo que hice para averiguarla. Tendíme en el suelo procurando que mis pies estuvieran al nivel de una de las extremidades de la caja, y llevé la mano al sitio en que mi coronilla tocaba en la opuesta. ¡Qué decepción! mi cabeza no llegaba a la arista del cajón; de nada me sirvieron los esfuerzos que hice para alargarme, en vano estiré el cuello, distendí todos los músculos de mi cuerpo; ¡aún me faltaban tinos cinco centímetros para tener toda la longitud de mi improvisada talla! Resultaba, pues, que tenía un metro y quince centímetros; estatura demasiado escasa para un muchacho que

no se crea un gigantón. Mas ya no podía hacerme ilusiones; ¡un metro quince centímetros! ¡No era de extrañar, pues, que aquellos marineros y el mismo Jack Waters me prodigaran epítetos tan poco lisonjeros!

Un profundo abatimiento sucedió a mi primer ardor. ¿Podía, en conciencia, aspirar a que algún capitán me aceptara? ¡Era un enano! ¡Ni para grumete servía! ¿Qué hacer, pues? Ya no me quedaba más recurso ni más esperanza que volver a casa de mi tío.

Sin embargo, aun no estaba muy dispuesto a someterme al fallo fatal de mi imperfecta naturaleza.

Siempre he mostrado cierta facilidad en encontrar expedientes para resolver dificultades que a primera vista parecían insuperables; y a la sazón experimentaba invencible repugnancia en volver a la granja, y en renunciar a mi desahuciada vocación por la marina.

En aquel momento recordé ciertas aventuras que había oído referir acerca de hombres y muchachos que se habían escondido a bordo de algún buque para no salir de su escondrijo hasta que fuera imposible despedirlos, y súbitamente me ocurrió la idea de hacer lo mismo.

Nada era más fácil que embarcarme clandestinamente a bordo del mismo barco del que había sido arrojado; y más aún mediando las circunstancias de zarpar aquel mismo día, y el deseo de vengarme con semejante jugarreta de las estúpidas bromas del segundo y de las risotadas de sus marineros. El temor de que podrían arrojarme por encima de la borda no hizo mella en mi determinación, aunque, a decir

verdad, calculé que ninguno de los tripulantes era asaz perverso para intentarlo, excepción hecha del teniente de la chaquetilla, de cuyo carácter endemoniado procuraría guardarme.

Así, pues, estaba decidido a embarcarme para el Perú, y precisamente en el mismo buque en que se habían negado a admitirme.

XVIII
EMBARQUE FURTIVO

Pero, ¿cómo me las arreglaría para penetrar en el *Inca*, y lo que era peor, de qué medios me valdría para esconderme en él?

Este era un punto difícil que quedaba por resolver. Penetrar abiertamente en el buque no presentaba ninguna dificultad, como tampoco se me había presentado una hora antes, pero más que entonces tenía la seguridad en aquel momento de que me echarían a puntapiés.

¿Y si pudiera sobornar a un marinero, decíame a mí mismo, y obtener de él que me ocultara en cualquier rincón del buque? Mas, ¿cómo comprar su discreción y su servicio? El único caudal con que contaba eran mi traje y mi barquito; pero, ¿qué valor podían tener estas dos cosas a los ojos de un marinero? Así es, que no había que pensar en semejante recurso.

Entonces me vino a la memoria de que poseía un reloj de plata, alhaja de una respetable ancianidad y de un tamaño más que mediano, pero que de seguro no tendría más valor

que el mérito que le daba el recuerdo de mi madre a quien había pertenecido. También me había quedado otro a la muerte de aquélla, de oro y de mucho precio en opinión de muchos; mas mi tío se lo había apropiado, consintiéndome, en desquite, usar el de plata. Afortunadamente lo traía en el bolsillo, y ya no dudé que su regalo había de ser un excelente cebo para que algún marinero me introdujera a bordo como un fardo cualquiera de contrabando. Resolvíme, pues, a intentarlo.

Para encontrarlo, hacía falta que yo me hiciese el encontradizo con alguno de los tripulante del *Inca*, y como esto sería dificilísimo si me alejaba del buque, me fui acercando a hurtadillas hacia él para desde mi escondite atisbar el momento oportuno.

Mas para el caso de que no pudiera conseguir mí propósito, concebí la idea de introducirme a bordo cautelosamente y sin el auxilio de nadie en el momento en que, terminadas las faenas de a bordo por la llegada de la noche, pudiera acercarme a él a favor de la obscuridad.

De esta manera confiaba poder burlar la vigilancia del centinela, y que no me sería difícil deslizarme hasta el pie de la escotilla, por la cual penetraría en la. sentina, en cuyos rincones hallaría un asilo seguro.

Una gran inquietud que asaltó mi ánimo me hacía temer por el resultado de tan magnífica combinación. ¿Zarparía el *Inca* antes de la noche? ¿Me descubrirían los criados de mi tío antes de haber realizado mí plan?

Si he de decir la verdad, lo primero me importaba un comino; el cartel en que mis ojos se habían fijado la víspera, permanecía aún en su sitio, y su mañana parecía un estímulo a mi confianza. En cuanto al segundo peligro, no tenía por qué estar intranquilo, pues en casa de mi tío no notarían mi ausencia sino hasta la hora de la cena; mas como era lógico creer que aun se pasaría algún tiempo esperándome y en comentar el hecho, sería forzosamente muy tarde cuando empezaran las pesquisas para encontrarme. Así, pues, tranquilizado en cuanto al peligro que por este lado amenazaba mi proyecto, me dediqué a buscar los medios de llevarlo adelante.

Lo primero que se me ocurrió fue que me vería condenado durante las primeras veinticuatro horas de mi encierro, o tal vez por más tiempo a una dieta forzosa. ¿Cómo arreglarme, pues, para llevar conmigo algún alimento? Ya he dicho a ustedes que no traía conmigo un céntimo siquiera, y sin dinero suele ser difícil comprar nada.

Entonces reparé en mi barquito, que en adelante sólo podría servirme de estorbo, y de cuya venta podría tal vez sacar algunos cobres.

Con esta idea abandoné mi escondite, y me puse a discurrir por el muelle en busca de un comprador. En uno de mis paseos descubrí un almacén de juguetes entre los cuales no faltaban objetos y arreos de marina. Sin pedir permiso a nadie, entré en dicha tienda, y después de mucho regatear obtuve un chelín por mi barquichuelo, a pesar de que por su esmerada construcción bien valía a lo menos cinco o seis;

mas el pícaro del comprador, que a la primera ojeada comprendió la necesidad en que me hallaba, no quiso darme un céntimo más por aquella monada de que en cualquier otra circunstancia no me hubiera desprendido ni por el doble de lo que valía. El resultado fue que pude contar con el dinero que me hacía falta; con él me encaminé a una tienda de comestibles en donde consumí todo el chelín. Compré queso y galleta, con cuyas vituallas llené mis bolsillos, y volví a mi escondite entre las mercancías, en espera del momento de poder obrar. Sin embargo, como había llegado la hora en que solía comer, y tenía un hambre de mil diablos, di a mis provisiones una arremetida tan vigorosa, que poco faltó para que las consumiera todas; por fortuna me contuve a tiempo del importante destino a que las destinaba, y mi colación fue, en cuanto era posible, frugal.

Apenas empezó a obscurecer creí oportuno salir a rondar las inmediaciones del barco, no sólo para reconocer completamente el sitio, sino también para asegurarme con tiempo del punto de la borda más accesible a un escalamiento y de los medios más a propósito para realizarlo. ¿Y si era sorprendido por los marineros? Esto, en definitiva, debía importarme muy poco; porque además de ser muy dueño de pasear por donde se me antojara, no podían imaginarse el objeto que me proponía; y por último, si entraban en deseos de chancearse conmigo, daríanme pie a que les contestara y pudiera examinar a mis anchas lo que me interesaba. Así, pues, me acerqué con aparente aire de distracción hasta el pie mismo del *Inca*, cuya popa me puse a

contemplar atentamente; entonces pude notar que el puente del buque bajaba, casi al nivel del muelle, por lo cual deduje que su estiba debería estar poco menos que terminada. Sin embargo, la elevación de la regala era aún lo bastante considerable para impedir el reconocimiento del puente, mas en cambio calculé que no me costaría gran trabajo penetrar hasta los obenques de mesana una vez hubiese logrado salvar la obra muerta; este medio me pareció el más hacedero, y me decidí por él. La resolución, con todo, no estaba exenta de dificultades, porque si la falta de obscuridad, o el más leve ruido al verificar el escalamiento, denunciaban mi presencia al vigilante apostado sobre cubierta, mi perdición era segura, pues sorprendido como un ladrón en flagrante delito, escaparía muy mal de las manos de los marineros. A pesar de esto, no desalenté.

A bordo del *Inca* reinaba una completa tranquilidad; ni el más leve rumor de pisadas o conversaciones turbaba la soledad que le envolvía, y aunque algunos bultos colocados al pie de la palanca daban a entender que las faenas de estiba no habían terminado completamente, no se veía alma viviente por las inmediaciones de la escotilla ni a lo largo de la borda.

Adelantéme más hacia el buque y aun llegué a poner el pie en la tabla, verdadero Rubicón de mis mal acogidos deseos; desde ella pude ver que estaban desiertas una parte de cubierta y la boca de la grande escotilla; aguzando el oído y reteniendo el aliento para reconcentrar la atención, llegué a notar un rumor confuso de voces que sin duda procedían de

los marineros. Un mozo de cocina que pasó en aquel instante rápidamente por delante de mis ojos con una fuente que humeaba en la mano, me explicó la soledad que reinaba sobre cubierta.

Aguijoneado por la curiosidad y por la tenaz idea que germinaba en mi cabeza, pasé la palanca y penetré sigilosamente en el *Inca*, en cuya proa se hallaban los marineros muy seriamente ocupados en charlar y en dar buena cuenta al contenido de los platos que tenían delante. La Regada del cocinero, a quien yo viera pasar, evitó sin duda que notaran mi presencia a bordo.

-¡Ahora, o nunca! -me dije, lleno de febril resolución.

Y arrastrado por el irresistible poder de mis deseos, atravesé con la rapidez del relámpago la distancia que me separaba del palo mayor, y encontréme al pie de la abierta escotilla. Aunque la escala había sido retirada, quedaba la cuerda que por medio de polea servía para bajar las mercancías al fondo de la sentina. Esto era cuanto yo necesitaba. Así, pues, me agarré a la cuerda con entrambas manos, y haciendo tordos los esfuerzos imaginables para poder bajar por ella con la mayor suavidad posible, y evitar los chirridos de la polea, llegué al fondo de la sentina no sin correr peligro de romperme el bautismo. Pude, empero, escapar de él, a costa tan sólo de un soberbio porrazo, con el cual pagué la no deseada ventaja de haber llegado a aquellas profundidades antes de lo que me esperaba. No obstante, me repuse del golpe inmediatamente, y poniéndome de pie,

encaraméme por las pilas de cajas y barriles sin estibar hasta que di con un tonel muy grande, tras del cual me escondí.

XIX
¡VIVA! ¡YA ESTAMOS EN MARCHA!

Apenas hube tomado posesión de aquel poco holgado camarote, cuando se apoderó de mí un sueño tan profundo, que todas las campanas de la Ciudad Eterna no me hubieran despertado con sus ecos. Llevaba dos noches sin haber pegado los ojos, y dos días de fatiga y de vivísimas e incesantes emociones que me habían postrado por completo. No es, pues, extraño, que me quedara dormido como un lirón.

No obstante, hay que convenir en que el ruido que no muy lejos de mí debió armarse, cuando se prosiguió la tarea ruidosa de estibar, hubiera podido despertar a un muerto.

Apenas desperté, dije para mí:

-Pronto deberá ser de día.

Aunque comprendía que mi sueño había sido largo, hube de suponer que aun no había terminado la noche gracias a la profunda obscuridad que me rodeaba. No veía absolutamente nada en torno mío, así es que atribuí esta circunstancia a la espesa tiniebla de aquélla, toda vez que al

bajar había observado que la luz exterior, aunque débilmente, penetraba hasta la sentina.

Deduje, pues, según mis apreciaciones, que la tripulación se hallaría durmiendo a pierna suelta en sus hamacas, cuando me pareció notar cierto confuso rumor de pasos encima de mi cabeza. Sacudí mi modorra y puse más atención; entonces me convencí de que no era necesario ser muy lince para obtener su certidumbre; sobre el puente rodaban, en efecto, con estrépito y caían enormes pesos que hacían conmover toda la armazón de la gigantesca fragata.

Poco después oía el cadencioso rumor de las voces con que los marineros se acompañan en la faena de levar el ancla, y entonces comprendí que había terminado la carga del buque, y que el capitán se disponía a hacerse a la mar.

Esperaba con el oído atento que terminase aquel estrépito, mas las horas pasaron y el rumor continuaba.

-¡Qué trabajadores son! -pensaba yo-. Preciso es que tengan mucha prisa para trabajar tan a deshora. Sin duda querrá el capitán aprovechar el viento o la marea, en cuyo caso tendrá que hacerse a la vela a la madrugada. No me parece mal; eso redunda en beneficio mío, porque así no será tan largo mí cautiverio. Lo cierto es que aquí no se está muy cómodo, y encuentro que esta cama no es muy mullida que digamos. ¡Bah! esto durará poco. Lo que sí observo es que en vez de quitarme el apetito me lo ha aguzado en términos de sentir un hambre devoradora.

Y aunque no tenía costumbre de comer durante la noche, di un tentón bastante regular a mis escasas vituallas.

-¡Valiente oficio el de marinero! -iba filosofando yo entre bocado y bocado, al notar que el ruido, lejos de disminuir aumentaba cada vez más-. Menos mal, si les dan doble jornal en días como éste.

De repente cesaron las trepidaciones y los cantos, reinando a bordo un profundo silencio; a lo menos tal creí yo. Entonces me dije:

-¡Vamos!, por fin se habrán ido a dormir, lo cual no deja de ser extraño cuando ya no puede tardar en ser de día. Sin embargo, su resolución es digna de alabanza y hasta me parece que debe ser imitada. Durmamos, pues, otro rato, que ya vendrán las ocasiones de velar.

Me coloqué, pues, lo mejor que pude en mi extraño camarote, y no tardé en volver a recobrar el sueño; mas esta vez hubo de ser más breve, porque vino a despertarme con sobresalto un nuevo estrépito

-Para esto no valía la pena de acostarse -me dije-. Es muy singular lo que sucede en este barco. Aún no hace una hora que la gente se tumbó, y ya vuelve a estar de pie como si tal cosa. ¿Consistirá tal vez en que mientras la mitad duerme, la otra está en vela? Me va picando la curiosidad.

Esta conjetura me tranquilizó, pero ya no pude volver a conciliar el sueño; así, pues, ocupéme en lo único que por entonces me era permitido, es decir, en escuchar.

Jamás me pareció una noche de diciembre con insomnio tan interminable como aquélla; los marineros seguían en su incesante trabajo, del cual descansaban durante una hora para volver a empezar de nuevo después, y el día nunca llegaba.

Entonces empecé a creer que estaba soñando y que los minutos me parecían horas. De lo único que ya por último llegué a estar segurísimo fue de que tenía un hambre canina, y que a la vuelta de dos nuevos envites casi había llegado a agotar mis reservas.

En el momento en que daba la última dentellada a mi galleta cesó el ruido completamente; y aunque seguí aplicando el oído para convencerme de la exactitud de mi apreciación, ni el más leve rumor vino a turbar la quietud en que todo se había sumido, y bajo la cual cerré los párpados plácidamente.

Cuando desperté reinaba un ruido de mil diablos a bordo, aunque de naturaleza muy diferente al estrépito anterior. Era el estridente chirriar del cabrestante y de la cadena de leva que, no obstante lo desapacibles, me produjeron un gozo indecible. Aquella era la señal de que el buque iba a hacerse a la vela.

Tal era mi alegría, que tuve que contenerme para no lanzar un grito que hubiera podido denunciarme y comprometer el éxito de mi tentativa. Guardé, pues silencio, y seguí escuchando con delectación el sonoro roce de la gruesa cadena contra el férreo anillo del escobén.

Al cabo de poco tiempo, cesó el chirrido de la cadena, y también el del cabrestante, pero, en cambio se oyó un rumor muy distinto que al principio atribuí a la violencia de algún vendaval. Bien pronto salí de dudas; aquel ruido lo producía el violento rumor de las olas al chocar en los costados del buque. Jamás armonía alguna ha producido en mi una tan

deliciosa y grata impresión. Aquel murmullo sordo y acompasado era el anuncio de que el *Inca* había abandonado el puerto y surcaba las aguas hacia las lejanas playas adonde me impulsaban mi fantasía y mi ardiente sed de movimiento.

XX
MAREO

El continuo movimiento del barco y el bullir de las olas me convencieron de la exactitud de mi conjetura. ¡Cuán feliz llegué a ser en aquel instante! Antes de veinticuatro horas el *Inca* navegaría en pleno Océano, y entonces mi inquietud y mi temor de verme de nuevo en la granja, cesarían completamente; y alejado ya el buque a gran distancia de tierra, no habría medios de rechazarme, entregándome al látigo de mi tío; y a la sola idea de esta seguridad, ante el triunfo casi definitivo de mí astucia y travesura, me extasiaba que era un contento.

Empero, lo que me extrañaba era que el buque zarpara siendo de noche, pues la claridad aun no había penetrado en la sentina; pero esto en sí nada de particular tenía, aunque revelaba en el práctico una seguridad y un profundo conocimiento de la bahía. Mucho más me maravillaba la duración de aquella obscuridad; había en esto, en efecto, algo de extraordinario que yo no me explicaba, hasta que a fuerza de devanarme los sesos empecé a sospechar que hubiese

dormido de día, sin despertar hasta después de la puesta del sol, con lo cual me habrían resultado dos noche en una sola; o quizá también que algún sueño me hubiese sugerido tan singular ilusión. Mas fuera lo que fuese, estaba tan contento ante la seguridad de que el *Inca* navegaba, que la hora de salida y la alternativa inmutable del día y de la noche me tenían muy sin cuidado. Importábame, sí, en extremo, llegar a alta mar sano y salvo, y esperanzado de que ningún nuevo obstáculo se opondría a la realización de mis propósitos, volví a tumbarme, en espera del momento oportuno para salir de mi escondite.

Dos motivos a cual más poderosos me obligaban a desear vehemente la llegada de ese momento: la primera consistía en la sed que me abrasaba, pues además de que hacía muchas horas que no había bebido, el queso y la galleta me la había enardecido de tal modo, que en aquel instante habría dado, si la hubiese poseído, una fortuna en cambio de un vaso de agua.

La segunda razón que me hacía desear abandonar mi escondrijo consistía en sus malísimas condiciones, pues tales eran su estrechez y su escasa altura, que me veía precisado a permanecer acurrucado y de descansar sobre tablas mal unidas que me tenían magullado. Tan grande era el dolor que sentía en todo mi cuerpo, que casi me impedía todo movimiento; sin embargo, con la inmovilidad aumentaban mis angustias; pues el propio instinto y el malestar producido por los calambres, me obligaban a cambiar de postura

continuamente como para distraer el aguijón tenacísimo de la sed.

Sólo el temor de que me mandaran de nuevo a casa de mi tío podía infundirme aliento bastantes para sufrir tan cruel martirio. Yo no ignoraba que los buques, al salir de un puerto, llevan un práctico que dirige la maniobra hasta haber salido de él, y si por desgracia me descubrían antes que hubiese salido de a bordo, me vería ignominiosamente arrojado a su bote, y esta humillación, casi más que el seguro castigo de mi tío y el fracaso de mis tentativas me retenía en el fondo de la sentina.

Aun en el caso de que el *Inca* no llevase práctico, se hallaba aún dentro de las aguas frecuentadas por los pescadores, y no le hubiera sido difícil al capitán hacer que alguno de ellos se acercara, y me recibiera en su barca como vil mercancía para ser depositado sobre el muelle.

Así, pues, aguantándome la sed y acallando mí dolor, resolví dejar para otra ocasión el abandonar mi escondite.

Durante dos horas el *Inca* se deslizó tranquilamente por las olas; su andar era tan seguro, que supuse que hacía un tiempo excelente y que aun no había traspuesto la bahía. Mas casi en el mismo momento en que me hacía esta reflexión, observé que el buque se balanceaba más de lo regular, y que las olas súbitamente agitadas hacían crujir con la violencia de su choque las cuadernas del gigantesco barco. Aquel movimiento, en vez de disgustarme, me alegró, porque era una prueba de haber penetrado en alta mar, en donde son más potentes los embates de las olas y la brisa más fresca.

Yo pensé que pronto se despediría el práctico, y entonces podría sin inquietud presentarme sobre la cubierta.

Al decir sin inquietud, no digo completamente la verdad, pues, por el contrario, abrigaba serios temores acerca de la acogida que me dispensarían, sobre todo el piloto, cuya brutalidad me tenía con el alma en un hilo. El mismo capitán, que bajó una forma tan concreta me había despedido, ¿podría llevar a bien mi audacia? ¿Dejaría de acariciar con el rebenque al tenaz intruso a quien se había rechazado? Confieso que estas ideas me tenían muy intranquilo, en términos de que de haberme sido posible hubiera deseado no salir de mi escondrijo hasta la llegada al Perú.

Mas esto no podía ser; hacía pocas horas que habíamos zarpado, y el hambre y la sed me asaltaban ya. ¿Cómo, pues, había de poder soportar en tales condiciones un viaje de seis meses? No había, pues, otro remedio, que arrostrar, antes o después, la justa cólera del capitán, la brutalidad del piloto y las puyas de los marineros.

Estas y otras reflexiones me hacía, cuando una angustia extraña, una angustia puramente física que no tenía nada de común con mis temores, y que era más horrible que la sed y los calambres que hasta entonces me agobiaban, invadió todo mi ser. El vértigo se apoderó de mí, un frío sudor me bajaba de la frente, y horribles náuseas acompañadas de sofocación, me producían un malestar intolerable. Parecía que mis pulmones, fuertemente comprimidos, no podían dilatarse, y que una mano de hierro me apretaba la garganta hasta el punto de asfixiarme. Un olor nauseabundo,

procedente de una charca de agua corrompida sin duda, que existía en el fondo de la sentina y agitaban los vaivenes del buque, llegaba hasta mí y agravaba mi agonía.

Por aquellos síntomas comprendí que era el mareo la naturaleza del mal que me había acometido. No me alarmé, pues, por esto; pero sufrí toda la espantosa angustia que acompaña a semejante enfermedad, aumentada en grado sumo por las incomodidades y peligros de mi situación, que ni me consentía la posesión de un mísero vaso de agua, con cuyo supremo bien creía que me hubiera curado.

Al principio sufrí este suplicio con resignación y valor, pues el bote del práctico me inspiraba un miedo cerval; mas poco a poco fue aumentando el balanceo el olor que subía de la sentina se hacía más fétido y penetrante; las ansias de mi estómago aumentaban, y la opresión y la asfixia iban haciéndose por instantes intolerables.

Creí llegado mi postrer instante, bajo el doble estímulo de la desesperación y del instinto vital, olvidé mis propósitos, al práctico y cuantos peligros me amenazaban fuera del escondite, y sólo pensé entonces en salvarme, en subir a cubierta para implorar el socorro de un sorbo de agua.

Con inauditos trabajos me incorporé, y fui deslizándome a lo largo de mi escondite, guiándome por el tonel que iba rodeando, pues tenía que avanzar en medio de una densa obscuridad.

Cuando hube llegado al sitio en que debía estar la abertura por donde debiera salir, extendí la mano, mas la encontré obstruida.

Sentí un violento latido en mi corazón; apenas podía creer en el testimonio de mis sentidos, y más de veinte veces paseé mis manos y fui palpando todos los objetos para encontrar la salvadora salida; mas ésta ya no existía. Una enorme caja cerraba tan herméticamente el hueco por donde yo había pasado, que entre ella y los demás bultos que la rodeaban no había medio siquiera de introducir un dedo.

Entonces traté de separarla. ¡Mas todo inútil! En vano la empujé, en vano apoyé los hombros y traté de removerla empleando todas mis fuerzas. Ni un ligero crujido de sus tapas vino a alentarme en mi propósito.

Viendo que era imposible salir por el boquete por donde había entrado, retrocedí al interior de mi escondrijo, y traté de salvar el obstáculo yendo por el lado opuesto del tonel a dar un rodeo a la caja. ¡Mas qué decepción! Ni un ratoncillo hubiera podido pasar por el intersticio que quedaba entre aquél y otro tonel exactamente igual que a su lado había y que estaba adosado a la obra muerta del *Inca*.

Sólo una esperanza me quedaba: pasar por encima del obstáculo que me obstruía el paso; mas esta esperanza quedó también desvanecida. Una viga que atravesaba la sentina pasaba precisamente por encima de la caja, no dejando más espacio que un hueco de algunos centímetros por el que sólo podía introducir la mano.

Dejo a ustedes el cuidado de considerar cuál sería mi espanto al convencerme de que quedaba cerrado en el fondo de la sentina, entre enormes montones de cajas y barriles que me oprimían y asfixiaban.

XXI
ENTERRADO VIVO

Entonces comprendí por qué se me había parecido la noche tan larga. La luz del sol había brillado, aunque no para mí, y los marineros habían estado trabajando todo el día, mientras que yo, rodeado de profunda obscuridad, me figuraba que era de noche. Llevaba pues, más de treinta y seis horas a bordo, y por esto se comprende que el hambre y la sed me martirizaran y que mi cuerpo estuviera tan quebrantado.

Aquellos intervalos de tranquilidad que interrumpían metódicamente el ruido continuo de los trabajadores eran ni más ni menos las horas de comida; y el silencio que precedió a la partida, y cuya larga duración me había maravillado, tenía por causa la noche, segunda de las que llevaba en la sentina.

En ésta me introduje al atardecer, y tan rendido de espíritu y de cuerpo estaba, que al poco rato me dormí profundamente. De seguro que no me desperté muy tempranito a la mañana siguiente; pero, de todos modos, no

cabe duda de que durante mí sueño se había completado la estiba y cerrado los huecos que a mí me dieran paso.

Preciso es confesar que al principio no me di exacta cuenta de todo el horror de mi situación. Creía en la posibilidad de que volvieran a bajar a la sentina para remover por cualquier causa la carga, y aun llegué a confiar en la eficacia de mis gritos para obtener socorro.

¡Qué lejos estaba yo de pensar que en aquel momento mi esperanza de ser oído era una quimera! Ignoraba, en efecto, que la escotilla se cerraba herméticamente y luego la tapaban con una gruesa tela embreada, que ya no se quitaba hasta terminar el viaje; y aun suponiendo que esta cubierta no hubiese existido, el espesor del cargamento y el ruido del viento y del mar hubieran impedido que los desprevenidos tripulantes hubiesen oído mi débil voz.

Antes he manifestado que en los primeros momentos, aunque impuesto de los peligros que me rodeaban, no les había apreciado en toda su espantosa extensión; tan sólo me preocupaba el tiempo que habría de emplear en remover las cajas que se oponían a mi paso, y durante el cual tendría que sufrir los sufrimientos de una sed por momentos más y más horrible.

Cuando me di cuenta de mi verdadera situación fue después que hube enronquecido de tanto gritar, y me encontré sin fuerzas para seguir golpeando las mudas paredes de mi tenebroso y profundo calabozo. No había esperanza de socorro para mí, ni medio alguno de poder subir a

cubierta; estaba enterrado vivo entre aquellas enormes pilas de mercancías que llenaban la sentina.

En mí desesperación, volví de nuevo a gritar, y a cada grito aplicaba el oído para saber si algún rumor extraño respondía a ellos. ¡Vana tentativa! Mis voces sólo lograban despertar los ecos de mi tumba; y el espantoso silencio de la muerte sucedía a mi desesperado clamor.

Mientras levaban el ancla estuve escuchando los cantos de los marineros; a la sazón todo permanecía en silencio; y si en los momentos en que estando inmóvil el buque, y tranquilo el mar, no llegaban hasta mí las roncas voces de los tripulantes, ¿cómo mi débil voz de niño lograría traspasar aquella espesa muralla y llegar a oídos de quienes no las escuchaban?

Era imposible; estaba condenado a morir y apenas me convencí de ello, me vi presa de la más horrorosa desesperación, cuyo inmediato resultado fue el recrudecimiento de los dolores físicos. Así, pues, bajo la doble influencia del tormento moral y de las angustias del mareo y de la sed, caí en una agonía cuyo horror no sabría explicar, pero a la cual sucumbí cuando mis débiles fuerzas fueron impotentes para resistirla.

Aquel ardiente prematuro vigor que antes me animara había sido reemplazado por una completa parálisis moral y física; el conocimiento no me había abandonado en absoluto; y comprendiendo, en medio de mi estupor, que mi último instante se hallaba próximo, deseé la muerte como término de tan espantoso martirio, y casi no dudo que yo mismo me

la hubiese ocasionado si mi profundo estado de debilidad y el olvido en que había caído de que poseía un arma no hubieran alejado de mi mente tan terrible tentación.

Tal vez se extrañarán ustedes de que siendo a la sazón tan niño pensara en morir; mas para comprender toda la desesperación de un estado como aquél, sería preciso haberse encontrado en un caso parecido, y, ¡Dios quiera que esto no les suceda nunca!

Sin embargo, nadie muere de mareo, ni la desesperación es tampoco por sí sola bastante eficaz para destruir la vida humana; se necesita algo más que todo esto para abandonar esta miserable existencia.

Mi entorpecimiento fue aumentando cada vez más, hasta que, habiendo caído en una completa insensibilidad, me encontré en un estado muy semejante al de la muerte, en el que permanecí bastante tiempo. Por último, fui recobrando poco a poco los sentidos, y con ellos las abatidas fuerzas; y, ¡cosa notable! me sentí con grandes ansias de comer, porque, como probablemente sabrán ustedes, no hay nada que lo aguce más que el mareo. Pero aún más que el hambre torturábame la sed, que aumentaba aún más a la sola idea de que ningún medio tenía de calmarla.

Sólo podía disponer de una galleta, con la cual podía entretener, ya que no satisfacer, la primera de estas dos necesidades; mas, ¿cómo lograría apagar el fuego que circulaba por mis venas?

¿Para qué referir a ustedes las tétricas reflexiones que me asaltaron? Basta con decirles que el paroxismo de aquel dolor

indefinible me ocasionó un delirio de que por un instante llegué a tener conciencia, lo cual no dejó de ser una gran fortuna para mí, pues terminó en un sueño profundo. Gracias a esto, el cuerpo aniquilado perdió el sentimiento de sus dolores y el ánimo olvidó sus crueles angustias.

XXII
SED

Poco tiempo duró aquel sueño reparador, porque una espantosa pesadilla vino a despertarme bruscamente, devolviéndome a una realidad, si cabe, aun más espantosa. De momento no recordé el sitio en que me encontraba, pero bastóme con extender las manos y tocar las paredes de mi estrecha cárcel para recordar todo el horror de mi situación. Mi primer impulso fue el de gritar desesperadamente, porque aun no había comprendido lo imposible que era que los de fuera me oyesen. Y no dejó de ser una gran fortuna para mí que conservará esta vislumbre de esperanza, pues de lo contrario hubiera sucumbido irremisiblemente loco de dolor y desesperación.

En los primeros momentos de prueba, esta esperanza sostuvo mi razón; y cuando, pasado el primer estupor, pude medir seriamente el peligro, tuve fuerzas para luchar contra él con todo el vigor de una razón enérgicamente vigorizada.

También esta vez recaí en profundo decaimiento, que no era parte, empero, para disminuir todo el horror de mis

dolores físicos. La sed que me abrasaba había alcanzado, en efecto, aquel grado de exasperación que es quizá el más atroz de los suplicios.

Aseguro a ustedes que nunca hubiera sospechado que la falta de agua pudiera producir tormentos tan crueles; así es que, no obstante lo fantástico de mi imaginación infantil, siempre había calificado de exageradas las relaciones de los náufragos, que al tratar de ellos los pintaban con espantosos colores.

Teniendo nuestro país un suelo cruzado por todas partes de manantiales y arroyos, nunca había sufrido sed; porque la sensación que quizá alguna vez hubiese experimentado durante mis juegos de niño, en medio del campo o en la playa expuesto a los ardientes rayos de un sol canicular, no podía ser más viva que la que provoca el deseo de beber un vaso de agua; y aun esta sensación, un tanto mortificante, viene a quedar compensada después con el gratísimo placer que experimentamos al calmarla.

Menos frecuente es aún que semejante necesidad sea lo bastante imperiosa para obligarnos a beber el agua corrompida de una inmunda charca; en tales ocasiones la delicadeza de nuestras costumbres conserva todas sus repugnancias, y es que entonces la sed, alcanzando apenas el primer grado, menos es un dolor que un placer, por lo mismo que tenemos la seguridad de no tardar en apagarla.

Pero figúrense ustedes que no existe semejante seguridad; imagínense por un momento que encontrándose ustedes en situación parecida saben que en aquellos

contornos no existen ni lago, ni fuente, ni arroyo, ni río alguno ni tan siquiera un mal estanque pantanoso en donde humedecer los labios; ya entonces la sed que en el primer caso soportan fácilmente, adquirirá un carácter diferente y se convertirá en sensación dolorosísima.

Pudiera suceder también que alguna vez hubiese permanecido tanto tiempo como a la sazón sin haber bebido y sin haber experimentado por ello malestar alguno; mas en aquel momento se ofrecía ante mí la perspectiva de verla aumentar, sin que por esto desapareciera la imposibilidad en que me hallaba de aplacarla, y esto sería suficiente para aumentar mis angustias.

Para mí, aquel era el suplicio de Tántalo; verdad es que no veía el agua, mas la oía de continuo azotando los costados del *Inca*, y aunque era algo salada la que oía, y no hubiera podido beberla aun estando al alcance de mi mano, al fin y al cabo su murmullo era el murmullo del agua, y ante esta idea mis tormentos aumentaban con todo lo que la tentación tiene de irritante.

Yo no dudaba de que al fin la sed me mataría; lo que sí ignoraba era el tiempo que duraría mi agonía, y como estas reflexiones evocaban en mi memoria el recuerdo de las historias que había oído referir a propósito de viajeros que habían sucumbido a tan cruel necesidad, quise, aunque inútilmente, recordar los días que, según ellas, habían podido soportarla.

Este plazo lo fijé, sin fundamento alguno, en seis o siete días, y la perspectiva de un suplicio tan prolongado me llenó

de consternación; entonces recaí en mi desesperación y de nuevo pedí a la muerte que viniera a poner término breve a mis sufrimientos.

La luz de la esperanza iba a brillar de nuevo ante mis ojos, pues en el instante mismo en que iba a sucumbir a este más peligroso acceso de dolor, un rumor inesperado vino a interrumpir mis reflexiones y a inspirarme una dicha tan grande como grande había sido mi amargura.

XXIII
RUIDO LLENO DE ENCANTO

Cansado estaba de estar tumbado sobre las tablas del barco, que me magullaban despiadadamente, y cansado también de adoptar distintas posturas que no remediaban los inconvenientes de la curvatura a que lo estrecho de mi horrible camarote me condenaba, me había incorporado y puesto de bruces sobre una viga que atravesaba por mitad mi escondrijo.

En esta posición mi cabeza estaba inclinada hacia delante; casi tocaba el enorme barril, en el cual apoyaba la mano.

De ahí resultaba que mi oído casi rozaba las duelas del tonel, a cuya circunstancia debí el haber percibido el sonido lleno de promesas y esperanzas que repentinamente había obrado en mí una tan favorable reacción.

No era difícil reconocer la naturaleza del ruido bienhechor que había acariciado mis oídos: era el *glu-glu* de un líquido contenido en el tonel al ser agitado por los movimientos del buque.

Al oír aquellas armoniosas vibraciones, creí enloquecer; mas reprimiendo súbitamente los impulsos de mi corazón, temeroso de un cruel desengaño, apliqué de nuevo y con reconcentrada atención el oído para convencerme de que no me hallaba sujeto a una ilusión fácil de explicar, pero que me hubiera ocasionado consecuencias desastrosas.

Con la oreja pegada a la recia madera del enorme tonel, reteniendo el aliento, y concentrando toda mi atención, esperé un balanceo bien acentuado del buque que determinara en su interior una oscilación un poco violenta para tener la completa seguridad de la existencia del líquido sospechado. Después de una espera que me pareció interminable, el movimiento ondulatorio se reprodujo dentro de la barrica y me persuadí de que encerraba agua. Entonces no pude contenerme y un grito de alegría abrió las válvulas de mi corazón que amenazaba estallar entre el temor y la esperanza de que a un tiempo mismo se veía acometido.

Tan viva fue la reacción que se operó en todo mi ser, que sin el sostén de la viga en que me apoyaba hubiera caído desvanecido.

Mi vértigo, empero, fue de muy poca duración; la sed, la sed estimulante, cruel y abrumadora me trajo a la realidad; y medio desfallecido por la emoción y la angustia, palpé con manos temblorosas el benéfico tonel, con objeto de buscar el tapón, quitarlo y aplicar mis sedientos labios al codiciado manantial que del seno de la pipa brotaría.

Mas, ¡ay! allí también mis esperanzas se desvanecerían. Empleé mucho tiempo, sin embargo, en darme cuenta de mi

desgracia, porque obligado por la obscuridad a hacer a tientas mi pesquisa, recorrí, antes de convencerme de la desconsoladora verdad, una y veinte veces seguidas todas las duelas del tonel con el esmerado tacto que caracteriza a los ciegos.

Por fin me persuadí de que mi mano no alcanzaría al tapón por hallarse éste en la parte de la pipa aplicada a la banda del buque.

No ignoraba que todos los toneles poseen una segunda abertura situada en uno de sus dos fondos, pero después de mucho tantear reconocí asimismo que la de aquella pipa estaba obstruida por una caja y por otro tonel que a su lado estaba.

Entonces caí en la cuenta de que este último podía contener agua también, y empecé a tantear la parte limitada de su superficie que estaba a mi alcance; tampoco fui más afortunado en esta pipa, pues sólo tropecé con la impenetrable madera de sus duelas que me oponía una sólida resistencia.

Ya desde aquel instante caí en la abyección de la miseria y la desesperación. Nunca la tentación se me había ofrecido con tan cruel y viva manera, porque sintiendo agitarse el agua a tres centímetros de mí, no podía disponer, sin embargo, de una sola gota con que humedecer mis abrasadas fauces.

Si en aquel momento hubiese tenido un hacha y la altura de mi incómodo escondite me lo hubiese permitido, la hundiera una y mil veces en el tonel hasta desfondarlo y partirlo, para poder introducirme en el vientre y saciar mi

horrible sed en el copioso raudal que de la brecha resultara. Mas yo carecía de tan eficaz instrumento ni de otro alguno que pudiera servirme, y sin el auxilio de una navaja o un martillo no hubiera podido realizar mi intento y hasta levantar el tapón en caso de haberlo encontrado. En mi loca alegría al reconocer el contenido de la pipa, no había tenido en cuenta esta dificultad.

Después de tan crueles angustias y contrariedades, la amarga decepción que acababa de experimentar dejóme sumido en un estado de enajenamiento indescriptible; entre los vagos recuerdos que de aquella situación conservo, paréceme que aún volví a incorporarme, y que con paso vacilante me dirigí a hacer un nuevo reconocimiento. Mas obtuve el mismo resultado que antes: la barrica siguió mostrándose inaccesible, y lleno de sombría desesperación tendíme al pie mismo de aquel impenetrable tonel en cuyas entrañas se hallaban mi felicidad y mi vida.

Ignoro cuánto tiempo duró aquella nueva crisis; pero jamás se olvidará de mi memoria el hecho que me sustrajo a su influencia fatal devolviéndome a un tiempo mi actividad y mi perdida esperanza.

XXIV
PERFORACIÓN DE LA PIPA

Estaba tumbado de bruces sobre las tablas y la cabeza apoyada sobre el brazo, cuando de repente sentí agudo dolor en un muslo, que al principio atribuí a algún pedrusco u otro cuerpo extraño colocado entre las tablas y mi cuerpo. Extendí la mano para separarlo, palpé el suelo, y con sorpresa reconocí que el objeto que tanto me incomodaba lo tenía en mi bolsillo. Lejos estaba de figurárseme en qué consistía; al tiempo de incorporarme para introducir la mano y averiguar qué objeto era, estuve haciendo inútiles conjeturas, que de repente cortó el contacto de un cuerpo cuya permanencia en mi bolsillo no sospechaba. Era la navaja que Waters me había regalado y que guardé, sin darme cuenta de ello en el momento en que me la dio, y de la cual no había vuelto a acordarme.

Tan grande era mi abatimiento, que de pronto no di a aquel hallazgo toda la importancia que merecía. Lo que sí me hizo recordar fue la bondad del marinero que parangoné con

la cínica brutalidad del piloto, y después aparté a un lado la navaja para que no volviera a incomodarme.

Había vuelto a echarme sobre las tablas, cuando una idea que rápida cruzó mi mente, me hizo poner en pie de un salto, como si recibiera una descarga eléctrica. No era el dolor, si la esperanza la causa de tan inesperada reacción, pues no sin fundamento creí que aquella navaja podría procurarme el medio de agujerear el tonel.

Esto fue suficiente para que mi tristeza profunda se trocara en loca alegría.

Busqué el instrumento salvador con mano febril, y apenas lo tuve en mi poder traté de examinarlo, midiendo su longitud y calculando su temple, pues tan abstraído estaba cuando Waters me lo dio, que ni una sola mirada me había merecido.

Era un excelente cuchillo de esos que usan los marineros y que por regla general llevan al cinto sujetos al extremo de un cordón, y que abiertos tienen de largo unos veinticinco centímetros. El mango era de asta, y su hoja aguda, sólida y de buen temple me dejó plenamente satisfecho.

Sin el auxilio de aquel cuchillo, cuyas excelencias no me cansaré de encarecer, yo no hubiera podido sobrevivir a tan terrible trance ni después hubiera podido llevar a término los altos hechos que constituyeron mi existencia en el fondo de la sentina. Para familiarizarme con él, probé más de cien veces el temple de su hoja y el corte de su filo; lo abrí y cerré un sinnúmero de veces para ensayar su resorte, y cuando me

creí bien seguro de su bondad, arremetí con firme mano las duelas de la pipa.

Indudablemente se habrán admirado ustedes que empleara tan lentos preparativos para venir a parar a un resultado cuya consecución hacía apremiantísima la devoradora sed que sentía; tal vez creerían ustedes más natural que a ciegas y con frenesí tratara de practicar un boquete, fuere cual fuese, y en cualquier sitio de la pipa, con tal que por él brotara el líquido salvador. ¡Oh, no! aunque niño, poseía ya en alto grado el carácter reflexivo que más tarde me ha caracterizado; y en aquella ocasión, justo es confesar que mi paciencia y mi ansia por saciar mi sed sufrieron una ruda prueba. Así, pues, comprendí que el éxito de mi empresa dependería, tal vez del cuidado con que lo llevara a cabo, y resolví obrar con una precaución y calma que comprendo que hayan maravillado a ustedes. Del cuchillo dependía mi salvación, y ya pueden imaginarse cuál había de ser mi desesperación, si por sobra de ardor o falta de precaución llegaba a romper la hoja o tan siquiera la punta en algunos de mis esfuerzos por abrir el tonel.

Reconozco que, si hubiese reflexionado algo mejor mi situación, tal vez no me hubiera tomado tanto trabajo; porque aun admitiendo que lograra aplacar la sed, ¿de qué iba a servirme este consuelo a medias, si al cabo sucumbiría por falta de alimento?

Por muy extraño que parezca a ustedes, la verdad es que semejante idea no se me ocurrió. Por de pronto el hambre aun no había llamado a mis puertas, y sintiendo solamente

ansias de beber, no me acordé que luego aquella otra necesidad vendría a asediarme con el espantoso séquito de sus tormentos, como me sucedió ¡ay! poco después; mas no anticipemos los acontecimientos.

Para poder hacer el taladro, elegí una duela que me pareció un tanto consentida, y de ella un punto situado casi en el promedio de la altura del tonel. Esta circunstancia la creí muy necesaria, pues si después de inaudito trabajo lograba perforarla y me encontraba con que el agujero estaba sobre el nivel, mis esfuerzos hubieran resultado completamente estériles.

Emprendí, pues, mi tarea; y, no obstante mi impaciencia, no tuve por qué arrepentirme de mi lento trabajo. Mi navaja hacía maravillas; pues por dura que fuera la madera del tonel, era atacada por un cuerpo más duro y flexible que ella, y, quieras que no, fue desgastándose y cayendo reducida a menudos fragmentos, hasta que dio paso al interior a la fina hoja del cuchillo que me regalara Waters.

Había acabado por acostumbrarme a las profundas tinieblas en que estaba envuelto, y mi tacto, aguzado por la ruda práctica a que había tenido que someterlo, suplía en gran parte la ausencia de la luz. Verdad es que no podía trabajar con la actividad de un carpintero provisto de su sierra, o un tonelero provisto de su berbiquí; mas estaba convencido de que adelantaba en mi obra y era cuanto podía desear.

El continuo temor de que la hoja del cuchillo se me rompiera, no me permitía apresurarme. Había recordado

aquel dicho célebre: «vísteme despacio que tengo prisa», y a él me atemperaba.

Cuando al cabo de una hora de continuo trabajo comprendí que la punta del cuchillo iba a penetrar en el interior, temblóme el pulso, súbita agitación se apoderó de mí, y una espantosa inquietud invadió mi ánimo. ¿Aquel líquido que encerraba el tonel, era agua? Semejante duda me había asaltado muchas veces; mas en aquel instante en que me hallaba tan próximo a resolverla, me había asaltado con una cruel pertinacia.

¡Dios mío! Si en vez de agua, era ron, aguardiente, o tan siquiera vino lo que llegaba a encontrar, mi suerte estaba irrevocablemente echada, porque no ignoraba que ninguno de estos líquidos apagaría mi sed, aunque el último tal vez la calmara momentáneamente, y que luego volvería a martirizarme con más crueldad hasta el momento de mi muerte, que en este caso me sorprendería en medio de una embriaguez fatal.

Ya el salvador líquido empezaba a escurrirse a lo largo de la hoja de mi navaja. Con sólo hacer un ligero esfuerzo bastaríame para hacer brotar un chorro; mas de pronto paréme porque el temor paralizaba mi mano.

Por fin la sed venció todas mis aprensiones un impulso convulsivo bastó para arrancar la última astilla que me separaba del líquido, e instantáneamente salió del tonel un chorro vivo y fresco que empapó mis manos y la manga de mi chaqueta.

Continué aún ensanchando la abertura, y al sacar de ella el cuchillo, el chorro brotó violentamente. Apliqué a él mis labios entumecidos, Y ¡oh delicia!; aquel líquido no era vino ni licor, sino agua fresca y pura que bebí con más deleite que si brotara del más codiciado manantial.

XXV
LA ESPITA

¡Con cuánta fruición absorbí aquel líquido salvador! Creí que nunca me vería saciado; mas llegó a ser tal la cantidad de agua qué llegué a beber, que mi sed desapareció.

Sin embargo, este resultado no fue inmediato; la primera libación dejóme satisfecho un instante, así es que fui repitiendo los tragos una, dos hasta tres veces con intervalos sucesivamente mayores, hasta que quedé ahito.

No es posible formarse una idea de lo que son los tormentos de la sed, si nunca se han experimentado; podemos, sin embargo, calcular su horror con sólo tener presente los medios desesperados a que para calmarla, recurren los infelices que la padecen. Pero lo singular consiste en que este sufrimiento, a diferencia de todos los demás, desaparece con asombrosa rapidez en el instante en que se le aplica el remedio.

Después del suplicio que había sufrido, experimenté un gran bienestar; mas no por esto olvidé mi prudencia ordinaria; durante los intervalos que mediaron entre mis

libaciones tuve la precaución de aplicar el dedo, a guisa de tapón, al agujero que había practicado en la pipa, pues una voz interior me decía que no debía desperdiciar una sola gota de aquel líquido bienhechor que tanto alivio me había procurado.

Pero al fin me cansé de tan molesta actitud, y se me ocurrió buscar algún cuerpo que reemplazara mi dedo. Pero nada encontré en torno mío que pudiera servir a mi objeto, si bien es cierto que el cuidado de que no se malograra el agua de la pipa, paralizaba mis movimientos y mi libertad para buscarlo.

¿Qué hacer, pues, en situación tan apurada? Eché mano de unas migas de queso y galleta que tenía en la faltriquera, y haciendo un amasijo con ellas, lo apliqué al agujero; mas el queso y la galleta, una vez empapados, se cayeron, dando salida al benéfico líquido.

En aquel instante me acordé de mi chaqueta de recio muletón; inmediatamente le hice un profundo desgarro en una de sus esquinas, y con el trozo que me quedó en la mano tapé el agujero del tonel; era aquel un tapón improvisado muy capaz, salvo una ligera filtración del agua, de llenar sus funciones hasta que le substituyera con otra cosa más impermeable.

Salvado este inconveniente, quedábame tiempo sobrado para la reflexión, y ésta no pudo ser tan optimista que no trajera por resultado la desesperación. ¿De qué podía servirme el agua solamente no teniendo nada para comer? Si acaso para prolongar algunas horas mi existencia., es decir, mi

agonía. Buscando en los bolsillos, aun pude recoger algunos pedacitos de galleta, y migajas de queso, con lo cual podía a lo sumo alimentarme algunas horas, pero, ¿y después?... después vendría el hambre con su extenuación, sus vértigos... y por último, la muerte.

Solamente después de haber saciado la sed que me devoraba, comprendí toda la inminencia, todo el horror del peligro que se avecinaba. Y no seguramente porque semejante peligro me fuera desconocido, mas el ansia devoradora de satisfacer aquella primera necesidad, había ocupado por completo mi mente, no dando lugar a otra idea que a la de su inmediata satisfacción. El dulce bienestar que ésta me dejó, vino a turbarlo el horrible espectro del hambre, convenciéndome de que no me sería dable prolongar la vida más allá de dos o tres días, que serían de espantosa agonía.

Una de dos, o tenía que morir de inanición, o arrancarme la existencia con mi navaja. Esto último podía hacerlo con facilidad desde el momento en que me encontré poseedor de este instrumento que tan útil servicio me había prestado; pero habiéndose calmado el delirio que me asaltó en los primeros momentos, y en medio del cual tal vez hubiera acudido a tan extrema resolución, me acostumbré a ver mi situación con una relativa serenidad que a mí mismo me asombraba.

Ante mi vista se presentaban tres géneros de muerte: el hambre, la sed y una puñalada. La primera era inevitable ; pero como estaba en mi mano la elección, fui calculando cuál podría ser la menos dolorosa.

Por poco que mediten ustedes en las angustias que me atormentaban, dejará de causarles extrañeza que me entregara a un cálculo tan cruel.

Desde luego eliminé la sed cuyas consecuencias funestas me causaban horror, y por largo tiempo estuve meditando a cuál de los otros dos recursos concedería la preferencia..

Desgraciadamente carecía yo a la sazón del más rudimentario principio religioso, así es que la idea de que atentar contra mi vida era un crimen horrendo no me pasó por la imaginación tan siquiera. Mi sola preocupación consistía en sufrir lo menos posible.

Sin embargo, preciso es que el bien y el mal sean instintivos; porque a pesar de mi ignorancia pagana, una voz secreta me decía que es una falta el destruirnos aun en el instante mismo en que con el suplicio eludimos el suplicio.

Por fin, esta idea me hizo cambiar de resolución, y haciendo un supremo llamamiento a mi valor, resolví esperar resignado el término natural que Dios tenía señalado a mis crueles sufrimientos.

XXVI
UNA CAJA DE GALLETA

No tan sólo estaba dispuesto a no suicidarme, sino que me propuse firmemente prolongar mi existencia el mayor tiempo posible. Al efecto, de las míseras migajas que encontrara en mis bolsillos, hice cuatro porciones con el propósito de irlas consumiendo sucesivamente, y dejando entre comida y comida el máximum de intervalo que me permitiera el hambre.

El deseo de prolongar mi existencia se iba arraigando en mi corazón, y sin poder explicarme la causa, y a despecho de la terrible realidad, presentía que no sucumbiría por hambre.

Tal vez esta excelente disposición de mi ánimo, no menos que el instinto de conservación que nos infunde remota esperanza, deba atribuirlos al hallazgo providencial del agua en el momento mismo en que iba a sucumbir por la sed.

Comí, pues, la primera ración, bebí un trago y me tendí junto al tonel, esperando, sin duda, que la casualidad me deparara el alimento en que creía mi pasiva confianza.

Aquel ficticio aliento interior que me sostenía fue debilitándose poco a poco contribuyendo a ello en gran parte los efectos que en mi imaginación producían las lóbregas tinieblas de la sentina.

Doce horas después de haberme comido mi primera ración, encontrábame ya sumido en profundo abatimiento. Quise prolongar más tiempo mi dieta, mas no pude; devoré, pues, la segunda porción que, más bien que a satisfacer mi hambre vino a aumentarla, y como bebí agua en gran cantidad, llené el estómago sin nutrirlo.

Al cabo de otras seis horas consumí la tercera ración, y como ya empezaba a sentir los efectos del hambre, no tardé ni veinte minutos en devorar la cuarta y última.

Yo creí, al reunir aquel mísero bocado, que bastaría para alimentarme cuatro días; mas, ¡ay!, aun no había transcurrido uno y ya había dado fin de él.

Ya no me quedaba nada en absoluto; entonces recordé haber oído referir el caso de hombres que, encontrándose en análoga situación, habían masticado su calzado, y con él lograron sostenerse cierto tiempo, pues siendo el cuero un producto animal, conserva aún después de curtido y trabajado, ciertas cualidades nutritivas. Me apresuré, pues, a echar mano de mis zapatos. Mas, al inclinarme para descalzarme, noté que algo frío caía sobre mi cabeza: era un chorro de agua que se escapaba de la pipa, debido a que el trapo que aplicara al agujero había saltado. Incorporéme para remediar el mal, y mientras que con el dedo impedía que saliera el líquido, fui buscando a tientas el trapo.

Cuando lo hube colocado en su sitio, observé con terror que volvía a renovarse el accidente. Era indispensable corregir el mal si no quería exponerme a ver vaciada la pipa durante mi sueño. Mas, ¿cómo conseguirlo? Pensando en hallar el medio conveniente salí de mi abatimiento. Busqué a mi alrededor una astillita, un objeto cualquiera, pero nada encontré. Entonces me acordé de las duelas del tonel que se hallaban en la extremidad opuesta, mas eran de encina barnizada, y tan dura, que nada pude conseguir. Seguramente hubiera logrado perforarla empleando mayor perseverancia en mis esfuerzos, pero preferí apelar a la madera de la caja, porque siendo más blanda me exigiría menos trabajo y me serviría mejor para lo que deseaba.

Dirigíme, pues, hacia el sitio en que estaba la caja, y fui palpando su superficie para elegir el sitio más a propósito para hincarle el cuchillo. Una de sus tapas laterales cabalgaba sobre la otra. Introduje el cuchillo entre las dos, y pocos esfuerzos me bastaron para separarlas. Entonces introduje la mano en la abertura, y después de algunos tirones cedió la madera, que se desclavó, o quedó rota en mis masos. Sin embargo, la rotura no era muy considerable; mas con el crujido que hizo al romperse, habíase mezclado un ruido particular, distinto, el ruido que al chocar contra el suelo produjeron algunos objetos desprendidos del interior de la caja.

No acabé de terminar mi tarea y me incliné presuroso para averiguar la naturaleza de aquellos objetos; y al dar con

ellos y palparlos, experimenté una sensación tan grata que me arrancó un grito de alegría.

XXVII
UNA PIPA DE AGUARDIENTE

No me había equivocado: aquellos objetos con que tropecé eran dos galletas; sí, dos galletas tan grandes como el fondo de un plato de centímetro y medio de espesor redondas, lisas y agradables al tacto, cuya superficie era de un hermoso matiz obscuro. ¡Oh! ni siquiera me equivocaba en el color, porque hasta mi tacto me lo acusaba; eran galletas de mar, y galleas de marinero, según se las llama para diferenciarlas de las galletas blancas del capitán que, según mi parecer, no son tan buenas ni nutritivas.

¡Y qué sabrosas eran! No recuerdo haber comido nunca cosa mejor. Devoré dos, tres, cuatro sin darme cuenta; tal vez cinco y hasta seis, pues como el hambre que sentía era tan grande, no me entretuve en contarlas. Remojélas con un trago copiosísimo, y tan bien me sentaron, que aquella comida, ha quedado gratísima e indeleblemente grabada en mi memoria.

A la satisfacción que experimenta el hambriento en comer, y sabe Dios cuán grande es, añadía yo la dicha que me

causó mi descubrimiento: ya no debía inquietarme el porvenir; la Providencia había acudido en mi ayuda, inspirándome, en el momento en que mi ruina era inevitable, la idea de labrar un taruguillo conque tapar la pipa.

-Ahora -me decía yo- puede durar el viaje todo el tiempo que quiera; poco me importa poseyendo esta abundante provisión de agua y galleta.

Y mientras así hablaba, hundía las manos en la caja, deleitándome en escuchar el ruido que producían las galletas al chocar entre sí.

¡Qué armoniosa resultaba a mis oídos aquella música! Como el avaro que se goza en su caudal, no me cansaba de revolver, tocar, medir y amontonar mis galletas, entreteniéndome en este juego, que hasta cierto punto me indemnizaba de las terribles angustias que tanto había experimentado.

Es indecible el placer que sentimos al escapar de la muerte. No hay peligro que no dé lugar a una esperanza, por remota que sea; mas cuando se tiene la seguridad de morir, y por un azar providencial nos vemos salvados, la reacción que se experimenta es indefinible, no siendo extraño que a más de uno le haya trastornado el juicio, o le haya arrancado por la explosión violenta de alegría la misma vida que veía recobrada.

Tal vez no hubieran cesado tan fácilmente mis locos transportes, si al cabo no me hubiese dado cuenta de que el agua seguía escapándose de la Pipa. Probablemente derramábase desde la última vez que bebí, pues cabe

presumir que en la alegría, por mi descubrimiento me había olvidado de poner el tapón. De todos modos, la pérdida debía ser considerable, porque las tablas estaban empapadas hasta el punto de que la humedad había filtrado mis gruesos zapatos.

Esta pérdida de agua me hubiera inquietado poco una hora antes, pero en aquel momento las cosas habían sufrido un notable cambio. Tenía medios con qué resistir algunos meses mi encarcelamiento, y érame, por tanto, de imprescindible necesidad, no desperdiciar ni una gota de aquel líquido bienhechor. ¿Cuál no sería mi desesperación si antes de llegar a puerto se agotaba? Recuerdos harto recientes y dolorosos no me permitían la menor ignorancia en este punto.

Así, pues, contuve primeramente el agua con mi dedo, y después con el tapón construido con el trozo de mí chaqueta, y me dispuse inmediatamente a llevar a cabo el propósito a que debí el hallazgo de las galletas. Esto no me costó gran trabajo, pues de la tapa de la caja corté un taruguito que labré y adapté al agujero de la pipa.

¡Oh mi buen Waters! Para mí será siempre sagrado tu recuerdo.

¿Se había derramado mucha agua?

Reprochéme mi descuido y deploré el haber taladrado el tonel a tan poca altura, aunque en honor de la verdad, en el momento de hacerlo sólo tuve en cuenta la apremiantísima necesidad que de saciar mi sed tenía.

Menos mal que, en medio de todo, reparara en la filtración, pues si el descuido hubiese sido mayor, la pérdida hubiera sido quizá irreparable.

Inútilmente traté de averiguar su importancia y extensión. Golpeé el tonel en distintos sitios, pero los crujidos del maderamen del buque y el rumor de las olas batiendo sus costados impidiéronme formar cabal idea de la diferencia de los sonidos. Hubo un momento en que me pareció que la pipa sonaba a hueco, lo que hubiera acusado una enorme diminución de agua; mas como me era imposible comprobar la exactitud de mis juicios, abandoné unas pruebas que, en resumidas cuentas, sólo intranquilidad me producían. No obstante, la idea de convencerme de esto me perseguía, y mal de mi grado me puse a calcular por la anchura del agujero, no mucho mayor que una pluma de ganso, la cantidad de agua que más o menos podía haber salido por él; mas me faltaba un dato, la duración de la sangría, y como ésta corrió todo el tiempo que había durado mi alegre embriaguez, era del todo imposible averiguarla y, por tanto, desistí de semejante comprobación.

Recordaba que me habían dicho, que los cerveceros y toneleros sabían apreciar la cantidad de líquido contenido en una pipa, sin necesidad de medirla; mas yo ignoraba el medio que empleaban.

Aunque no estaba muy versado en hidráulica, sin embargo, yo sabía que, encerrando el agua en un tubo, asciende ésta constantemente a una altura igual a la que tiene en el depósito de donde procede. Si yo hubiera podido

disponer de un sifón, aplicándolo a la abertura de la pipa, la columna de agua que en él hubiera penetrado habría sido un indicio seguro de la abertura a que llegaba en aquélla; mas no teniendo a mano el sifón ni otro tubo que hiciera sus veces, no podía pensar en adoptar semejante procedimiento. Y aunque los tuviera, tampoco podía hacer la comprobación en debida forma, pues me hallaba completamente a obscuras.

Otra idea más práctica acudió a mi imaginación, y relativamente segura, aunque de más lenta ejecución, y consistía en ir practicando sangrías al tonel a partir desde el agujero que ya tenía hecho, y subiendo a trechos hasta haber encontrado el límite del nivel. Pero antes de hacerlo se me ocurrió averiguar el contenido de otro de los toneles que tenía a mí alcance, pues si resultaba ser agua, desde luego tendría la seguridad de que no podía faltarme durante los meses que ordinariamente se emplean en tan larga travesía. El trabajo a que de nuevo quería someterme tenía además la ventaja para mí, de alejar de mí mente las ideas sombrías que las tinieblas de mi cárcel evocaban.

Empecé, pues, la obra con una tranquilidad de espíritu infinitamente superior a la que tenía la primera vez, y el resultado de mi ensayo fue el hacer brotar del tonel un chorro de aguardiente en vez del agua que yo me prometía.

El resultado de todo esto fue tener que volver a mi primitiva idea, y averiguar con toda la exactitud posible la importancia de mi único caudal de agua.

Procediendo como hasta entonces había venido haciendo, aunque ahora con mayor destreza, fui practicando

agujeros en la mitad superior de la pipa y en el sentido de su longitud. Una hora me costó el perforar el primero: mas, ¡cuál no fue mi alegría cuando al romper con la punta de mi cuchillo la última astilla sentí que mi mano se humedecía!...

Satisfecho de mi primera tentativa, hice un segundo agujero, y luego un tercero, y un cuarto después. Al llegar aquí la hola de mi cuchillo no salió mojada; pero no era extraño, porque había llegado casi al borde superior de la pipa. Por fortuna, de los agujeros anteriores había brotado el líquido bienhechor, y por tanto quedó convencido de que el tonel estaba lleno en sus tres cuartas partes. ¡Bendito sea Dios! Aún me quedaba agua para algunos meses.

¡Con gozo indecible fui a agazaparme en mi rincón, y di una nueva aunque no tan vigorosa arremetida a mis galletas, saboreando mi triste ración con tanto placer cual si comiera perdices o pavo trufado.

XXVIII
RACIONES

Tenía el ánimo completamente tranquilo; ninguna inquietud lo alteraba. En cualquiera otra circunstancia la idea de permanecer encerrado durante seis meses me hubiera aterrado, mas a la sazón, cuando acababa de librarme del peligro de morir de una manera espantosa, mi cautiverio me parecía muy tolerable, y formé el propósito de soportarlo con resignación .

Seis meses de soledad y tinieblas me esperaban; ¡seis meses!; tiempo demasiado largo y penoso para cualquier prisionero, aunque más tolerable cuando se pasa en un cuarto visitado por la luz del sol, en que se tiene cama para descansar, lumbre para calentarse, en el que se recibe una comida regular y bien preparada, desde donde se oyen las pisadas de seres humanos, y en donde, por lo menos, se puede contemplar la faz del guardián, oír su voz y hasta cruzar con él algunas palabras.

Mas yo me encontraba en muy diversas condiciones. Tenía que estar meses encerrado en un sitio en donde sólo

encogido podía estar; sin lecho, ni paja, ni nada que le substituyera, rodeado de la más profunda obscuridad, respirando miasmas, sin más alimento que galleta y agua, régimen nada agradable, bajo el cual el hombre sólo se substrae a los rigores del hambre y de la sed, o lo que es igual, a la muerte; seis meses sin experimentar la más ligera distracción, no oyendo más que los fuertes crujidos del buque, y el choque monótono de las olas en sus imponentes bramidos: ¿comprenden ustedes lo que han de ser seis meses de tan terrible aislamiento?

Mas tan contento estaba ante la idea de que no iba a morir, que el género de vida a que me veía condenado contribuía a que me entristeciera. Algo más adelante, sin embargo, empecé a sentir todo el peso de mi triste reclusión.

Por el momento sentía una verdadera alegría por los hallazgos que había hecho, sin que esto sea decir que por ella hubiese olvidado la necesaria previsión; muy al contrario, la cuestión de vituallas me preocupaba continuamente: conocía la bondad y la naturaleza de los víveres que tenía en almacén, mas no la cantidad, y resolví pasar un minucioso balance, para cerciorarme de que bastaría para mi alimentación hasta el término del viaje.

Al principio se me figuró que aquella caja sería inagotable; mas bastóme la calma, y una ligera reflexión para que dudara acerca del particular. Basta una ligerísima y continua filtración para llenar una cisterna; pero lo contrario no es menos positivo también; la cisterna se agota tras de una pérdida, por insignificante que sea, cuando esta pérdida es

incesante; y realmente seis meses equivalían a una pérdida importantísima en mi caja de galletas.

A medida que lo estuve calculando, mi inquietud crecía por grados. ¿Por qué, pues, no había de poner término a tan penosa incertidumbre? Esto es lo que resolví a fin de someterme a un régimen de vida que me hiciera economizar todo lo posible mis provisiones.

Cuando acuden a mi memoria aquellos sucesos, me admiro de la madurez de juicio que en tan pocos años ya poseía. Verdaderamente es incalculable el alcance de la previsión a que puede llegar un niño ante un peligro que estimula su instinto de conservación, y le obliga a poner en prensa su tierna imaginación.

Como base de mis cálculos adopté los seis meses sin hacer abstracción de los siete días próximamente que habían transcurrido desde que el *Inca* había abandonado el puerto, y creí que aquellos ciento ochenta y tres días serían suficientes para que el buque llegara al Perú.

¿Pero, no me habría equivocado? No; pues es ése el plazo que ordinariamente se asigna a tan larga navegación; mas, ¿quién me aseguraba que ésta no fuera su duración media o quizá su duración mínima? Mis dudas acerca de esto eran tan legítimas como fundadas, porque mi ignorancia respecto a este asunto era completa.

Y aun teniendo la seguridad absoluta de que ésa era la duración ordinaria del viaje, ¿no podíamos encontrarnos en medio de una calma chicha en mitad de los trópicos, o que nos sorprendiera alguna deshecha borrasca de las que suelen

desencadenarse en el cabo de Hornos, en donde los vientos son tan impetuosos como variables, y experimentar retardo nuestra llegada?

Aguijoneado por este temor, me dispuse, pues, a hacer el inventario. Las dimensiones de las galletas ya sabía cuáles eran, así es, que pensé basar mis cálculos alimenticios en un régimen de dos galletas diarias, régimen dietético demasiado riguroso para un muchacho como yo, y no el más a propósito para engordar. Obligado por las circunstancias, tenía suficiente con una sola para sostenerme, y a esta dosis pensé someter a mi estómago si el caso lo exigía.

Emprendí, pues, el trabajo, verdaderamente entretenido, hallándome entre tinieblas, de contar las galletas, y toméla casi por vía de distracción: empecé por sacarlas de la caja, y luego fui colocándolas en ella en pilas uniformes, cuya suma me dio un total de treinta y dos docenas, menos ocho galletas, déficit que sabía yo en qué consistía.

Así, pues, quedábanme en la caja trescientas setenta y seis galletas que dividí en raciones de a dos; pudiéndome alimentar durante ciento ochenta y ocho días, es decir, algo más de seis meses. No obstante esta seguridad, me propuse acortar la ración.

Si por dicha mía encontrara alguna otra caja de galletas, nada tenía que temer para el porvenir. Y, bien mirado, aquella probabilidad nada tenía de absurda; es más, era probable. Ocurrióseme esta idea, y más me reanimó al considerar que al verificarse la estiba en los buques, lo que menos caso hacen es en la naturaleza de los objetos que se van colocando, sino

a su forma y dimensiones; de ahí resulta que las mercancías más contrapuestas resultan en yuxtaposición, cuando así lo exigen el volumen de la caja, del barril o del fardo que las contiene. Esta circunstancia la sabía yo, y por esto ni me admiraba de haber encontrado en aquel sitio las galletas, ni creía inverosímil encontrar a su lado otras.

Mas era difícil averiguarlo, pues estando bloqueado tan estrechamente en mi escondite, no podía salvar la caja ni por un lado, ni por encima, ni por debajo.

-¡Ah! -exclamé súbitamente iluminado por una idea-; ya que no puedo pasar por ningún lado, pasaré por en medio.

Realmente no había dificultad en llevar a la práctica mi propósito, pues la tapa que había arrancado ofrecía una abertura suficiente para dar paso a mi cuerpo. Así es, que sólo consistía en arrancar la tapa opuesta, cosa no muy difícil pudiendo introducirme en la caja.

Y poniendo manos a la obra ensanché un poco la abertura de entrada con objeto de poder moverme en el interior holgadamente, y conseguido esto, arremetí contra la tapa paralela que desde luego vi que no me ofrecía gran resistencia. Sin embargo, adelantaba poco en mi tarea, porque mi cuchillo substituía con notable desventaja al martillo o escoplo que para semejante operación hubiera sido necesario. Entonces se me ocurrió una idea, que me daría buen resultado: cierto que no poseía martillo, pero, en cambio, podía servirme de los pies como de una enérgica palanca, y más estando calzados como estaban con zapatos sólidamente claveteados.

Para conseguir mi objeto, salíme de la caja y de nuevo me introduje en ella, aunque en sentido inverso; tendíme horizontalmente y apoyé las manos en los bordes exteriores de la misma, y aplicando un terrible puntapié a la tapa, la hice saltar estrepitosamente; y a no haber sido por la interposición de otro cuerpo con el cual chocó, hubiera ido a parar a una distancia considerable.

Ansioso por conocer el resultado de mi empresa, apresuréme a volver a mi posición primera. Los clavos habían saltado, pero la tapa, sostenida aún por la ensambladura inferior, estaba apoyada en el cuerpo situado detrás de ella.

Después de grandes esfuerzos logré ladearla y volverla hacia abajo lo suficiente para que por el hueco que dejaba pudiera introducir la mano.

Lo que había restado fuerzas al vigoroso puntapié que di, era otra caja, parecida a la que había perforado; mas érame imposible de pronto averiguar su contenido.

Volviendo a hacer un esfuerzo de destreza e ingenio, logré quitar, por último, el estorbo que me presentaba la madera arrancada, y echando mano a mi cuchillo, me dispuse a visitar el interior de la caja, la cual, ya que no a mi vista, ofrecíase por lo menos a mis manos.

¡Mas qué gran decepción sufrí apenas la hube perforado! En vez de las galletas que esperaba encontrar, mis dedos tropezaron con una materia blanda y cubierta de vello; mantas de lana seguramente, pero de tal manera embalada, que ofrecía la consistencia de la madera. No había, pues, más

remedio que acortar la ración para poder llegar al término del viaje, si no gordo y sano, al menos salvo.

XXIX
AFORO DEL TONEL

Con menos esperanza y no con tanta precipitación que cuando vacié la caja, fui colocando nuevamente en ella las galletas que había depositado a granel sobre las tablas de mi gazapera. No obstante, tuve buen cuidado de volverlas a contar al tiempo de irlas colocando de igual manera que como las había puesto el fabricante. Cuando terminé, no quedaba más hueco en la caja que el que habían abierto mis dientes, es decir, las ocho galletas consumidas.

Sabiendo exactamente con cuántas provisiones de boca, por lo que toca a lo sólido, podía disponer, y muy resuelto a escatimar la ración para no tener que abrigar temores acerca de su probable duración, faltábame normalizar mi ración de agua para que en punto a este artículo no menos importante, pudieran caberme idénticas seguridades. Para calcular esta ración me era de todo punto necesario obtener previamente la medida de agua que el tonel contenía, cosa, a la verdad, algo peliaguda para un muchacho que ni aun del uso de la vista disponía. De una presunción, por lo menos muy

racional, obtuve un dato. Aquel tonel debió haber encerrado antes vino o aguardiente, pues a bordo de los buques estos envases se utilizan para la provisión de agua destinada a la tripulación. Con sólo haber sabido con certeza el líquido que la pipa había contenido, habría hecho un cálculo exacto merced a la tabla de equivalencias entre los líquidos que poseía al dedillo. Tantos palmetazos habíame costado el aprenderla, que al cabo la llegué a retener en la memoria con tanta exactitud, que podía recitarla sin discrepar en un sólo galón[2]. Sabía de memoria la diferencia que existía entre una pipa y un tonel, entre una barrica y un barril de licor, y conocía la capacidad de cada uno de esos envases con sólo revelarme su contenido. ¿Cuál habría sido el de mi tonel? ¿Había contenido aguardiente, Ginebra, Qporto, Málaga, Canarias, Madera, u otra clase de licores? Si hubiese sido Jerez, me resultaba una pipa de ciento ocho galones; si Madera, Marsala o vino del Cabo, su capacidad no excedería de noventa y dos, y en caso de haber contenido Oporto o whisky de Escocia, entonces llegaba la pipa a los ciento veinte galones. En el último de estos casos, mi duda hubiera sido de poca duración, porque el whisky aromatiza de tal manera el agua, aunque su dosis sea infinitesimal, que al beberla hubiera reconocido inmediatamente su existencia.

Sin embargo, pude muy bien en el ardor de la sed no haber notado la diferencia; para convencerme quité el tapón y bebí; noté, en efecto, en el agua cierto sabor espirituoso, mas hubiérame sido difícil, o, por lo menos, peligroso, atribuirlo a

[2] Medida inglesa para líquidos equivalente a nuevo cuartillos (N. del T.).

la existencia del Madera o Jerez, por ejemplo, porque es muy notable la diferencia que entre sus envases existe. El cálculo era, pues, aventurado, para fiarlo al paladar, y por tanto deseché el medio.

Afortunadamente recibí del maestro de mi pueblo algunas nociones de aritmética y geometría.

A propósito de esto, me he preguntado más de una vez la causa de que se descuide en tan alto grado en la primera enseñanza el cuidado de inculcar a los niños ciertos elementos científicos necesarios, cuando tanto empeño se pone en llenarles la cabeza de versos que calificaré de irracionales, por no aplicarles una denominación más dura. Declaro francamente, que estoy convencidísimo de que es más útil a la humanidad el conocimiento de una sencilla ley matemática que se aprende en una semana, que el de todas las lenguas muertas. ¡Cuántos obstáculos han opuesto el griego y el latín a los progresos científicos!

Decía, pues, que al maestro de mi pueblo le era deudor de algunas nociones de geometría: así, pues, conocía lo que era el cubo, la pirámide, el cilindro, el esferoide y las secciones cónicas, y sabía que un barril se halla formado por dos conos truncados que se unen por la base. Así, pues, para saber qué capacidad tenía mi tonel, bastábame conocer su longitud total o la mitad de ella, y además la circunferencia del centro y la de los extremos que eran iguales, así como paralelas. Averiguadas estas tres dimensiones, podía saber las pulgadas cúbicas de agua que encerraba el líquido con relativa exactitud por lo menos, y una vez conseguido este

resultado, bastaría que lo dividiera por la medida de la ración de un día para conocer los de su duración.

¿Pero cómo podría obtener la medida de aquellas tres dimensiones? La de longitud no me costaría gran trabajó, porque se desplegaba en toda su extensión ante mis ojos, o, por mejor decir, ante mis manos. No sucedía lo mismo con respecto a las dos circunferencias, que no se podían medir por estar el tonel incrustado entre otras mercancías.

Pero a más de éste se me ofrecía otro obstáculo: carecía de metro, de cinta, o de otro objeto cualquiera que pudiera servirme de unidad, y sin él era imposible hacer la medición.

Esta dificultad, más que las anteriores, paralizó mis movimientos; mas, resuelto como estaba, a no abandonar mi problema, esperé que la calma y la reflexión me aconsejaran el medio de resolverlo. Entre otros mil excelentes consejos que del maestro recibiera, recuerdo el que me alentó en tal ocasión; decía con frecuencia, que con la perseverancia todo se alcanza. Acordéme de él oportunamente y resolví continuar en mi empeño hasta haber agotado todos los recursos de mi ingenio, y la verdad es que en menos tiempo del que he empleado en referírselo a ustedes, encontré el medio que buscaba.

XXX
LA REGLA MÉTRICA

Mientras tanteaba la barrica, se me ocurrió que me era suficiente una varilla para mi objeto, pues introduciéndola horizontalmente en el tonel por su promedio hasta que tropezara con su pared opuesta, podría averiguar el diámetro de la circunferencia máxima, y para saber la medida de ésta bastábame multiplicar por tres la cifra que hubiese arrojado la medición del diámetro; aunque no sería matemáticamente exacto el resultado, no obstante bastaba para mi objeto.

Resuelto este punto tan importante, ya sólo me faltaba poseer una varilla; mas para encontrarla no necesitaba más que hacer uso de la madera de la caja perforada. La tapa cuyos pedazos se hallaban a mis pies, tendría a lo sumo unos 60 centímetros de largo, siendo así que el diámetro que iba a medir era evidentemente mayor. Salí del apuro labrando, en vez de una varilla, tres, y uniéndolas convenientemente entre sí por sus extremos. De este modo podía tener una varilla, que servía perfectamente para mi objeto. Cuando las tuve

hechas faltóme el bramante que debía unirlas, pero lo reemplacé con el cordón de mis zapatos.

-¡Gracias a Dios!-exclamé levantándome para empezar a tomar mis medidas-; al fin podré saber a qué atenerme.

Di un paso hacia la barrica, pero quedéme estupefacto con la varilla medio encorvada en la mano, porque una nueva dificultad venía a paralizar mis esfuerzos. Me faltaba espacio para poderla introducir en el tonel. Mi escondite tenía unos dos metros de longitud, pero tan sólo unos 60 centímetros de largo, y como precisamente la cara, del tonel ocupaba el lado y no el fondo de aquél, faltábame terreno para poder introducir mi varilla.

Maldije mi falta de imprevisión, que esterilizaba mis cálculos y mis esfuerzos cuando más seguro me hallaba del resultado, y estuve en un tris de hacer añicos contra las paredes de aquella tétrica clasura el frágil listón que con tanta paciencia había construido. Sin embargo, muy pronto se me ocurrió otro expediente que resolvía la dificultad, al mismo tiempo que me enseñaba que no son la cólera y el desaliento los mejores consejeros en casos apurados.

Mi expediente consistía en descomponer la varilla en los tres trozos de que se hallaba formada y en irlos uniendo otra vez a medida que los introducía en el tonel.

En seguida, use manos a la obra, y cuando hube restablecido la varilla en toda su extensión, procuré que la extremidad que había penetrado en la barrica chocara con la duela opuesta, teniendo cuidado, naturalmente, de que mi improvisada medida conservara en lo posible su posición

horizontal. Conseguido esto, hice una hendidura en el sitio de la varita que tocaba en el borde exterior del tonel, que luego ratifiqué por medio de una señal más profunda; tenía, pues, el diámetro mayor que iba a servir de base para mis cálculos. Luego fui separando uno a uno los trozos de mi improvisada regla, señalando convenientemente el sitio en que habían estado unidas, a fin de que al volverlas a unir para las mediciones sucesivas no resultara con una longitud distinta de la que tuvo para la primera.

Faltábame tomar la medida de la base menor del cono, esto es, la circunferencia de los fondos del tonel. Esta operación era más fácil que la anterior, y siguiendo el procedimiento mismo que acababa de emplear, obtuve inmediatamente el diámetro que buscaba.

Sólo me quedaba por averiguar la altura del tonel, y por sencilla que a primera vista pueda parecer esta operación, lo cierto es que me hizo cavilar un buen rato.

Ustedes dirán que la cosa no podía ser más facilísima, pues bastaba con plantar la varilla horizontalmente al tonel y señalar en ella la altura de éste.

Pues no lo crean; si yo hubiese obrado en un sitio iluminado tendrían ustedes razón; mas estando yo rodeado de tanta obscuridad, ¿cómo establecía el paralelismo? ¿cómo evitaba la desviación de la regla que sólo estaba en contacto con la barrica por la parte central de ésta? y sobre todo, ¿cómo adivinaba el punto de la varilla que venía al nivel del borde del tonel?

Como pueden ustedes observar, la dificultad era realmente grave, y en un principio a mi me pareció tan insuperable, que llegué a irritarme contra ella.

Mas también esta vez la reflexión sugirióme el medio de salir del apuro, a cuyo efecto empecé por labrar otra varilla compuesta de dos solas porciones, pues tenía suficiente con esta misma longitud.

Una vez terminadas, coloqué la primera como si hubiese querido medir el diámetro del fondo del tonel, y como esta varilla sobresalía treinta o cuarenta centímetros del borde de la duela, apliqué a ella, formando ángulo recto, el listón. que acababa de construir, teniendo cuidado que su extremidad opuesta se hallara en contacto con el vientre de la barrica. Entonces señalé en la regla el punto de contacto con la parte más saliente de aquélla, y de este modo pude averiguar la longitud media del volumen que deseaba medir, y, por consiguiente, la total, pues dos mitades componen un entero. De modo que con esta última medida obtuve los elementos del problema cuya solución buscaba.

XXXI
QUOD ERAT FACIENDUM

Era un cálculo puramente aritmético y cuya resolución no me asustaba, el determinar el volumen del tonel en pies y pulgadas, y después reducirlo a galones. Pero para poder verificarlo me hacían falta pluma, lápiz, papel o yeso, y aun estos utensilios, caso de haberlos tenido, de nada me hubieran servido, pues faltaba la luz, sin la cual hubiera sido ocioso emplearlos. Afortunadamente sabía pasarme sin ellos, pues en la escuela había adquirido la costumbre de hacer de memoria los cálculos bastante difíciles, y el problema que trataba de resolver hubiera empleado pocas cifras y, por tanto, su dificultad no me hubiera sido tan grande.

Y observen que les hablo en condicional, porque acababa de presentárseme un nuevo obstáculo, no sé si diga mayor que los demás. Hasta entonces las medidas que había obtenido estuvieron basadas en una unidad imaginaria; hallar la equivalencia entre esta unidad y la unidad métrica usada por todo el mundo, tal era la gravísíma dificultad que se me ofrecía..

No creo necesario esforzarme en hacerles comprender que aquel obstáculo me pareció verdaderamente insuperable, tanto, que el sentido común me aconsejaba abandonar la idea de resolver un problema, que, en mi posición, y sin poseer ni regla, ni metro, ni escala graduada, ni compás, valía tanto como intentar lo imposible.

A pesar de todo este imposible lo intenté y lo resolví; pues me valí de un medio que me era ya conocido al intentar la operación, no obstante lo que acabo de decirles. Si les he manifestado dudas y temores acerca del particular, ha sido con el propósito de estimularles su curiosidad: ¿creen ustedes que yo iba a consentir tan fácilmente que se malograra el tiempo que dediqué a construir mis lindas varillas, y el esmero que puse en que ajustaran matemáticamente, o, por lo menos, con relativa precisión?

Encuentro muy razonable que me pregunten ustedes ahora cuál era ese medio.

Voy a satisfacer su curiosidad: al decir antes que carecía de metro, dije simplemente una verdad; mas no les dije que yo mismo lo era. ¿Se acuerdan ustedes que antes de embarcarme me medí y que tenía cuatro pies justos? Vean, pues, de cuánta utilidad me sirvió aquel mi singular capricho.

Sabiendo, por tanto, que mi estatura era de cuatro pies, podía marcar esta medida en una de las varillas, y convertirla en base de mis cálculos.

Para conseguirlo adopté la misma postura que tuve que emplear para medirme a mí mismo. Me tendí a todo lo largo sobre las tablas, y apoyé los pies contra las costillas del

buque; después coloqué la varilla encima de mi cuerpo con su extremidad apoyada también en la obra de aquél, y señalé en la opuesta el punto que estaba al nivel de mi coronilla. En este punto hice una señal con el cuchillo.

Pero a medida que iba avanzando en mis cálculos presentábanseme nuevos inconvenientes, siendo el primero la rigidez de mi regla. Si todos los objetos cuyas medidas poseía hubiesen coincidido en un todo con aquélla, la cosa hubiera sido facilísima, mas casi todas las medidas eran inferiores a los cuatro pies, y no teniendo subdivisiones de medio pie y de pulgadas, era inútil pretender alcanzar ningún resultado positivo. Teóricamente, la división de la regla no ofrecía ni el más ligero inconveniente, pues determinando su centro se obtenían dos medidas de a dos pies cada una, de las cuales, dividiéndolas asimismo por la mitad, me daba el pie con toda exactitud, y siguiendo de este modo llegaría a obtener las pulgadas y hasta la línea. Mas en la práctica no era cosa tan fácil determinar todas estas medidas en un cuerpo rígido como la varilla, y teniendo que practicar la operación a obscuras.

Confieso sinceramente que esta vez, y en mucho rato, no supe cómo salir del apuro. Por último, encontré un procedimiento que, aunque lentísimo, resolvía la dificultad.

Para conseguirlo, empecé por cortar otro listoncito que tuviera más de dos pies de longitud, cosa bastante fácil tratándose de una mera aproximación; cuando lo tuve lo apliqué a mi regla del mismo modo como cuando se mide una tela u otro objeto de mucho desarrollo, y lo que me

sobró de la varilla lo dividí a pulso por la mitad cortando ésta con el cuchillo y eliminándola. En seguida volví a aplicarlo en la misma forma, y ya la diferencia me resultó menor. Volví a recortar la diferencia y volví a yuxtaponer la varilla, y, por último, al quinto tanteo pude creer que la varilla me representaba dos pies exactamente.

Como se ve, el medio era bueno, pero exigía muchísima paciencia, y aunque en mi situación, cuanto me ayudara a distraer la meditación y el tiempo había de serme necesariamente útil y agradable, eché mano de otro a todas luces superior en precisión y rapidez. Consistía este medio en suplir la varilla auxiliar por medio de un cordón que, siendo fácil de doblar, permite las divisiones sin más que un solo tanteo. Las tiritas de cuero de mis borceguíes prestáronme un gran servicio, pues su recia contextura quitábales la elasticidad que tanto hubiera perjudicado a la exactitud del cálculo. Seguramente que un pie de madera, o de marfil no hubiera formado una regla más exacta.

Anudé las tirillas de cuero sólidamente, y empecé por comprobar la exactitud de la primera y única división que había hecho. He manifestado antes que el menor error podía desbaratar el resultado de todos mis cálculos; sin embargo, era menos fácil incurrir en él partiendo de la subdivisión de los cuatro pies, que no procediendo en sentido inverso por la multiplicación de las pulgadas, pues mientras en el primer caso el error iba siendo menos a cada nueva división, en el segundo aumentaba a medida que se iba adelantando en la serie de las multiplicaciones.

Ningún trabajo me costó obtener una correita de la longitud de un pie, pues me fue suficiente dividir la regla total en una mitad, y ésta a su vez en otras dos partes iguales; pero al llegar ahí quise doblarla en tres partes, y esto a costa de mucho trabajo, pues es más difícil tomar el tercio que la mitad ; pero al fin conseguí mi objeto, que era obtener de la medida de un pie tres pedazos de cuatro pulgadas cada uno, para que tomando de uno de ellos una mitad primero y después una mitad de ésta, es decir, un cuarto del tercio del pie resultara la pulgada, medida difícil de alcanzar a obscuras y con los instrumentos que yo poseía, a causa de su pequeñez.

Tenía ya los elementos necesarios para hacer las divisiones en mi varilla, y tomando los pedacitos de correa que había medido, fui adaptándolos a mi regla, y con ayuda del cuchillo señalé las señales de pies y pulgadas en toda su extensión; estas señales fueron el número de cuarenta y ocho. La delicadísima operación me llevó mucho tiempo; dilo, empero, por bien empleado, porque al terminar mi trabajo me encontré poseedor de una regla métrica, que iba a servirme para, en cierto modo, calcular los días de existencia que me quedaban.

Inmediatamente procedí a continuar la resolución de mi problema, cuyos datos esenciales conocía. Tenía la medida de los dos diámetros y la longitud media total, convertí esta mitad en una medida de superficie multiplicándola por ocho y dividiendo por diez el producto. De esta manera obtuve la base de un cilindro igual a un tronco de cono de la misma

altura; y multiplicando este resultado por la longitud, el producto me dio la masa cúbica cuyo volumen deseaba conocer. Dividí, pues, la masa por sesenta y nueve, y el cociente me arrojó el contenido de la pipa. Por lo tanto, estando ésta llena, encerraba algo más de cien galones; unos ciento ocho. No me había equivocado; era una vieja pipa de Jerez la que tenía delante de mí.

XXXII
HORROR A LA OBSCURIDAD

Era sumamente satisfactorio el resultado de mis cálculos, pues de la deducción hecha, di agua consumida y de la que se había vertido, quedaban unos ochenta galones dentro del tonel, o sea una ración diaria de medio galón por espacio de sesenta días, o bien para trescientos, reduciendo la ración a un cuarto. Tenía, pues, agua para cerca de un año. Realmente, me era suficiente, no digo un cuarto, sino un octavo de galón, y la travesía no iba a durar ni con mucho los trescientos días, tiempo casi suficiente para dar la vuelta al mundo. Resultado, que en lo sucesivo no padecería de sed.

Mayores inquietudes podía experimentar por lo que se refería a mi alimentación, pues la ración que me había fijado parecíame bastante escasa; mas haciendo de la necesidad virtud, resolví no aumentarla para que por este lado desapareciera también todo temor.

Bajo la grata presión que me causaron tan satisfactorios experimentos, permanecí algunos días en relativa tranquilidad, a pesar de los duros rigores de mi cautiverio.

Sin embargo, cada hora me parecía un día, y mi única distracción reducíase a contar los minutos y hasta los segundos que el gratísimo tic-tac de mi reloj me señalaba. Este era el único que me hacía. compañía en la lobreguez de mi cárcel, y no hay que decir qué armoniosas sonarían en mis oídos sus fuertes pulsaciones aumentadas allí, gracias a la sonoridad de mi estrecho agujero.

¡Con cuánta solicitud le daba cuerda mucho antes que la hubiese acabado! Y, sin embargo, poco debía importarme saber la hora, pues encerrado en tan lóbrego calabozo el tiempo corría uniformemente para mí. Que el sol brillara o no en el firmamento, esta era una cosa que pasaba completamente inadvertida para mí. A pesar de esto, sabía diferenciar, aunque esto admire a ustedes, el día de la noche. Desde hacía ya muchos años tenía la costumbre de acostarme a las diez de la noche y de levantarme a las seis de la mañana. Tal era la costumbre que había observado constantemente lo mismo en casa de mis padres que en la de mi tío, y el resultado de esta práctica inveterada había sido, que, al acercarse las diez, el sueño me vencía, y por la mañana despertaba invariablemente a la hora de siempre. Semejante hábito no desapareció ni a pesar del profundo cambio producido en mí por tan nueva y extraña situación ; así es, que por él calculaba los movimientos de mi reloj, y apreciaba la sucesión de los días, tarea muy natural de quien espera en lóbrega cárcel el día en que ha de brillar el sol de su libertad.

Además, con un tacto exquisito medía con relativa exactitud por la inclinación de las flechas la hora que

señalaban, y espiaba las vueltas de la esfera, para señalar a cada dos, un día más en un calendario de incisiones que había hecho con una varilla. En cuatro días apreció el lapso de tiempo en que este cuidado no me había ocupado, y más tarde vi que no me equivoqué en su apreciación.

De este modo transcurrieron cerca de ocho días, cuyas interminables, tenebrosas y monótonas horas me agobiaban frecuentemente con el peso de mortal fastidio, pero que, no obstante resistí con estoica resignación.

Lo que más pena me causaba era la obscuridad; al principio la imposibilidad de estar en pie y la dureza y desigualdad de las tablas me habían incomodado grandemente; mas al fin, con la costumbre acabé por no sentir aquellos inconvenientes, aunque también es verdad que puse remedio a lo segundo arrancando de la caja que había encontrado más allá de la de galletas algunos de los paquetes que contenía.

Inmediatamente después de ocurrírseme semejante idea, puse manos a la obra; para ello, tuve necesidad de desalojar de nuevo la caja de provisiones para poder llegar hasta la que contenía los paquetes de tela de lana. Empecé por arrancar uno, después de grandes esfuerzos, y sucesivamente fui sacando otros dos.

Dos horas empleé en este trabajo, mas dilas por bien empleadas, porque me procuré uina mullida alfombra, y un colchón, dignos tal vez de un rey, pues por el tacto reconocí que la tela era de superior calidad.

Volví a guardar las galletas, y tendiendo sobre las tablas varios dobleces de mi tela, echéme con cierta voluptuosidad sobre mi improvisada y blanda cama.

Desgraciadamente aquella nueva fortuna que la Providencia acababa de depararme no me aliviaba del malestar que me producía la obscuridad que me rodeaba. Es indecible lo que se sufre en medio de las tinieblas que una noche sin fin como la que me envolvía; entonces comprendí por qué el encierro en calabozos privados de luz es el más espantoso de todos los encierros, y también por qué los desgraciados condenados a tan duro tormento encanecen con tanta rapidez y pierden el uso de sus sentidos; la luz es, amigos míos, uno de los elementos más esenciales de la vida.

Si hubiese tenido una lámpara, por débil que hubiese sido su luz, las horas no me hubiesen resultado tan interminables, mientras que, por el contrario, aquella noche creo que hasta llegaba a paralizar el libre juego de la máquina de mi reloj, el curso mismo del tiempo.

Aquella profunda obscuridad bajo la cual hasta la forma de los objetos desaparecía, causábame un dolor físico que un solo rayo del sol hubiera disipado.

Ese terrible malestar que en sus noches febriles experimentan los enfermos, y esa ansiedad que experimentan por la vuelta de la aurora, sufríalos yo completamente, aunque, por mi mal, la aurora de mi día hallábase más lejana.

XXXIII
LA TEMPESTAD

El único rumor que mis oídos percibían era el sordo quejido de las olas que corrían encima de mi cabeza; sí, encima de mi cabeza, porque yo me hallaba sumergido en el abismo.

A cortos intervalos oía el ruido seco que al caer sobre el puente producía un cuerpo pesado, y cuando la calma volvía a reinar, parecíame oír el tañido de la campana de a bordo llamando a los hombres de cuarto; pero el eco era tan vago, que yo estaba cierto de que no fuera una ilusión.

De lo que sí estaba cierto era de las alteraciones del tiempo; y es bien seguro que hubiera podido afirmar el instante en que la brisa refrescaba, con tanta seguridad como si estuviera en la gavia del palo mayor. La fuerza del viento y el estado del mar me lo indicaban el balanceo del buque y los crujidos de su potente armazón.

Durante el sexto día de mi calendario o sea el décimo de navegación según mi cuenta, tuvimos que luchar contra una tremenda borrasca que duró cuarenta horas, y que más de

una vez me hizo temer que el *Inca* iba a partirse. Todo crujía a mi alrededor: las cajas y los toneles que llenaban la sentina, chocaban entre sí con infernal estrépito, y enormes olas, *golpes de mar*, según las llaman los marinos, se estrellaban furiosamente contra los costados del buque cual si estuvieran animadas de un soplo potente de destrucción.

Imagínense ustedes cuál sería mi situación durante aquellas horas en que por momentos esperaba verme sepultado en el fondo del mar por el naufragio del *Inca*. Mi terror era indecible, porque no pudiendo hacer el menor esfuerzo para procurar mi salvación en trance tan apurado, e ignorando, además, la verdadera extensión del peligro, mi imaginación me lo aumentaba, y mí lóbrega mansión no contribuía poco a darle un color verdaderamente siniestro. Seguro estoy de que si me hubiese hallado sobre cubierta, el terror que experimentaba no hubiera sido tan grande.

Para colmo de calamidades me asaltó el mareo, accidente que sucede siempre en tales casos y particularmente cuando se viaja por primera vez. Con el viento huracanado acude siempre aquel odioso malestar, y esto se comprende fácilmente, porque el buque mecíase con movimientos desordenados a impulsos de la furia y del desorden de los elementos.

Después de dos días y una noche pasados bajo tan inminente peligro, moderóse el viento y la calma reemplazó a los furores de la borrasca; ni siquiera llegaba a mis oídos el murmullo que produce la quilla al hender las aguas, pero el balanceo continuaba y toda la estiba crujía con sordo fragor.

Esto consistía en la agitación del mar que sigue a las tempestades y que a veces es más peligrosa que la tempestad misma; en parecidas ocasiones, y después de haber salido ileso de un temporal deshecho, más de un buque ha quedado desarbolado; este es uno de los accidentes de mar que con más razón temen los marinos.

Afortunadamente, a las veinticuatro horas había desaparecido por completo el peligro y el buque se deslizó por las aguas con mayor facilidad que nunca. Ya el buque no se balanceaba tan bruscamente, mis náuseas desaparecieron, y la reacción que experimenté me devolvió el perdido ánimo. Durante tan larga crisis el bufar del viento, el ruido de las olas y el del buque mismo, y sobre todo mi terror, no me habían dejado pegar los ojos. Al cansancio que me produjera el continuo sobresalto y el no poder dormir, había que añadir el aniquilamiento del mareo; así es que, en cuanto llegó la calma, un sueño profundo se apoderó de mí.

Entonces me asaltó una pesadilla casi tan espantosa como el mismo peligro de que acababa de escapar. Era, por decirlo así, la realización de cuantos horrores me había hecho temer el temporal; soñé, en efecto, que iba a ser engullido irremisiblemente por el mar; pero no era más que esto; soñé que había caído en sus profundidades, y que estaba muerto, aunque me daba perfecta cuenta de ello. Veía cuantos objetos me rodeaban; entre otras cosas distinguía monstruos horribles, pulpos y cangrejos gigantescos que, arrastrándose, se me aproximaban para clavar en mis carnes sus agudas patas, destrozarme y saciar su apetito.

Uno de ellos en particular llamaba toda mi atención, porque además de ser su aspecto mucho más feroz y más horribles sus dimensiones, me amenazaba muy de cerca. Poco a poco se me iba acercando; por último, alcanzó mi mano, sentí que sus patas se enredaban entre mis dedos, mas yo permanecí sin moverme.

Así llegó hasta la muñeca, luego a lo alto de mi brazo izquierdo que tenía extendido casi perpendicularmente al cuerpo. Tenía la intención de saltarme al cuello o a la cara; veía yo perfectamente las miradas ávidas que a uno y otra dirigía, y a pesar del horror que su presencia me inspiraba, sentíame impotente para arrojarlo lejos de mí. Mis músculos se negaban a obedecerme, y esto no era extraño, supuesto que estaba ahogado. «¡Ah! ya le tengo sobre el pecho... en la garganta... ¡va a ahogarme! ... »

Lancé un grito y me incorporé violentamente; y aun creo que me hubiera erguido cuanto lo permitía mi menguada humanidad, sin el obstáculo que tenía encima de mi cabeza contra el cual me hubiera roto el cráneo. No pude escapar, empero, sin dar un testarazo y algunas fuertes manotadas a las pipas vecinas que me hicieron caer de nuevo en mi lecho, luchando aun con la pesadez de mi sueño; por fin me despejé por completo.

XXXIV
LA COPA

Aunque tenía la plena convicción de que no me había asaltado ningún cangrejo y de que acababa de sufrir una pesadilla no podía persuadirme de haber dejado de sentirlo. Sentía aún sobre mi brazo y mano desnudos la extraña sensación que producen las uñas de un animal que los haya recorrido, así es, que a despecho de mi razón me resistía a creer que no hubiese algo de real en mi ensueño.

Fue tan viva la impresión que experimenté, que mi primer impulso, al despertar sobresaltado, había sido alargar la mano para apoderarme del monstruo que me amenazaba.

Mientras estuve soñando creí que aquel animal era un cangrejo; mas a medida que fui recobrando los sentidos, me convencí de que el sueño que había tenido era un absurdo. Mas, ¿por qué había de serlo? ¿Por ventura no era posible que en la sentina se alojara alguno de aquellos crustáceos, traído con el lastre, o por algún marinero como objeto de curiosidad? Si fuese esto último, era necesario creer que, escapado de manos del que lo habría traído, buscó refugio en

algún rincón del buque, en el fondo del cual hallaría alimento en el agua que se acumula en la sentina, a menos que los cangrejos, a semejanza del camaleón, se alimentaran solamente de aire.

Después de reflexionar un rato esta idea, pues si bien en el fondo de mi escondite había dos hoyos muy a propósito para poderse albergar un bicho de aquella naturaleza, ¿era posible creer que un animal de tan tardos movimientos, si realmente hubiese caminado sobre mi brazo, hubiera podido substraerse a la vivacidad de mi impulso por agarrarlo? Luego era imposible que se albergara en mi celda, y no obstante abrigaba la convicción moral de que algo había pasado por encima de mí durante mi sueño.

En cuanto al sueño que tuve, nada tenía en sí de particular que me hubiese asaltado; era la reminiscencia de las dolorosas sensaciones que me habían acometido durante el temporal.

Consultado mi cronómetro observé que había dormido el doble de lo ordinario; es decir, diez y seis horas; ¿qué extraño era, pues, que tuviera tanto apetito? Precipitéme ansiosamente sobre las galletas, y lejos de satisfacerme con las exiguas proporciones de mi ración, sólo pude acallar el hambre suministrándome una ración cuatro veces mayor de lo que permitía la justa previsión del porvenir. El mareo, según dicen cuantos lo han padecido, despierta el apetito; si yo hubiese dudado de está afirmación, entonces me habría persuadido plenamente de ella, pues sin el veto que me impuso la prudencia, creo que hubiera engullido media caja.

Con pocas tempestades como aquella que sufriera durante la travesía estaba perdido.

Teniendo tanta sed como apetito, bebí dos o tres raciones; semejante despilfarro no me inquietaba en lo más mínimo, porque aquel elemento me sobraba para mi consumo hasta el fin del viaje. Verdad es que a causa de la deficiencia de los medios con que contaba, al quitar y poner el tapón, y sobre todo al beber, se vertía mucho liquido, y semejante pérdida me llegaba al corazón.

Más de una vez se me ocurrió hacer servir de vaso a uno de mis zapatos, pero la repugnancia del instrumento me hizo desistir de mi idea. Por último, me eché la cuenta de que el agua lo limpia todo, y de que bien mirado, allí no necesitaba estar calzado, y ya me disponía a prepararme aquel vaso de nuevo modelo, cuando se me ocurrió otra idea que puse en práctica en seguida.

Me había fijado en que la tela que me servía de alfombra, colchón y abrigo era impermeable, pues el agua que al abrir la pipa se derramaba por ella, en vez de filtrar, se conservaba en la superficie, de donde la sacudía como pudiera hacerlo estando en un plato. Así, pues, corté un trozo de aquella utilísima tela y, como Dios me dio a entender, me construí una especie de embudo que sirvió admirablemente al objeto a que lo destinaba, y que en aquella ocasión tenía para mí más valor que el que pueda tener el más rico vaso de Bohemia, o una taza del Japón. Desde aquel momento pude beber con toda comodidad y sin que el chorro me mojara las narices o

el pecho y sin el peligro de asfixiarme a que me exponía la violencia con que el agua salía.

XXXV
DESAPARICIÓN MISTERIOSA

Tanto había almorzado, que me propuse formalmente no comer; y así lo hubiera hecho, si no hubiese sido por el apetito, que me hizo variar de propósito. Aun no habían transcurrido tres horas desde que había terminado mi almuerzo, cuando me sorprendí en flagrante infracción de mi estrecha regla, buscando a tientas la abertura de la caja. Tal vez quise engañar, a favor de la obscuridad, mí celosa previsión; pero el resultado fue que cuando me vituperé el desaguisado ya había hincado el diente a una galleta; era la quinta en pocas horas. Sin embargo, quise enmendar mi falta comiendo tan sólo la mitad de ella, que acompañé con un buen trago, y guardando la otra mitad para la cena de aquel día.

Tal vez ustedes se habrán extrañado de que teniendo tan cerca una pipa de aguardiente, ni una sola vez se me ocurriera beber de ella. A la verdad, nunca he sido muy aficionado a los licores, y el que tan a mano tenía, era de una calidad tan inferior, que bastóme probarla el día que lo descubrí, para

que se me quitaran las ganas de volverlo a catar. Aquel día sorbí la escasa cantidad que me cayó en los labios al ir a cerciorarme del contenido de la pipa, y creí que no tendría suficiente agua en la otra para calmar el ardor que en la boca y garganta me produjo.

Cuando el reloj y estómago me anunciaron la proximidad de la noche, me dispuse, como era natural, a cenar, antes de acostarme.

Esta última tarea diaria era muy sencilla, pues consistía primeramente en dar un cuarto de conversión, y en tirar luego desde los pies a la cabeza dos dobleces de la tela, que me servía de abrigo para resguardarme del frío.

Durante la primera semana sentí un frío de mil diablos, porque habíamos salido en invierno; el hallazgo de aquella tela fuéme, pues de gran utilidad; mas su necesidad fue poco a poco desapareciendo a medida que navegábamos. Precisamente recuerdo que aquel mismo día a que me refiero era tan tibia la atmósfera de la sentina, que casi no tuve necesidad de abrigarme.

En un principio, tan brusco cambio en la temperatura me sorprendió; mas bastóme reflexionar un poco para explicármelo satisfactoriamente.

-Tal vez -me dije- nos dirigimos al Sur y quizá nos hallamos ya a poca distancia de la zona tórrida.

Verdad es que yo por entonces no estaba muy bien enterado de lo que significaba zona tórrida y trópicos; mas por el momento bastóme con recordar que los trópicos están situados al mediodía de Inglaterra, y que en ellos hace un

calor más intenso que en las más calurosas horas del estío puede hacerlo en nuestro país. Esto lo había oído contar en más de una ocasión a los marineros; y además, que el Perú es un país meridional; por ahí sacaba yo que para llegar a ese país se debía franquear necesariamente tan ardiente zona.

Así me explicaba el calor que ya se dejaba sentir en la sentina; hacia dos semanas que viajábamos, y suponiendo que el *Inca* no hubiese hecho más que doscientas millas diarias, andar moderado para un buen buque, debíamos hallarnos ya bastante lejos de Inglaterra, y, por lo tanto, haber cambiado de clima.

Sumido en estas reflexiones había pasado la tarde y la velada hasta que llegué a la conclusión que les he anunciado en el momento en que el reloj me anunció la hora de la cena. Empecé, pues, por sacar mi ración de agua a fin de no comer la galleta seca, y luego extendí la mano para tomar la mitad de la galleta que tenía reservada. Paralelamente a la viga que sostenía la sentina y que estaba situada encima de mi cabeza, había una especie de tablilla en la cual solía guardar el cuchillo, el vaso y la varita que me servía de calendario. Conocía tan bien aquel rinconcito que con sólo alargar la mano alcanzaba el objeto que deseaba. Juzguen, pues, de mí admiración al ver que no estaba la media galleta que tenía la seguridad de haber colocado allí.

Los demás objetos estaban exactamente como los dejara, mas no el precioso trozo de galleta con el que contaba para la colación nocturna.

Para asegurarme de que allí, no en otro sitio, lo había dejado, registré minuciosamente mi celdita. Todo lo examiné, hasta mis zapatos, que no llevaba puestos y que se hallaban al lado de mi cama.

Ya menos me admiraba la desaparición de la galleta que lo chocante del hecho; ¿dónde había ido a parar mi cena?

Hubo un momento en que llegué a creer firmemente que me la había comido, cosa que para ser tan olvidada debía haber sucedido en una ocasión en que estuviera muy distraído. Siendo así, era exactamente como si no la hubiese probado, pues ni mi memoria conservaba de ello el recuerdo, ni el estómago el provecho, toda vez que a grito pelado me reclamaba la parte de ración que para aquella hora le estaba prometida.

Hice todo lo humanamente posible para recordarme, o bien del sitio en que podía encontrarse, o bien de la ocasión en que me la había comido; mas el hecho era que ni se encontraba, ni yo tenía de tan inusitado piscolabis el menor recuerdo. Culpa era mía, en todo caso, de haber comido la codiciada galleta sin parar mientes en ello, y muy cara pagaba mi distracción quedándome sin cena aquella noche.

El castigo que me impuse fue duro y costóme no poco someterme a él. Durante largo rato vacilé entre los estimulantes consejos de mi apetito y la fría voz de la razón que me hacía ver el porvenir con el aspecto horrible del hambre, hasta que venciendo esta última, me revestí de energía, y apartando bruscamente la mano que ya buscaba la

abertura de la caja, tomé la resolución de tumbarme en mí camastro, muy dispuesto a dormir y no cenar.

XXXVI
EL INTRUSO ASQUEROSO

La misteriosa desaparición de la galleta no se apartaba de mi imaginación ni me permitía conciliar el sueño; y llamo a aquélla misteriosa, porque cada vez estaba más seguro de no habérmela comido. Preciso era buscar alguna otra explicación a lo ocurrido; mas no acertaba con ninguna, pues hallándome solo en la sentina, era locura imaginar que alguien había podido arrebatármela. Mas de pronto recordé el cangrejo que en sueños había visto, y en cuya realidad había llegado a creer hasta después de estar despierto.

Naturalmente, la galleta no constituiría su alimento favorito; mas hallándose también en el fondo de la sentina, en donde, seguramente, no lo pasaría con holgura, lógico era creer que en punto a la elección de su pitanza sería igualmente tan poco exigente como yo.

Estas reflexiones me tuvieron desvelado casi toda la noche; y cuando, por último, me dormí, tales pesadillas me asaltaron, que a cada cinco minutos despertaba sobresaltado.

En una de esas penosas interrupciones de mi sueño parecióme oír un ruido muy distinto de aquellos a que mis oídos se habían acostumbrado dentro de mi escondite; ruido que al principio llegué a confundir con el pausado y regular tic-tac de un reloj. Mas fijándome con más atención, observé que procedía del rincón en que tenía guardados mis zapatos. ¿Acaso el cangrejo habría hecho presa en ellos?

Para cerciorarme del hecho, medio incorporéme en la cama, y me puse en acecho para poder sorprender al ladrón, pues fuere cual fuese su naturaleza, ya no dudaba que existía uno en mi celda, y que él era el autor de la desaparición de mi galleta. Con el ruido que hice cesó el rumor que yo oyera; mas al poco rato se renovó y ya entonces me convencí de que estaban jugando con mis botas.

Levantéme con el mayor sigilo, y aunque el ruido cesó de nuevo, extendí la mano a los zapatos segurísimo de sorprender al ladrón: nada encontré: en vano di vueltas a las botas y a cuantos objetos se hallaban a su alrededor: no hallé el menor indicio de la presencia del presunto intruso.

Presa de gran ansiedad estuve largo rato con el oído atento al menor rumor; empero, nada vino a turbar la quietud que de nuevo reinaba, y volví a dormirme, aunque con igual agitación y sobresalto que antes, pues entre sueños volví a notar el rumor que tanto me preocupaba. Despertóme, puse atención, y aunque me persuadí de que realmente existía, bastábame hacer el ruido más imperceptible para que cesara completamente.

Hice aún varias tentativas para sorprender al animal en su tarea roedora, mas por mucha precaución y rapidez que empleara en mis ataques, al alargar las manos siempre caían en el vacío.

-¡Ah! -exclamé por fin-; ahora me explico por qué no puedo pescar a ese condenado que turba mi reposo. No es un cangrejo, sino una rata quien se me comió la galleta, y ahora las emprende contra mis zapatos; y preciso era haber estado tan preocupado como lo estaba yo por efecto de la pesadilla para no haber reconocido al asqueroso roedor en el animal que con tanta ligereza se me escapaba... ¡lástima de tiempo empleado en perseguirle y de sueño perdido!

Y así diciendo apoyé la cabeza en la almohada con la firme intención de desquitarme con un sueño profundo. No bien hice este propósito, cuando nuevamente renovóse el ruido. Era indudable que el animal roía mi calzado; comprendiendo, en el ardor con que trabajaba, que sería pronto considerable el daño que iba a ocasionarle, resolví impedirlo, por más que mis zapatos no me sirviesen por el momento para maldita la cosa.

Con esta idea me precipité sobre él, y aunque no pude tocarle ni el rabo tan siquiera, comprendí que se había ido a guarecerse detrás de la pipa de aguardiente pasando por un hueco que quedaba entre ella y la obra del buque.

Entonces tomé mis zapatos y los examiné detenidamente. Con pesar vi que les había hecho tan enorme brecha, que por sus dimensiones y el tiempo escaso que en la

tarea había empleado, deduje que no sería uno sólo, sino varios los ratones que me habían visitado.

No sólo con la idea de que me dejaran en paz, sino con la intención de que no me destruyeran completamente el calzado, los coloqué cerca de mi cabeza, tapándolos con una punta de la tela de mi almohada; después de lo cual me dispuse a entregarme al sueño.

La fatiga y la recuperada tranquilidad hicieron que esta vez me durmiera profundamente, cuando no tardé en sentir en las piernas una sensación particular, algo parecido a la presión de las patas de un bicho sutil.

No obstante, permanecí inmóvil, ansioso por reconocer la causa que la producía,.

No tardó mucho en averiguarlo: era el atrevido ratón el autor de aquella nueva importunidad, aunque muy a disgusto resolví no pestañear siquiera con objeto de que se me pusiera al alcance de la mano, única manera de apoderarme de él y darle un fuerte puñetazo que le sirviera de escarmiento.

Durante un buen rato el ruido cesó; mas al poco tiempo empecé a creer que al cabo mi expectación no se vería defraudada, porque sentía una ligera ondulación en la tela con que me cubría. Pronto la ondulación se hizo más sensible, y hasta creí notar el roce de unas patitas; el animal paseábase ya sobre mis rodillas; le tuve en seguida en el muslo, y aunque me pareció que pesaba más que un ratón, no me preocupé de ello, y descargando mi mano levantada, pronto oprimí fuertemente entre los dedos... ¡horror! una enorme rata.

XXXVII
REFLEXIONES

No pueden ustedes formarse idea de la inesperada y desagradable sorpresa que experimenté el asqueroso animal no quiso que ni un instante dudara de que era una rata de agallas y empedernida, pues a pesar de que el solo tacto de su vello fino y sedoso y su gran tamaño me lo anunciaban sobradamente, quiso confirmar el testimonio de mis sentidos dándome un mordisco que me atravesó el pulgar de parte a parte, y lanzando un chillido agudísimo que me puso el pelo de punta.

Asqueado y horrorizado, arrojé contra la pipa que en el fondo de mi escondite había al odioso roedor, y fui a parapetarme en el rincón opuesto escuchando ansiosamente sus movimientos. Nada oí que me los revelara, de lo cual colegí que se había ocultado en su agujero: probablemente estaría tan asustada como yo, aunque no lo creo tan fácil, pues la prueba de que su terror no había igualado al mío la tenía en la dentellada que me dio, mientras que yo había perdido toda mi presencia de ánimo.

En la lucha rápida que entre los dos se había trabado, la victoria correspondía a ella por completo; quedando para mí la desazón y el dolor de una herida por donde manaba la sangre abundantemente.

De muy buena gana le hubiera perdonado la vergüenza de la derrota y hasta los dolores que me producía la mordedura, si dándose por satisfecha con este desquite hubiese renunciado a atacarme de nuevo.

Pero la idea de que tal vez se preparaba a embestirme otra vez, enfurecida por mi osadía y alentada por su triunfo, me ocasionaba un grandísimo malestar.

Por mucho que ustedes se admiren, no por esto dejará de ser cierto que siempre he sentido por las ratas una invencible antipatía, que bien podría calificar de miedo instintivo. Este sentimiento experimentábalo a la sazón en grado sumo, y por más que después de aquella época me he encontrado en presencia de animales mucho más temibles, no recuerdo que haya sentido un miedo parecido al que entonces sufrí al contacto con la rata. Y tratándose de este inmundo roedor, al miedo se me une el asco, aunque en rigor aquél no carece de fundamento, pues ha sucedido muchas veces que niños y hasta personas mayores se han visto acometidos por las ratas, y lo que es muy horrible, está comprobado que estos asquerosos omnívoros han llegado a devorar a heridos, enfermos y valetudinarios.

Cuantos hechos de esta naturaleza había oído contar, acudieron entonces en tropel a mi memoria; así es, que ya no era miedo lo que sentía, sino profundo terror. Cierto es que

la rata que tuve entre los dedos era tan grande que justificaba el miedo que se apoderó de mí.

Apenas me repuse un tanto de mi primera sorpresa, corté una tira de mi camisa y me vendé la herida, cuyo dolor iba aumentando gradualmente, pues en realidad los dientes de la rata no son menos venenosos que la cola del escorpión.

Creo inútil decirles que no pude pensar en dormir. Sin embargo, a la madrugada me quedé un poco dormido; mas la pesadilla que me asaltó fue tan angustiosa, que desperté al poco rato lleno de terror y sobresalto.

Mientras estaba despierto, toda mi atención se hallaba puesta en escuchar si la inmunda rata daba muestras de volver. Así se pasó toda la noche, y viendo al fin que no volvía, empecé a creer que tal vez el estrujón que había sufrido entre mis manos le quitaba las ganas de una nueva acometida. Acogí de buen grado este feliz augurio, y fue una fortuna para mí que se me ocurriera, porque sin la esperanza y la tranquilidad que inspiró a mi corazón, me hubiera sido imposible descansar.

Desde que por mi desgracia descubrí al nuevo huésped, quedaban completamente explicados la desaparición de la galleta y el gran desperfecto causado en mi calzado. Era, pues, indudable que la terrible rata había visitado mi cuarto mucho antes que yo me lo advirtiera.

Desde aquel punto, un solo pensamiento me preocupó: ¿cómo podía impedir que volviera? ¿cómo me apoderaría de él, ahuyentarlo cuando menos? En aquel momento habría dado dos años de mi existencia por tener una ratonera o una

trampa cualquiera; y como allí no podía recibir de nadie aparatos tan preciosos para librarme de tan aborrecible vecindad, juzgué que lo mejor era inventar alguna estratagema que me produjera iguales resultados.

Inútilmente puse en prensa mi imaginación buscando ese medio; sólo uno veía, y ese era tan peligroso y repulsivo, que sólo al pensarlo se me ponían los pelos de punta; este medio consistía en dejarlo acercar como antes hiciera, y meterle la mano en el momento oportuno. Deseché este procedimiento cuyas fatales consecuencias me eran conocidas, y traté de hallar otro. Entonces, calculando que la rata se había introducido en el hueco que existía entre las dos pipas, juzgué que, en caso de volver, lo haría forzosamente por la misma abertura. Si, pues, cerraba con la tela que poseía todos los huecos que había en mi celda, el asqueroso intruso, en el caso de penetrar, no tendría más retirada que una, y ésa yo tendría cuidado de cerrársela también en el momento que le tuviera dentro de mi estrecho recinto. Verdad es que entonces yo mismo me encontraba en la misma trampa que la rata y que sólo una lucha desesperada entre los dos podía resolver por quién quedaba el campo. Como se ve, este procedimiento tenía mucho de comprometido. Indudablemente todas las ventajas estaban en mi favor; mas, ¡a cambio de cuántos mordiscos obtendría la satisfacción del vencedor!, y la herida que ya recibiera inspirábame escaso entusiasmo para acometer tamaña empresa.

¿Cómo arreglármelas, pues? Estuve pensándolo todo el resto de la noche, y dicho se está con esto que no pude cerrar el ojo.

Por fin, el cansancio pudo más que el temor, y aunque no dormí, caí en un profundo letargo, en el cual mi desbocada fantasía recorrió todo el angustioso panorama de las anteriores pesadillas sin que ninguna de ellas me revelase desgraciadamente la manera de poder deshacerme del maldito animal.

XXXVIII
TODO POR UNA RATONERA

Aquel sopor fue de corta duración, y ya me era imposible volver a conciliar el sueño, pues no podía abandonar el recuerdo de la rata; aunque a decir verdad, el dolor que me causaba la herida era por sí solo suficiente para tenerme desvelado. Tenía toda la mano hinchada, y el dolor, que era asaz penetrante, me llegaba al brazo. El único remedio que tenía a mi disposición era la paciencia, y procuré aplicarme sendas dosis de ella, pues sabía que tarde o temprano la inflamación desaparecería. Dicen que una pena quita otra, y verdaderamente así deberá ser, porque el temor de que el inmundo animalejo volviera a visitarme era tan intenso y constante, que me hacía olvidar el mismo rigor de mi cruel herida.

Pronto hube de pensar con más empeño que nunca en la manera de apoderarme de la rata, porque poco después de haber despertado llegaron a mis oídos los primeros indicios de la proximidad del animal. El mar estaba muy tranquilo, así es que de cuando en cuando podía oír ciertos ruidos muy

característicos, tales como ligerísimos correteos por encima de una caja, y otras veces esos chillidos breves y estridentes peculiares de aquellos roedores. Estos chillidos, de suyo poco agradables, siempre me han atacado los nervios; mas en aquella ocasión me causaban un efecto horrible. Veo que ustedes se sonríen ante el relato de mis terrores, y, sin embargo, les aseguro que eran superiores a mi voluntad; presentía, y no sin fundamento, según verán ustedes después, que aquella rata amenazaba mi existencia.

Lo que más horror me causaba era la idea de que pudiese atacarme mientras estuviese yo entregado al sueño; en tanto que estuviera despierto inspirábame menos inquietud, porque por dolorosos que pudieran ser los resultados de la lucha, estaba seguro de que acabaría por matarla; mas pensar que se me podía echar encima y estrangularme mientras dormía, ¡oh!, esto me causaba un tormento incesante. Estar siempre despierto era imposible, y el peligro se acrecentaba empeñándome en no dormir, porque vendría un momento en que caería en un letargo profundo del que me sería menos fácil despertar. Pero en tanto la rata existiera me hubiera sido imposible dormir tranquilamente. ¿Cómo, pues, lograría deshacerme de ella?

Tan obtusa tenía la inteligencia en aquella ocasión, que sólo supo inspirarme, al cabo de tantas combinaciones, el menguado recurso de lanzarme sobre ella y ahogarla entre mis dedos. Si hubiera tenido la seguridad de agarrarla por el gaznate, claro está que el expediente, aunque repugnante, era expedito y seguro; mas, ¿cómo podía conseguir esto,

teniendo que asirla en medio de las tinieblas? entretanto, ella se aprovecharía de mi incertidumbre y torpeza para morderme a su gusto. Aun sin esta dificultad había otra no menos grave, y consistía en el estado de mi mano, que me impediría apretar eficazmente el pescuezo de la rata llegado que hubiera el instante supremo.

Si hubiese tenido unos guantes fuertes para proteger mis manos, la cosa habría variado de aspecto. Al pronto deseché esta idea como ridícula en la carencia absoluta de todo elemento en que me encontraba; pero luego esta misma idea me sugirió otra que me agradó sobremanera. Cierto es que no poseía guantes, pero tenía zapatos con que cubrir las manos, y cuyas sólidas suelas servirían admirablemente para aplastar y estrujar a mi odiada enemiga.

Resuelto a hacerlo así si se presentaba ocasión para ello, los coloqué muy junto a mí, y me instalé cerca de la abertura por donde podía salir la rata; antes tuve buen cuidado de tapar todos los agujeros, y tenía mi chaqueta a mano para que, en el momento de colarse, pudiera cerrar el que le daba entrada. Entonces me calzaría mis improvisados guantes y daría de firme y como si fuer a sordo, pues palo de ciego desde luego lo era, hasta haberla hecho una tortilla.

Diríase que la rata aceptaba el reto, pues al poco rato de estarla acechando, conocí por el rumor ligero de sus pisadas sobre la tela que había penetrado en mi recinto. Dos veces sentí que se paseaba por encima de mis piernas; mas desatendiendo toda persecución estando el agujero abierto, procuré ante todo taparlo, y después, introduciendo mis

manos en los zapatos, me puse en actitud de acometer a mi enemiga.

Gracias a que conocía al dedillo todas las sinuosidades de mi cuarto, no tardé en ponerle la mano encima. Era mi idea, en cuanto hubiese logrado sujetarla con el peso de una mano, oprimir su cuerpo con el otro zapato, y así, bien asegurada, no cejar en mi opresión hasta dejarla hecha unas papillas. El plan era magnífico, pero los resultados estuvieron lejos de corresponder a mis esperanzas.

Verdad es que durante un instante la tuve bajo mi zapato, pero antes de haber podido sentarle el otro habíaseme escurrido, gracias a la flexibilidad de la tela encima de la cual la había cogido. Al sentir la opresión, lanzó un chillido tan espeluznante que jamás se me olvidará.

Por segunda vez tropecé con ella en el acto de encaramárseme pierna arriba... pero, ¡cielo santo!, ¡se subía por dentro del pantalón!

Sentí un estremecimiento de horror por todo mi cuerpo; sin embargo, fuera de mí, a impulsos -del miedo y de la exasperación que tanta audacia me causaba, sacudí frenético los zapatos que sólo de estorbo podían ya servirme, y con entrambas manos agarré al inmundo animal precisamente en el instante en que Regaba a la rodilla. Impedíle que subiera más arriba; mas fue tanta la fuerza que empleó para escapar de mis manos, que llegó a aterrarme, a lo que contribuían no poco los agudísimos chillidos que lanzaba, a cada uno de los cuales sentía erizárseme el cabello. Sin embargo, no la solté; y como el grueso de mi pantalón no la dejaba revolverse contra

las manos que lo oprimían, hincó una y otra vez los fieros dientes en mi pierna, cuyas carnes hirió a mansalva, hasta que pude agarrarla por el gaznate. Aun así no soltó presa, y sólo al cabo de largo rato de apretarla frenético entre mis dedos crispados, no aflojó las mandíbulas, por cuya señal conocí que estaba muerta.

Asqueado y en un estado de agitación indefinible, solté el cadáver de mi enemiga, y sacudiendo con repugnante vivacidad la pierna la hice caer a mis pies; retiré la chaqueta de la abertura por donde había penetrado y fui empujándola con el pie hacia ella hasta dejarla fuera de mi cutrichil.

Aliviado del peso enorme que agobiaba mi ánimo, y rendido de cuerpo por la vela, el insomnio y las emociones de aquella singular lucha, tendíme en mi camastro prometiendo aliviar con un sueño tranquilo la pesadumbre de tan larga noche.

XXXIX
UNA LEGIÓN DE INTRUSOS

¡Cuán equivocado estaba! Haría escasamente quince minutos que lleno de buena fe y confianza, habíame entregado en brazos de Morfeo, cuando me despertó bruscamente un cosquilleo muy especial que me sentí en el pecho. ¿Era otra rata? Tal vez no lo fuera, pero todas sus trazas eran de tal.

Permanecí sin hacer ningún movimiento y el oído atento. ¿Estaría soñando? ¡Oh! no; en el momento mismo en que me hacía esta pregunta, creí notar el trotecillo ratonil que tan conocido me era, por encima del abrigo, y poco después lo sentí sobre mi propio muslo.

Incorporéme velozmente y llevé la mano al sitio indicado. ¡Qué horror! Mi mano cayó sobre otra rata no menor que la primera, que al sentirse agarrada pegó un brinco y se escabulló por el hueco maldito abierto entre las dos pipas.

Tan sobrecogido estaba y tenía mi imaginación tan llena de fantasmas merced al insomnio, a las tinieblas que me

rodeaban y al mismo recuerdo de los cuentos del hogar tan frescos aún en la memoria a la edad en que me hallaba, que de pronto y a pesar de la seguridad que en contrario podía caberme, creí que era la misma rata que habría resucitado.

Sin embargo, cuando estuve más despejado, comprendí todo lo absurdo de esta suposición; entonces creí mejor que el nuevo intruso sería el macho o la hembra del difunto, que, siguiendo sus huellas, vendría en su busca. ¿Y si tratara de vengarle?

Esta suposición acabó de despejarme completamente. Ya no había que pensar en pegar los ojos en tanto que existiera el nuevo enemigo.

Era de esperar que el asqueroso intruso, no atemorizado por una sorpresa de la que ningún daño había experimentado, volviera a introducirse en mi reducido refugio.

Seguro de esto y resuelto a hacer con él lo que hice con su predecesor, tomé las mismas disposiciones de antes, me agazapé al pie del agujero y esperé su llegada.

Pocos momentos después distinguí el ruido que producía mi enemigo por la parte exterior, y cierto rumor que atribuí al roce de alguna caja vacía contra las tablas del buque, pues no pude creer que tanto ruido lo causara tan diminuto animal. Además, parecíame que el intruso recorrería ya mis dominios, y como el rumor persistía en el exterior, no era posible que fuera producido por él, ya que no podía estar a un tiempo en dos sitios distintos.

De repente sentí que pasaba por encima de mi pie en tanto que su chillido procedía muy distintamente del exterior; tenía la seguridad de haberle sentido, y, sin embargo, lleno de vacilación, no acertaba a tapar el agujero temeroso de impedirle la entrada.

Por último, hirió mis oídos un chillido tan claro a mi derecha, que ya no dudé más, y cerrando apresuradamente el hueco, me apresté para despachar a mí nueva enemiga..

Aquella caza ningún placer me reportaba, pero, resuelto a toda costa a asegurar la tranquilidad de mi sueño, hice de tripas corazón, y lleno de poderoso aliento, exclamé: «¡A ella!» pero ¡horror de los horrores!, en vez de una rata era una legión entera la que había, invadido mi cuchitril; mis manos no caían sin tocar alguna; el suelo estaba cuajado de ellas, y enfurecidas por mi persecución subíanse por mis piernas, muslos y caderas, lanzando feroces chillidos que me llenaban de espanto y terror.

Estoy admirado de no haberme vuelto loco en aquella ocasión. Ya no pensé más en combatir ni sabía lo que hacía; saltaba y gritaba como un poseído, y milagro fue que me viniera a la mente la idea de apartar con el pie el obstáculo que cerraba el paso, pues sin esta medida que despojó mi celda, irremisiblemente hubiera muerto de miedo.

Los gritos que daba, los brincos y manoteos ahuyentaron la inmunda canalla, y cuando al cabo de un cuarto de hora, ya más tranquilizado, presté oído y reconocí mi cuarto, me convencí de que todas las ratas habían desaparecido.

XL
EL RATÓN ESCANDINAVO Y EL RATÓN NORMANDO

Juzguen ustedes el estado de mi ánimo después de convencerme de que tenía por vecindad un numeroso ejército de ratas, cuando una sola llegó a producirme una crisis tan tremenda. Y no había solamente las que invadieron mi escondite, sino que otras tantas, tal vez muchas más, habían quedado fuera, pues así se explicaba los continuos ruidos que al principio noté. Esto me trajo a la memoria que más de una vez había oído contar que en las bodegas de ciertos buques el número de ratas que en ellas se albergan es considerable. Asegúrase, además, que esos roedores son de la especie más feroz, en términos de que cuando el hambre las acosa, lo que sucede con frecuencia, acometen a quienquiera que se les ponga a su alcance, siendo completamente ineficaces para ellas gatos y perros.

Tales destrozos ocasionan en los cargamentos, que para el armador se convierten en una plaga.

En Inglaterra esta especie es conocida con el nombre de *rata de Noruega,* en razón de haberla introducido buques noruegos. Mas poco importa que su origen sea o no escandinavo; lo cierto es que hoy esa rata se halla esparcida por toda la tierra; y si realmente salió del Norte, hemos de reconocer que todos los climas le son propicios, porque en las regiones más cálidas de América prospera con una fecundidad asombrosa. Tan infestados se hallan de ratas los puertos de las Indias Occidentales, que en algunos puntos su destrucción es objeto de una lucha encarnizada; mas a pesar del continuo exterminio que en ellas suele hacerse, no por eso dejan de existir en legiones innumerables, siendo ordinariamente su asilo favorito los muelles de madera, como son muchos de los de aquellos litorales.

En general, estos roedores no son muy grandes; sin que esto sea decir que no se vean algunos cuyas enormes proporciones les constituyen una verdadera excepción de la regla común. Pero lo que más distingue a esas ratas no es ciertamente su corpulencia, sino su audacia, y su voraz apetito que, unidos a su fecundidad, las convierte en una verdadera plaga. Desde el instante en que la rata normanda se presenta en una comarca, se pasan pocos años sin que hayan desaparecido todos sus congéneres que la habían precedido en la ocupación de aquel suelo. No teme a garduñas ni comadrejas, contra las cuales lucha ventajosamente gracias, al número, a la masa que opone a estos sus temibles adversarios. Hasta los gatos la temen y esquivan toda camorra con ella, y el perro, si no ha sido educado de un modo especial

para dedicarse a este género de caza, no es más atrevido que el gato.

En la rata normanda se ha notado un instinto especial que la impulsa a no afrontar empresas que no le ofrezcan probabilidades de éxito. Así es que en aquellos lugares en que no hay muchas de ellas, se muestra medrosa y huraña, muy al contrario de lo que sucede en las comarcas nuevas, en donde su audacia es tal que llega a desafiar la presencia del hombre. En los trópicos, por ejemplo, ni se toma el trabajo de esconderse, viéndosela, durante esas noches ecuatoriales de claridad incomparable, dirigirse en grandes grupos hacia el punto de sus rapiñas, sin que el encuentro con un viajero las turbe en lo más mínimo. En semejantes casos se desbandan ligeramente a la proximidad de aquél, para volverse a reunir inmediatamente y a proseguir su camino ni más ni menos como si ejercieran una industria legal.

En la época a que me refiero, estos detalles me eran desconocidos; el solo instinto me aconsejaba entonces no fiarme de tan malditos vecinos, y ya podrán ustedes juzgar, por tanto, cuál sería la disposición de mi ánimo después que hube despejado mi camarote y experimentado hasta dónde alcanzaba la audacia de aquellos animales. Oíalos gruñir y pelearse a poca distancia de mí, y como temía a cada paso que de nuevo me acometieran para saciar en mis carnes su apetito, me asaltó un terror muchísimo más intenso que cuando me creí en peligro de ahogarme. Cualquier muerte me hubiera parecido dulce al lado de la que entreveía; pues a su

sola idea se me helaba la sangre en las venas y los pelos se me ponían de punta.

Permanecí de rodillas, en cuya posición me había encontrado el término de mi lucha con los roedores; y en vano me preguntaba de qué medios me valdría para librarme de tan feroces enemigos. Lo único que se me ocurrió fue el combatir el sueño, pues con sólo pensar que en tal ocasión podía ser atacado, creía sentir en mis carnes los agudos dientes de aquellos hambrientos animales. Mas, ¿cómo podría alejar el sueño de mis párpados, cuando el exceso de fatiga y de emociones me tenían falto de fuerzas? Mis ojos se cerraban ya a pesar mío, y preveía que mi sueño sería profundísimo, una espantosa agonía en mitad de la cual una dolorosa pesadilla, cualquiera podría paralizar mis miembros, no permitiéndome despertar sino cuando ya no había más remedio.

Me era de todo punto imposible luchar contra un enemigo tan numeroso, ni menos debía esperar su destrucción como cuando lo creía reducido a uno o dos individuos. Lo único que podía intentar en mi defensa, era impedirle que entrase en mi covacha, y a esto me resolví cerrando de nuevo todas las aberturas después de haber reconocido con sumo cuidado su interior. Sólo así podría disfrutar de relativa seguridad y entregarme a un sueño que por instantes me iba venciendo.

Más tranquilo con esta idea que deploré no habérseme ocurrido antes, fui tapando todos los huecos y rendijas, y en

seguida me tendí en mi lecho esta vez con la esperanza de disfrutar un sueño exento de temores y sobresaltos.

XLI
SUEÑO Y REALIDAD

No bien hube colocado la cabeza sobre la almohada, cuando me vi transportado al país de los sueños; y entiéndase que al decir país no quiero significar tierra, sino mar, pues al igual de mi primera pesadilla, figuróseme estar en las profundidades del Océano, rodeado de espantosos animales que se disponían a devorarme.

Con frecuencia aquellos gigantescos cangrejos se metamorfoseaban en ratas, y entonces me creía en plena realidad. Veía a mi alrededor una muchedumbre de estos innobles animales que con fieros ojos y mostrando los dientes me amenazaban. La única arma defensiva con que contaba era mi chaqueta, y aunque con ella repartía una granizada de golpes sobre los asquerosos atacantes, no les alcanzaba ninguno seguramente, porque lejos de ahuyentarlos, estimulaba su ardor para el ataque. Había una rata, sobre todo mucho más corpulenta que las demás, que con su ánimo y sus gritos los animaba para acometerme.

Sin embargo, observó que no era una rata, sino el espectro de la que había matado, y que gritaba a las demás: «¡Venganza!»

Conocí que mis fuerzas me abandonaban y que mi muerte era inevitable si no acudían en mi socorro, y aunque grité y dirigí mis miradas a todas partes demandando auxilio, a nadie vi, ni nadie debió haberme oído.

Seguramente notaron mi impotencia los feroces asaltantes, porque a una señal que dio el espectro de mi víctima, toda la legión saltó sobre mi manta y vime oprimido, rodeado, agobiado bajo el peso de aquella inmunda plebe. Quise hacer un esfuerzo supremo, pero el espacio que barría mi chaqueta nuevos asaltantes lo llenaban, y otros en número infinito se empujaban y surgían por todos los ámbitos de aquellas profundas tinieblas.

Era inútil resistir; mis brazos, inertes, cayeron, y la masa de aquellos inmundos animales adhiriéronse a todo mi cuerpo como enjambre de abejas a una rama, y su peso, después de haberme hecho bambolear, me hizo caer pesadamente. Aquel golpe fue mi salvación, porque las ratas, asustadas por el ruido, se alejaron de mí rápidamente.

Este desenlace, que no me supe explicar sino después que mis ideas se hubieron aclarado, me causaron gran alegría. Entonces vi que aquella lucha había sido un sueño, del que volví en mí por efecto de la emoción que me produjo la caída. Mas mi contento fue de poca duración; no todo lo que había soñado era pura ilusión, porque algunos rumores que sorprendí en el interior de mi camarote y la presión de unas

patas que rápidamente cruzaron por mi cara, me demostraron que no fue todo sueño la acometida de las ratas.

Fue para mí un nuevo motivo de alarma y terror el misterio que envolvía su reaparición. La chaqueta se hallaba en su sitio, tal como la había dejado, como fácilmente lo reconocí al echar mano a ella, para barrer nuevamente mi tétrica y nada pacífica morada. Esto último logrélo fácilmente gritando y golpeando del modo que antes hiciera y que tan buenos resultados me dieron; mas esta vez quedé más profundamente descorazonado que entonces, porque acababa de ver cuán inútiles habían sido mis preocupaciones, y cuán frágil e irrisoria mi confianza.

Muy pronto averigüé por que sitio habían penetrado las ratas; y aunque pude atribuir la causa a insuficiencia del tapón que seguramente habría sido roído, no por esto quedó más tranquilo. ¡Pero qué obstinación la de aquellos viles roedores! ¿Cuál podía, ser el motivo de su empeño en penetrar en mi cuarto, en donde eran recibidas a golpes y había perecido una de ellas, que el ansia feroz por devorarme?

Inútilmente torturé mi espíritu por hallar a su conducta una explicación que pudiera serme menos peligrosa; la idea de que querían devorarme se arraigó en mi alma, y ante tan desconsoladora convicción sentí renacer todo mi abatido dolor. Sólo una hora había dormido, pero antes que pensara en entregarme nuevamente al sueño era de todo punto indispensable que reparara y aumentara los pocos medios de defensa que poseía, contra la inminencia de asaltos sucesivos. Quité, pues, y restablecí, dándoles mayor solidez, todos los

tapones que cerraban los huecos por donde se introducían mis feroces enemigos, y no contento con esto quité nuevos paquetes de la caja, con los cuales cerré las grietas que había en las tablas, y el reducido espacio que había quedado abierta del boquete por donde me había colado en mi escondite.

Cuando hube terminado mis preparativos me consideré en seguridad y renació mi confianza, porque no quedaba agujero por donde las ratas pudieran introducirse en mi escondite. Aquella barricada no ofrecía más inconveniente que el aislarme de la caja de galleta que quedaba situada fuera del recinto bastionado. Afortunadamente había reparado en ello antes que las obras de defensa estuviesen terminadas, así es que saqué del interior de aquélla provisiones para dos semanas, agotadas las cuales, y adoptando todo género de precauciones, quitaría el obstáculo que de ella me separaba y me aprovisionaría por otro espacio igual de tiempo.

Dos horas empleé en aquella tarea; y cuando terminé y me creí en seguridad contra las ratas, me dispuse a entregarme al sueño, muy seguro esta vez de que ni sería turbado ni de corta duración.

XLII
SUEÑO PROFUNDO

No quedé defraudado en mis esperanzas, aunque de mi sueño de doce horas no obtuve todo el reposo que debía prometerme, porque me asaltaron horribles pesadillas, en las cuales sostuve descomunales peleas contra cangrejos y ratas.

Creo que tanto hubiérame valido no dormir, si bien es cierto que la tranquilidad de un despertar no turbado por la presencia de mis huéspedes aborrecidos compensó sobradamente mi fatiga.

A partir de aquel día en que di tan sólida consistencia a mis fortificaciones, lo pasé en la más completa tranquilidad, y no hay que decir el dulce bienestar que experimentaba mi ánimo perturbado.

Durante las tranquilas horas que reinaron en aquellos días, oí mis ratas correr de un lado para otro, brincar por encima de las cajas cuya sonoridad aumentaba el estrépito de sus veloces carreras, royendo las mercancías y lanzando agudos chillidos, a veces rabiosamente como si sostuvieran feroz lucha entre sí. Por fortuna, desde que me creía

inaccesible a sus ataques, oía sus gritos sin la menor inquietud.

Aquellos sólidos tapones con que había protegido mi reducida cárcel, si bien es cierto que me resguardaba eficazmente contra invasiones temibles, era, por lo demás, una causa de profundo malestar. El calor que se respiraba en mi cutrichil no se podía aguantar, porque ni un soplo de aire procedente del exterior venía a renovar la atmósfera de fuego que en él se notaba. Se conocía, por la calma profunda que reinaba, que debíamos encontrarnos en el ecuador o por lo menos en los trópicos, pues el viento es mucho menos fuerte bajo esta latitud que en la zona templada. Sin embargo, tuvimos una tempestad que duró veinticuatro horas, y durante la cual temí más de una vez que el buque se iría a pique.

Ya no sentía el mareo, pero me vi zarandeado tan terriblemente por el balanceo del buque, que despidiéndome con violencia de las pipas a la banda y de ésta a las pipas, me dejó todo molido.

Cajas y pipas entrechocaban, y a cada uno de sus movimientos se aflojaba la sólida compresión de sus tapones, hasta que acababan por saltar; entonces temía que las ratas invadieran mi camarote, y dando tumbos y traspiés y entre sendos porrazos que acababan de magullarme, corría, o, por mejor decir, me arrastraba de uno a otro boquete para ir reparando el daño que causaba a mis parapetos la instabilidad de la estiba.

Al fin y al cabo, más cuenta me tenía ocuparme en aquello que permanecer con las manos cruzadas, pues la ociosidad, con todas las lúgubres ideas que evocaba en mi fantasía, me era más fatal que aquella vertiginosa actividad con los mismos descalabros que a mi humanidad ocasionaba.

El resultado fue que los dos agitados días que pasé a consecuencia del temporal fueron para mí más breves que los días de calma chicha en que disfrutaba de una completa inmovilidad.

Veinte días habían transcurrido desde que había echado mis cuentas para el porvenir, y pasado el balance de mi caja de provisiones según el cómputo de mi almanaque, pues si hubiese tenido que apreciarlos por su duración hubiera creído que había pasado un trimestre.

Durante este tiempo sometíme estrictamente a la tasa que me había impuesto, y eso que más de una vez sentíme con ánimos de tragar de un solo envite la ración de una semana. ¡Cuánta fuerza de voluntad costóme el observar rigurosamente aquella regla! ¡Cuánto valor necesitaba desplegar cada mañana al dividir en dos mitades mi galleta, para soltar la que estaba destinada para la noche! ¡Con cuánta pena la desprendía de los dedos, a los que parecía pegarse, y sofocar los estímulos de mi estómago que a gritos me la reclamaba! Sin embargo, siempre vencí mis deseos, excepción hecha del día que siguió a la primera tempestad, en que, como ya les he dicho a ustedes, me comí cuatro raciones de un tirón.

Nada digo de la sed, porque mi provisión de agua era tan abundante, que algunas veces ni llegué a beberme toda la ración que me había asignado.

En esto estaba cuando consumí la reserva de galleta que había introducido en mi camarote. Alegróme no poco engullir su último bocado, porque aquello me probaba de que el tiempo transcurría y con él se acercaba el término de mi prisión.

Así, pues, me dispuse a retirar la pieza de tela que me separaba de mi almacén, del cual pensaba sacar otra provisión para una quincena y volver a cerrar sólidamente mi escondite.

¡Qué cosa más extraña! ¿Por qué se me oprimía el corazón a medida que me acercaba a la preciosa caja en que estaba encerrada mi vida, mi única esperanza? ¿Era acaso por efecto del rumor tan conocido que en aquel momento hería mis oídos? Sin embargo, aquel ruido que me había perseguido continuamente en mi soledad desde la aparición de la primera rata, procedía a la sazón de la misma caja, y a esto era debido que me acometiera tan súbita inquietud.

Después que hube separado todos los obstáculos, me acerqué temblando a la caja, y lleno de ansiedad introduje las manos en su fondo.

¡Oh decepción! ¡la caja estaba vacía!

¡Ah!, no; no estaba vacía; mi trémula mano sintió el contacto de un cuerpo blando y sedoso que huyó súbitamente; ¡era una rata! Aparté la mano horrorizado, y un temblor nervioso agitó todo mi cuerpo.

No una, sino un sinnúmero de aquellos animales llenaba por completo la caja, y pude oírlas correr espantadas en todas direcciones, en medio de un estrépito y unos chillidos que me llenaron de pavor.

Pronto quedó la caja libre de su presencia; mas ¡ay! también lo estaba de las galletas que contenía; sólo dejaron un montón de migajas que poco hubiera tardado en desaparecer.

Aquel descubrimiento me dejó más muerto que vivo.

Bien fácil era vaticinar las consecuencias que surgirían de tan espantoso acontecimiento; el hambre con todos sus horrores venía a cernerse nuevamente por mi lóbrega prisión, que amenazaba trocarse en tumba.

Los restos del festín que habían celebrado las ratas, podía sustentarme con dificultad una semana. Si hubiese llegado dos horas más tarde, ni aun este supremo recurso me hubiera quedado.

Transcurrido este plazo, ¿qué sería de mí?... Había que renunciar a toda esperanza; la muerte inevitable, fatal, me esperaba a la vuelta de una semana... ¡y qué muerte!...

Anonadado por tan horrible perspectiva, ni tan siquiera me acordé de adoptar las más triviales precauciones para evitar que volviesen las ratas a la caja. ¿Par qué había de impedírselo? ¿Acaso me libraría de la muerte con prolongar mi existencia algunas horas? Vivir bajo la amenaza de un falto tan horrendo, tan inevitable, ¿no era mil veces peor que la muerte misma? La idea del suicidio volvió a anidar en mi cerebro. Sin embargo, acabé por desecharla, porque por

desesperada que fuera mi situación en aquel momento, no lo era más, seguramente, que la primera vez en que se me ocurrió, y entonces como por milagro escapé a un fin que aun veía más inmediato. Esta reflexión y la esperanza de que en tan honda tribulación no me abandonaría la Providencia, diéronme algún consuelo, y lejos de pensar en precipitar el término de mis desdichas, me dispuse, por el contrario, a llamar en mi auxilio todas mis fuerzas y mi energía para resistir tan suprema prueba.

Sólo entonces revestíme de valor y me decidía alejar a mis terribles enemigas de la caja adonde iban acudiendo en numerosas bandadas, pesarosas, sin duda, de haber interrumpido tan fácilmente su prolongado festín.

Mis fortificaciones permanecían intactas porque los malditos roedores habían llegado hasta las galletas al través de la caja de tela que yo les había abierto. El estar enterados de la existencia de aquellas provisiones explicaba más que suficientemente sus obstinadas visitas a mi cuarto por el cual tenían cómodo acceso a ellas; así como explicaba el que no se acordaran después de mí, cuando, mediante un rodeo, pudieron llegar a la meta codiciada de su voraz apetito.

Lejos estaba yo de presumir las verdaderas intenciones de tan hambrientos animales, y menos aún de que por la espalda pudieran penetrar en mi preciosa despensa. Creíme a cubierto de sus ataques y muy feliz con poderme guardar de sus visitas, pero en mi aislamiento encontré el principio de mi ruina.

Era demasiado tarde para poner remedio a tan fatal error, y todo lamento acerca de él era, cuando menos, perfectamente inútil. Tal creí pasado el primer estupor, y estimulado por ese natural instinto que nos impone el deber de conservarnos, y desechando toda idea de suicidio, trasladé apresuradamente a mi cutrichil los restos salvadores de la voracidad de las ratas. Después me encerré de nuevo y me acosté para reflexionar en mi situación, mucho más precaria y sombría que nunca.

XLIII
EN BUSCA DE OTRA CAJA DE GALLETAS

Varias horas estuve entregado a mis reflexiones, sin obtener ningún resultado satisfactorio. Recaí de nuevo en mi pasado abatimiento, y un pensamiento fijo, inmutable, desconsolador, embargaba mi espíritu; la muerte que sobrevendría pasados los diez o doce días que a fuerza de privaciones podría hacer durar mis comestibles. Como ya había padecido hambre, conocía sus angustias, y asustábame tanto más el porvenir en cuanto no veía medio alguno de substraerme a él.

El abatimiento que siguió a tan lúgubres presentimientos paralizaba mi espíritu y me acobardaba; mis ideas eran incoherentes, y cuando por acaso las fijaba presentábanme ante mis ojos toda la intensidad de mi mal, y mi impotencia para procurar el remedio.

Sin embargo, al cabo de mucho tiempo ocurrióseme una reflexión muy natural que, tomando lentamente arraigo en mi espíritu, acabó por reanimarme con un destello de esperanza. «Si he encontrado -me decía- una caja de galletas, ¿por qué

no he de encontrar una segunda? y porque ésta no se halle al lado de la primera, ¿se ha de suponer que no está muy cerca de ella?» Dada la manera como se hace la estiba en los buques, esta idea nada tenía de extravagante y quimérica; y como en mi situación era suficiente un débil rayo de luz para deslumbrarme, con verdadero amor y entusiasmo di cabida en el corazón a esta remota esperanza.

Poseído de nueva energía y resuelto a llevar adelante mi investigación, tracé en seguida mi plan de campaña, por lo demás muy sencillo, y que consistía en abrirme paso al través de bultos y cajas con el único instrumento que poseía, el cuchillo, hasta dar con lo que buscaba. Cuanto más reflexionaba en este proyecto, más practicable me parecía, y es que se juzga de muy distinta manera de las cosas según que se esté en medio de circunstancias normales, o bajo el imperio de un peligro de muerte. En este último caso los ensayos más temerarios parecen la cosa más natural del mundo.

Desde este punto de vista yo consideraba mi empresa, y los sufrimientos y la fatiga desaparecían ante la perspectiva que se me ofrecía de sucumbir agobiado por el hambre en caso de permanecer mano sobre mano.

A la sola idea de que tal vez conseguiría lo que me proponía, mi corazón palpitaba de esperanza y de júbilo; mas si en caso contrario nada encontraba, ¿acaso no sería un bien relativo para mí emplear los pocos días que me quedaban de existencia en esfuerzos salvadores que ocuparían mi espíritu desviándolo de terribles presentimientos?

Encontrábame de rodillas y con el cuchillo en la mano, dispuesto a hacer uso de él con constancia y valor. ¡Oh precioso cuchillo! ¡Cuán inestimables servicios me prestó y cuán caro era a mi corazón!

Aquella altitud en que me encontraba; y que casi era la única que podía adoptar cuando no estaba acostado, debió sugerirme en tan solemne instante ideas de religión y piedad a que no estaba acostumbrado; mi espíritu, súbitamente elevado hacia el Altísimo, dirigióle una ferverosa plegaria, impetrando su ayuda en tan justa empresa y el éxito para mis desesperados esfuerzos.

Inútil es que diga a ustedes que mi plegaria no fue desatendida; ¿cómo, si no podría contarles lo que me pasó en trance tan cruel?

Ante todo quería saber lo que había detrás de la caja de telas que ya tenía medio desocupada, a cuyo efecto penetré en la de mis malogradas galletas, y guardando el cuchillo, que en aquel momento no me era necesario, empecé a tirar de los paquetes que encerraba.

XLIV
CONSERVACIÓN DE MIGAJAS

Empleé en este trabajo más tiempo y esfuerzos de lo que hubiera podido imaginar. Los paquetes, perfectamente embalados dentro de la caja, ofrecían una resistencia tal, que tuve que echar mano de todas mis fuerzas y habilidad para arrancar los más livianos. De pronto tropecé con dos de tales dimensiones, que no hubo medio de hacerles salir por la abertura que a costa de tanto trabajo había practicado; el estar las dos cajas tan juntas me impedía hacer saltar otra tabla, y para agrandar la abertura tenía necesidad del cuchillo, y esta tarea era sumamente entretenida y laboriosa.

Entonces se me ocurrió otro procedimiento que me pareció excelente, aunque luego me resultó desastroso. Tal fue la de tomar un extremo de la pieza y desarrollarla como medio de hacerla salir sin aquellos requisitos previos. En efecto, de este modo pude salvar la estrechura de la caja; más de dos horas empleé en esta tarea, y aún no la había terminado cuando un suceso gravísimo, cuanto inesperado, obligóme a suspenderla. Al volver a penetrar en mi reducido

departamento cargado con la tela que había sacado de la caja, encontréme con un sinnúmero de ratas que, habiéndose introducido en él, estaban engulléndose mis mermadas provisiones.

Afortunadamente llegué con oportunidad, pues del reconocimiento a que sometí mis comestibles, después que hube echado a los odiados intrusos, resultó que sólo algunos pedacitos habían desaparecido. Sí no hubiese tenido necesidad de volver a mi camarote para depositar la tela, todas mis provisiones hubieran desaparecido, y entonces mi perdición hubiera sido realmente inevitable.

Era absolutamente preciso poner en seguridad aquellas reliquias de las que pendía mi vida, a cuyo efecto las envolví en un trozo de tela que fui arrollando y luego até con un tira; hecho esto, coloqué el lío en un rincón, segurísimo de haber puesto a buen recaudo mis provisiones. Acto seguido volví a mi tarea.

Arrastrándome de rodillas, con las manos vacías unas veces y otras cargado de tela, iba y venía de la caja a mi cutrichil y de éste a la caja; podríaseme comparar a las hormigas en el momento de acarrear sus provisiones, hasta en la animosa laboriosidad que caracteriza a estos insectos tan previsores. El calor era sofocante, y el aire circulaba con más libertad que antes en mi camarote; copioso sudor inundaba todo mi cuerpo, y había momentos en que me sentía casi asfixiado. Empero impulsábame al trabajo la suprema necesidad de salvar mi existencia, y bajo su imperio

volvía de nuevo a empezar mi trabajo sin acordarme siquiera de tomar el más leve descanso.

Entretanto las ratas recordábanme a cada paso su presencia, pues tropezaba con ellas por doquiera y brotaban de todos los rincones, huecos y grietas, de las mil que ofrecían la carga y las tablas de la sentina. Muchas de ellas, en medio de sus carreras, pasaban por encima de mis piernas; pero, ¡cosa singular!, habían dejado de inspirarme el terror que antes me causaran, desde que comprendí que no a mí, sino a mis galletas, venían persiguiendo en sus audaces visitas a mi camarote. Además, había otra circunstancia, otro peligro mucho mayor que todos los demás, y que en la actividad febril que me inspiraba, no me daba lugar para entregarme a lamentaciones y temores más o menos quiméricos.

Cuando hube dejado completamente vacía la caja, decidíme a tomar algún descanso, mientras comía un bocado y apagaba la sed abrasadora que sentía. Afortunadamente el agua no escaseaba, así es que pude suministrarme una abundante ración que me pareció más dulce que el mismo néctar de los dioses, y me inspiró un agradable bienestar que recorrió todo mi cuerpo.

«¡Qué impresión tan distinta me va a producir ese mísero bocado de pan!» Eso iba pensando en el momento de adelantar la mano en la obscuridad buscando el envoltorio que contenía todo el tesoro... «¡Gran Dios!», exclamé viendo que aquellos inmundos animales habían vuelto y roído la tela con parte de mis provisiones. Pocos minutos habían bastado a las feroces ratas para hacer desaparecer más de una libra de

mis galletas, pues momentos antes me había acercado a examinarlas y aun se hallaban intactas.

Al ver aquello, mí desesperación no tuvo límites; ya no podía separarme de aquel rincón sin exponerme a perder el único escaso alimento que me quedaba.

Desde que había sacado aquellos mendrugos de la caja, salvándolos de una destrucción fatal, habían disminuido en una mitad. ¡Sólo tenía provisiones para una semana!

A medida que los peligros y las desgracias se amontonaban sobre mi cabeza, mi ardor aumentaba. En lugar de entregarme a la desesperación, resolví proseguir mi empresa con nuevos bríos, y como no podía abandonar mis galletas sin renunciar al limitado sustento que me ofrecían, resolví depositarlas dentro de la caja en que trabajaba, dispuesto a defenderlas a todo trance contra la feroz turba que poco a poco me había ido reduciendo a tan mísera situación. Coloquélas entre mis piernas, y presumiendo que no vendrían a arrebatármelas, me puse a desfondar la caja de las telas para poder examinar el contenido de la que le seguía.

XLV
NUEVA MEDIDA

Para conseguir mi objeto, empleé primero las manos y luego los pies, pero todo fue inútil: la tapa no cedía. Primeramente atribuí esta resistencia a la solidez de los clavos, mas luego caí en la cuenta que lo que la motivaba, eran unas fajas de hierro que protegían el fondo de la caja hice, pues, uso del cuchillo.

Mi objeto era levantar una de las fajas por un extremo para evitarme la difícil tarea de romperla o cortarla. La madera de la tapa era muy blanda., y a no ser por la posición incómoda en que yo estaba, hubiérala cortado con suma facilidad. Pero me hallaba estrechado por todas partes, sin contar con que el cansancio y la herida mal curada en mi dedo pulgar debilitaban considerablemente mis esfuerzos. La inquietud, el miedo y el insomnio me tenían febril, y, naturalmente, estas circunstancias, unidas al trabajo continuo en que había tenido que emplear la mano derecha para atender a mi defensa, no eran remedios a propósito para que se cicatrizara una herida.

De ahí resultó que trabajando tan lentamente hube de emplear muchísimo tiempo en arrancar una de las fajas de hierro de veinticinco centímetros de anchura, por dos y medio de espesor. A pesar de todo, vi coronados mis esfuerzos por el éxito, teniendo la satisfacción de verla ceder cuando, llegado el caso, la empujó con todas mis fuerzas.

Desgraciadamente mi triunfo no fue completo, pues al igual de lo que me sucedió cuando abrí la caja de galletas, tropecé con un objeto que me impidió dar a la abertura de mi tapa sólo un espacio de dos o tres pulgadas. Ignoraba por completo lo que venía detrás, y aunque me prometía un gran desengaño, no desmayé en mi trabajo. No es posible imaginarse lo que tuve que empujar, tirar y golpear hasta haber arrancado aquella ferrada tapa tan sólidamente adherida a las contiguas.

Sin embargo, antes de haber conseguido este resultado, pude venir en conocimiento de la naturaleza del objeto que imposibilitaba mis esfuerzos. Había sacado la mano fuera de la abertura, y el resultado de mi tanteo me dio a conocer la existencia de otra caja ¡ay! exactamente igual a la que con tantas dificultades desfondaba.

Mi desconsuelo no tuvo límites. ¿De qué me serviría abrir aquella nueva caja de telas? ¿Pero no podía contener otra mercancía, no obstante la identidad entre los embalajes? Quise convencerme de ello y nuevamente di comienzo al mismo trabajo que me era más penoso y difícil, no menos por mi cansancio y el poco espacio que tenía para mis movimientos, como por la falta de esperanza en su resultado.

Así que mi cuchillo hubo cortado la madera y hundióse en el interior de la caja, tropezó con un cuerpo blando cuya elasticidad me dio a comprender su naturaleza. Llevar más allá mi investigación era perder tiempo; juzgábalo así, y ninguna confianza me animaba, y no obstante, deseoso de adquirir una prueba material de lo que mi espíritu no ponía en duda, proseguí mi trabajo.

El resultado fue el que me esperaba; la caja contenía telas de lana.

Agobiado por la pena y la fatiga, el cuchillo cayéseme de las manos, y me dejé caer en un estado de insensibilidad casi absoluta.

No sé cuánto tiempo permanecí en este letargo; de él me sacó un dolor agudo que experimenté en el dedo y que atribuí al filo de mi cuchillo que, abierto como lo tenía, debía hallarse cerca de mí.

Ya más sereno, comprendí que no era debido al acero, sino a los dientes de una rata, el agudo dolor que me había sobrecogido.

Aquella dentellada despertó de nuevo mis terrores, quitándome completamente el pesado letargo en que había caído; aquella vez el ataque había sido muy personal y sin haberla provocado. Mi enemigo desapareció a consecuencia del brusco movimiento que hice, pero no era dudoso que volvería.

Era, pues, preciso no dormir más, estar en vela y empezar de nuevo la lucha; y aunque por momentos se iba debilitando mi esperanza de abandonar aquella prisión que

era a un tiempo mi sepultura, los pelos se me ponían de punta a la sola idea de que pudiera verme devorado en vida. Era indudable que iba a morir de hambre, pero esta muerte me causaba menos terror que la que recibiría de los dientes de las ratas.

La caja en la cual estaba metido era lo bastante holgada para poderme tender en ella; así es que, con objeto de no dormirme, resolví volver a mí cuarto en donde podría con más facilidad aislarme. Este, a consecuencia del cúmulo de telas que en él había ido introduciendo a medida que desembarazaba la caja, había quedado reducido a tan pequeñas proporciones, que con dificultad cogíamos yo y el paquetito de mis mendrugos.

Las piezas de tela, amontonadas al pie de las pipas de agua y de licor, protegíanme por este lado; sólo faltaba cerrar la parte opuesta según lo estaba antes. Hícelo lo más sólida y rápidamente que pude, y cuando hube terminado, comí un bocado que remojé con abundantes libaciones, y busqué en el sueño alivio a mis pesares y descanso para mi fatigado cuerpo.

XLVI
UNA PIEZA DE TELA

No pude dormir a gusto, pues los terrores del porvenir uníanse a las angustias del presente, y como, además, me asfixiaba dentro de mi reducido calabozo, la opresión que por la falta de aire experimentaba, venía a aumentar el horror de mi pesadilla. No obstante, no tuve más remedio que darme por satisfecho con aquel letargo a un tiempo breve y penoso.

Cuando desperté, tomé un bocado que casi no merecía ser honrado con el nombre de desayuno, porque después de terminado me creí tan en ayunas como antes. Mas ya que no era abundante la comida y el agua no escaseaba, llené el estómago de ésta, aunque, por lo demás, así lo exigía el hervor de mi sangre y el fuego que me abrasaba la cabeza.

A pesar de esto, no me desanimé, ni decayó mi esperanza de hallar la caja de galletas que buscaba. Sin embargo, en atención a haber tropezado con otra caja de tela, colocada junto a la primera que había descubierto, y presumiendo que tal vez la que estaba inmediata a las dos

contendría igual mercancía, resolví variar la dirección de mis exploraciones que nada me obligaba a llevar en línea recta.

Cargando con mis provisiones como hiciera la víspera, me dirigí a mi última etapa, y di de nuevo principio a mi tarea con esperanzas de mejor éxito; y tras de un rudo trabajo que la falta de espacio, mi debilidad y las heridas que tenía en la mano hacían en extremo penosa, logré hacer saltar la tapa de una caja vecina.

Introduje ávidamente la mano en ella y mis dedos tropezaron con una gruesa tela de embalaje. ¡Nueva decepción! Lleno de ardor y ansiedad corté una esquina del voluminoso objeto que la caja contenía, y en vez del precioso comestible que buscaba, encontréme con un enorme fardo de fino lienzo tan tupido y apretado, que fueron insuficientes todos mis esfuerzos para sacar ni una sola de las piezas de que se componía.

Entonces sentí que aquella caja no fuera de la misma naturaleza que la anterior, pues al menos en ésta pude sacar uno tras otro todos los paquetes que contenía, en tanto que en la que acababa de descubrir, era impotente para remover ni perforar aquel fardo que me ofrecía la consistencia del granito. Verdad es que podía cortarlo con el cuchillo, pero este era un trabajo que exigía ocho días, y mis provisiones no alcanzaban a tanto.

Estuve un rato indeciso, pensando en lo que debía hacer; empero, el tiempo era harto precioso para emplearlo en reflexiones, cuando por el contrario, sólo una rápida

determinación podían salvarle: volví a poner, pues, manos a la obra.

Estaba dispuesto a vaciar la segunda caja, desfondarla y ver lo que venía detrás de ella: como el boquete que había practicado era muy reducido, sólo al cabo de muchos ensayos y mayores esfuerzos logré sacar uno, después del cual los demás salieron con mayor facilidad a medida que la caja se vaciaba. Sin embargo, al igual de lo que me había sucedido en la caja precedente, tenía en el fondo voluminosos paquetes que no podían salir por el agujero abierto en la tapa. Entonces me valí del medio que ya me había servido la víspera, es decir, desenrollé la tela.

Llegó un momento en que tuve que suspender la tarea de desenrollar la tela para pensar en retirar la que tenía acumulada y que me embarazaba mis movimientos, y entonces comprendí el error en que había caído. El espacio de que yo disponía era insuficiente, y desplegando la tela, aumentaba considerablemente su volumen, sin contar con que érame imposible volver a introducirla en la caja, ni tampoco quitarla del sitio en que estaba. ¿Cómo me las arreglaría para librarme de aquel estorbo? No podía destruir, ni quemar, ni reducir aquella enorme masa que ya ocupaba totalmente mi cuarto y el reducido espacio que mediaba entre él y el pie de la caja, hasta el punto de paralizar mis movimientos. Estuvo en un tris que este nuevo obstáculo diera al traste con mi tan quebrantada entereza.

Pero comprendiendo que si apisonando bien la tela conseguía sacar otra pieza, podría atravesar la caja, me

reanimé un poco, pues todos mis anhelos consistían en poder llegar a la que seguía inmediatamente después. Si por mi mala estrella encontraba tela o lana también en el interior de ésta, entonces ya no habría que pensar en prolongar mi resistencia; no tendría más remedio que abandonarme a mi destino.

Fortalecido con la idea de que no se debe perder las esperanzas mientras quede aliento, emprendí de nuevo mi tarea con más ardor que antes.

Aún pude sacar de la caja dos piezas más, con lo cual casi quedó vacía; entonces pude penetrar en ella, y cuchillo en mano me dispuse a abrirme un paso.

Esta vez me vi en la precisión de practicar el boquete en el centro, pues en ambos costados de la caja quedaban paquetes que no había podido sacar. La diferencia en cuanto al trabajo no fue gran cosa, y al cabo conseguí hacer en la tapa un agujero, por donde pasé perfectamente mi mano. ¡Triste resultado de tanto trabajo! encontréme con otro fardo de tela.

Sin duda hubiera caído anonadado bajo el peso de aquella decepción, si el caerme hubiese sido posible. Pero oprimido como estaba por todos lados, no pude más que encogerme, privado de fuerza y resolución.

XLVII
¡EXCELSIOR!

De nuevo mi voraz apetito sacóme del sopor en que estaba sumido; el estómago reclamaba su alimento cotidiano y era preciso complacerle. Si no hubiera tenido necesidad de dirigirme a mi escondite para beber, hubiera, podido comer sin cambiar de sitio. Pero no llevaba conmigo el agua como el pan; así es que desde donde quiera que me hallara, tenía que encaminarme a mi cútrichil si quería saciar mi sed.

Para volver a él había sus dificultades; era preciso pasar por entre un montón enorme de tela que obstruía el paso, y tener cuidado al atravesarla de no irla empujando hacia el interior, pues podía llenarse completamente el cuarto y encontrarme en la imposibilidad de penetrar en él.

Mucho trabajo me costó llegar hasta la pipa; mas una vez que hube bebido y cerrada la entrada a las visitas de las ratas, recliné la cabeza en el montón de lana que se había formado en el fondo de mi celda y se apoderó de mí un profundo sueño: esta vez mi reposo no fue interrumpido.

Al día siguiente, cuando desperté, no sé a qué hora, porque con las tribulaciones de los últimos días no había dado cuerda a mi reloj, ni llevado la cuenta del tiempo transcurrido, comí un pedazo de galleta y bebí agua en gran cantidad; apagué la sed, pero no satisfice el hambre, y tan exigente se iba haciendo mi estómago, que sin el miedo que la muerte me causaba, y sin la desesperada energía que empleé para contenerme, allí mismo me hubiera engullido las míseras provisiones que me quedaban.

Sin embargo, tuve bastante fortaleza de ánimo para arrostrar tan dolorosa abstinencia, y resuelto a proseguir mis investigaciones, dirigíme a la caja últimamente perforada, con el vacío en el estómago y el desaliento en el corazón. Tan grande era mi debilidad, que no tenía fuerzas para sostenerme, y gracias si en el estado de postración a que me veía reducido, tuve la fuerza necesaria para abrirme paso al través de las piezas de lana que lo obstruían.

Uno de los lados de la caja estaba adosado al costado del buque; nada, pues, tenía que hacer por aquella parte, y encontré todos mis esfuerzos hacia la cara opuesta.

¿Para qué referir a ustedes los pormenores de mi nueva tentativa? Fue exactamente igual a las tres anteriores hasta en los resultados, aunque empleé mucho más tiempo que en ninguna de ellas; y cuando al cabo me encontré imposibilitado de dar un paso hacia adelante, oprimido, medio ahogado por los montones de lana que me rodeaban por todas partes, creí agotados todos los recursos para poder

substraerme a la fatalidad de mi suerte, nuevo y más profundo abatimiento se apoderó de mi alma.

Afortunadamente aquel acceso de desesperación fue de poca duración. Acudió a mi memoria, y fue para mí un rayo de luz que me iluminó en las tinieblas de mi espantoso infortunio, la palpitante historia de un valiente chiquillo que en otros tiempos oyera relatar, el cual, sepultado bajo un enorme montón de ruinas, llegó a salvarse de una muerte cierta, adoptando por divisa una frase latina, que viene a significar «¡Arriba!, ¡siempre arriba!»

-¡Arriba, pues! -exclamó yo-, y veremos si encuentro en esta dirección la luz y la vida de que aquí carezco.

Y acompañando la acción a la palabra, empecé a separar con la hoja de mi cuchillo la tapa superior de la caja en que estaba. En cuanto pude introducir las manos en el hueco que aquél había practicado, tiré hacia mi con todas mis fuerzas, pero... ¡Oh Dios mío! ¿Estaba condenado a sufrir eternas decepciones? Aquellos paquetes de blanda tela, y aquellos fardos tan duros respondíanme afirmativamente.

Restábame aún alguna esperanza; y eran las dos primeras cajas cuya parte superior no había, explorado; corrí a abrir sus tapas superiores, y en la primera encontré una caja de tela de lana y en la segunda un fardo de lienzo.

Desesperado, exclamé : «¡Señor! ¡Señor! ¿me has abandonado ?»

XLVIII
UN CHORRO DE AGUARDIENTE

Después de aquel exceso de fatiga, el sueño me rindió y dormí muchas horas. Al despertar, sentíme más animoso y ágil de lo que había estado desde hacía muchos días. A medida que la esperanza desaparecía, acrecentaba mi valor. ¿Acaso era esto una inspiración divina que me impulsaba a perseverar? Hasta entonces había sufrido las duras pruebas que sobre mí pesaban, sin murmurar y sin rebelarme contra Dios, y bien lejos de hacerlo en aquel instante en que toda esperanza parecía una horrible burla, bendije su misericordia y a ella me confié en tan desesperado trance. Hoy no tengo la menor duda de que a este sentimiento debo mi salvación; pues sin la resignación, la esperanza y el natural esfuerzo que me inspiró, hubiera sucumbido inevitablemente. Sentíme, pues, súbitamente serenado y animoso, y como mi situación en nada se había alterado, excepto en que me aguijoneaba más el hambre y en la pérdida de toda racional esperanza, debo atribuir a una influencia celestial el cambio favorable que en mí se operó.

No pudiendo atravesar las dos cajas que acababa de descubrir por carecer de sitio en donde colocar su contenido, pensé que aún me quedaban por tomar otras dos direcciones: la una al través de mi tonel de agua, y la otra siguiendo el costado del buque

Lo primero que se me ocurrió fue abrir un boquete en la parte superior del primero que me permitiera pasar por su interior, mas no tardé en abandonar tan descabellado proyecto que implicaba la pérdida de tan precioso líquido al menor vaivén que el mar imprimiera a la nave.

Por esta idea me sugirió otra mucho mejor, y consistía en atravesar la pipa de aguardiente, cuyo contenido me importaba muy poco que se perdiera. Tal vez detrás de ella encontraría alguna caja de galleta; de todos modos, esta duda envolvía como tal una esperanza.

Romper las duelas de una pipa, era una tarea mucho más difícil que cortar el embalaje de un fardo; tan cierto es esto, que en honor de la verdad avancé muy poco en mi trabajo. Sin embargo, había hecho una incisión en la pipa cuando al principio de mi encierro me dediqué a buscar agua, y de ella me aproveché para continuar mi trabajo hasta haber roto una de las duelas. Cuando lo hube conseguido, tendíme en el suelo muellemente recubierto de despojos de las cajas, y apoyando el pie en la duela servíme de él como de un ariete para hundir el tonel. Sólo después de haberle aplicado algunas patadas empezó a ceder éste, mas redoblando mis esfuerzos acabé por deshacer, en medio de un estrépito infernal, su sólida trabazón.

El resultado de mi proeza fue un chorro enorme de aguardiente que me inundó todo el cuerpo; habíame saltado a la cara, penetrándome en los ojos y llenándome la boca, por resultado de lo cual dióme un acceso de tos convulsiva acompañada de estornudos tan estrepitosos y continuados que creí asfixiarme.

Por más que la situación en que me hallaba no era muy a propósito para las ideas placenteras, no pude menos de acordarme de la facha que pondría el duque de Clarence dentro del tonel de malvasía en el cual quiso que lo ahogaran.

Respecto a mí, no tardé en verme libre de aquella inundación, gracias a las grietas que había en las tablas y por las cuales el licor corría a mezclarse con el agua encharcada que había en el fondo de la sentina.

A no ser por el líquido que había empapado mi vestido y el fuerte olor que de aquélla subía, hubiera sido difícil reconocer los resultados de mi obra; verdad es que el olor que se sentía era tan penetrante, que no me dejaba respirar apenas.

El movimiento del buque acabó de derramar el aguardiente que existía dentro de la pipa, así es que en diez minutos no quedó en su fondo ni una gota siquiera.

Mi paciencia se agotó; viendo que la abertura que había practicado era suficiente para poder pasar, y un tanto calmada que estuvo mi tos, penetré resueltamente en la barrica.

Busqué el agujero del tapón y lo encontré precisamente en sitio conveniente; mi intención era cortar la madera por allí, cosa tanto más conveniente, cuanto que la primera inci-

sión era lo que más me costaba siempre. Apenas di con él, hice saltar el corcho y me puse a trabajar ansiosamente.

Mas, ¡cosa extraña!; en pocos minutos mis fuerzas se habían duplicado; pues mientras momentos antes sentía una debilidad y fatiga casi invencibles, a la sazón, por el contrario, creíame capaz de desfondar el tonel sin hacer saltar sus duelas.

¿De dónde procedía tan repentina energía? Estaba, además, sumamente contento, cosa rara en mí, que no conocía la alegría desde hacía mucho tiempo; nada hubiera anunciado a quien de repente hubiese podido contemplarme, que estaba ocupado en un duro trabajo, ni que pesara sobre mí un destino tan cruel.

Creo recordar que me puse a silbar primero mientras trabajaba, y después a cantar como una calandria. Todas mis lúgubres ideas habían desaparecido, incluso la de la muerte, que en aquel momento distaba cien leguas de mí. Me pareció que todos mis sufrimientos habían sido pura pesadilla, y hasta llegué a olvidarme del hambre; sí, con el recuerdo de mis dolores había desaparecido.

De pronto me asaltó una sed devoradora, y recuerdo que hice algún esfuerzo para ir a beber. Por último salí de la pipa, no sé cómo, pero estoy seguro que salí; tampoco recuerdo si bebí o no, pues a partir del instante en que suspendí mi trabajo, mis ideas habían desaparecido, y sólo sé que caí en una postración e insensibilidad muy parecido a la muerte.

XLIX
NUEVO PELIGRO

Durante algunas horas permanecí en aquel estado de postración, y ningún sueño lo turbó. Cuando volví en mí, encontréme presa de un temor indefinible, de una sensación extraña; parecíame que vagaba vertiginosamente en el espacio, como si precipitado desde un planeta, e imposibilitado de encontrar un punto de apoyo, estuviera condenado a una eterna caída. Esta alucinación, que no tenía nada de agradable, me ocasionaba vahidos y un malestar y un espanto indecibles. No obstante, se fue disipando a medida que me despertaba, y cesó completamente cuando estuve bien desvelado, quedándome en su lugar un agudísimo dolor de cabeza, y fuertes náuseas que amenazaban hacerme vomitar. Semejante mareo no podía ser producido por el mar, pues ya me había acostumbrado a los vaivenes del buque.

Ya me fue fácil explicarme la causa de tan vivo malestar. Me había emborrachado a pesar de no haber bebido aguardiente, pues la cantidad que tragué al caerme el chorro

en la cara era tan insignificante, que no podía producirme tan completa embriaguez. Sin embargo, estuve largo rato sin saber la causa de este extraño fenómeno.

Verdad es que no podía equivocarme respecto a los síntomas que, aun sin haberlos experimentado en mí mismo, son demasiado frecuentes para que puedan ser desconocidos, pero estaba seguro de no haber bebido del licor que me inundó, y por tanto el misterio se hubiera hecho inexplicable si no hubiese tenido en cuenta las emanaciones espirituosas que me envolvieron y que tan singular efecto me habían producido.

Recapitulando mis ideas casi borradas por la embriaguez, recordé que poco después de haber penetrado en la pipa, sentí una viva sofocación a la que me fui acostumbrando gradualmente, hasta que llegó a hacérseme agradable. No era, pues, extraño que me hubiera encontrado tan alegre y vigoroso.

Gracias a que, en medio de mi borrachera, la sed me estimulara a salir de la pipa, pues a no ser así hubiérase agravado aquélla, y tal vez su término habría sido la muerte.

Por lo demás, no recordaba haber bebido, y me inclinaba a creer que ni aun siquiera me había acercado al tonel, lo cual no dejó de ser una fortuna, pues en el estado en que me hallaba probablemente no hubiera sabido introducir el tapón en su sitio, y las consecuencias de mi torpeza hubieran sido irremediables.

¿Debía atribuir mi salvación a una pura casualidad? Yo vi en ello la mano de la Providencia, y si la plegaria es capaz

de expresar la gratitud, la que dirigí al Señor constituyó un fervoroso testimonio de mi reconocimiento.

He dicho que no sabía si había bebido; de todos modos sentíame poseído de una horrible sed, y acercándome a la pipa, me bebí vaso tras vaso hasta dos raciones del benéfico líquido. Tanta cantidad de agua aventó los últimos sopores que obscurecían mi espíritu; mas la realidad en que de nuevo caí, trajo también el sentimiento de los peligros de que estaba rodeado.

Mi primer impulso fue continuar mi interrumpida exploración en el punto en que la había dejado, mas me contuvieron las reflexiones desalentadoras que se me ocurrieron: ¿podría llevarla a término? ¿Volvería a caer bajo la influencia de aquellas emanaciones alcohólicas? ¿Tendría tiempo y entereza para librarme de ellas abandonando el interior de la pipa, al acercarse el peligro? Ignoraba completamente cuánto tiempo había necesitado para ceder a aquel influjo que me era desconocido, y por más que interrogué a mi memoria no pude aclarar esta duda.

Lo que sí recordaba era la manera cómo se había apoderado de mí tan extraña influencia: su dulzura, la fuerza que por un instante me infundió, el agradable vértigo que me produjo, y la alegría que me inspiró a pesar de las miserias de mi situación; lo que no sabía era la duración de ese momento de olvido que parecía un sueño.

Todo esto podía ocurrir de nuevo excepto la circunstancia, favorable que me había salvado, y podía asimismo caer sin conocimiento en el interior de la pipa; en

ambos casos era fácil adivinar el desenlace, y en los dos era muy aventurada la empresa de proseguir mis trabajos.

A pesar de esto, era necesario, so pena de morir de inanición al pie de aquella pipa cuyas emanaciones me causaban tanto terror; y de todos modos, si había de morir era mil veces preferible caer en una embriaguez para no despertar de ella, que tener que sufrir los tormentos del hambre.

Esta última reflexión me devolvió toda mi audacia; no quise vacilar un instante más, elevé al cielo otra plegaria y penetré resueltamente en el tonel.

L
¿QUÉ HA SIDO DE MI CUCHILLO?

En cuanto hube penetrado en la pipa, lo primero que hice fue buscar mi cuchillo; pues no sabiendo en qué sitio lo había dejado, creí que estaría en el fondo de ella, ya que no lo encontraba en mi celda, cuyos rincones reconocí detenidamente. Mis nuevas pesquisas fueron vanas; el cuchillo no parecía.

Esta pérdida empezaba a alarmarme; si realmente había desaparecido tan precioso instrumento, mi perdición era segura; sin su apoyo, forzoso sería renunciar a toda esperanza.. ¿Se lo habrían llevado las malditas ratas?

Salí otra, vez de la pipa y volví a buscarlo, mas sin ningún resultado. ¿Qué había sido, pues, de mi cuchillo? Medio desesperado por aquella pérdida irreemplazable, penetré de nuevo en el tonel cuyo fondo palpé con suma escrupulosidad.

Todo fue en vano. Iba a echarme fuera nuevamente cuando se me ocurrió examinar el agujero del tapón, que agrandaba cuando me sobrecogió la embriaguez. Dirigí la

mano allí y encontré clavado en la duela aquel precioso compañero cuya desaparición me tenía profundamente sobresaltado.

Menos difícil les será a ustedes imaginar mi alegría que a mí el pintársela; lleno el corazón de esperanza, y poseído de febril ardor, empuñé cariñosamente el cuchillo y proseguí mi ardua tarea. Desgraciadamente su hoja, de puro servir, se había mellado en varios puntos, así es que su filo cortaba con gran trabajo la recia encina de la duela. Al cabo de quince minutos de incesante aserrar, sólo había podido profundizar tres milímetros, y esta penosa lentitud agotaba mis fuerzas y debilitaba mi fe y mi constancia.

Ya empezaba a sentir los singulares efectos de la embriaguez que comunicaba el interior de la pipa, y aunque no ignoraba el peligro, hubiérame confiado a él sin miedo: tal es el abandono que trae consigo aquel estado. Sin embargo, habíame prometido salir si se presentaba semejante caso, y a pesar de mi disgusto, tuve valor para substraerme a la dulce influencia de aquel vértigo.

Apenas se hubieron disipado los vapores alcohólicos que amenazaron turbar mi cabeza, estuve en un tris de lamentar la estéril resolución por prolongar la vida que me había arrancado del fondo de la barrica. Mí permanencia en ésta, si estaba resuelto en abrirme paso, había de ser por intervalos muy breves, y en éstos mi trabajo era muy menguado a causa del estado de embotamiento de mi cuchillo. ¿No eran, pues, inútiles todos los esfuerzos que hiciera por substraerme a un fallo fatal?

Si hubiese podido vencer aquel primer obstáculo, el valor no me hubiera abandonado; y, sin embargo, aun lográndolo, tenía diez probabilidades contra una de encontrarlo todo excepto el alimento que buscaba. La única ventaja que podía resultarme de esta tentativa era ganar espacio, y si por acaso resultaba que encima de la barrica había alguna caja de lanería, podría vaciarla y continuar subiendo hacia arriba.

Esta reflexión que me pareció inútil y que hice por no hacer otra, me trajo al fin al verdadero terreno en que debía considerar los esfuerzos que hacía. Avanzar un paso, subir un grado, a esto debían tender todas mis tentativas. ¿Por qué, pues, no abandonaba aquella duela tenaz y atacaba mi cuchillo aquellas cajas de pino cuya blandura me permitiría perforarlas unas tras otra, hasta llegar por último al puente?

Aunque a ustedes les parezca extraño, lo cierto es que, por efecto, sin duda, de la turbación de mi espíritu, no se me había ocurrido semejante idea.

No podía dudarse de que tenía encima de mi cabeza amontonadas unas sobre otras muchas cajas como las que había encontrado. La bodega del buque parecía estar repleta de ellas y yo me hallaba en lo más profundo de la sentina. La estiva había durado dos días después de aquel en que entré en el barco, y casi podía asegurar que tal vez tendría que atravesar diez o doce cajas antes de llegar a la primera. ¿Qué importa? Atravesando una diariamente, a la vuelta de diez días podía llegar al término de mi viaje. «¡Qué lástima me decía que no se me haya ocurrido antes tan feliz idea!» Y así

añadía al peso de mi honda desesperación la amargura de mis reproches.

Ya me era imposible abandonar aquella idea que era para mí la vida, la libertad, la luz. Bien a mi pesar se arraigaba en mi espíritu, y menospreciando dificultades, sólo me ocupaba de su ejecución.

¡Provisiones para algunos días, y el éxito era indudable! Pero no las tenía, y estaba convencido de que moriría de inanición al pie de la brecha abierta al segundo día.

Las ideas se encadenan, y en pos de esta última se me ocurrió otra que, por más que la juzguen ustedes odiosa, yo la califiqué en seguida de excelente.

El hambre es la mejor salsa de un guiso por extravagante que éste sea, y vence todas las repugnancias.

El estómago, después de un forzoso y prolongado ayuno, no hace diferencias, y hacía tiempo que el mío había dejado a un lado los escrúpulos. Le creía dispuesto a todo tratándose de comer, y la idea que debía proveer a su sustento ya supondrán ustedes que debió de serle agradable.

LI
LA RATONERA

Hace rato que sólo me ocupo de mis feroces vecinos, y no es ciertamente porque ellos dejaran de ocuparse de mí; las asquerosas ratas paseábanse constantemente a mi alrededor, atronándome con sus agudos chillidos y veloces carreras, y seguro estoy de que hubieran buscado más íntimo conocimiento con mis carnes si hubiesen encontrado un medio a propósito para ello.

Adondequiera que iba allí establecía mis parapetos, y a pesar de tantas precauciones, más de una vez, al abrir o cerrar mis bastiones, sentía en mis carnes alguna dentellada de aquella mala ralea.

Supongo que por este paréntesis habrán comprendido ustedes cuál era mi idea. ¿La creen absurda? ¿No era más justo y natural que en vez de ser yo comido por mis obstinadas enemigas, lo fueran ellas por mí?

A buen seguro que ustedes dirán para sus adentros: «¡Qué horror!» Pero yo les confieso que ya no sentía la menor repugnancia hacia aquella clase de alimento, y seguro

estoy de que ustedes, en mi lugar, hubieran opinado lo mismo. ¡Repugnancia! Tratándose de satisfacer las exigencias del estómago, no la conocía, y tanto es así, que acogí con entusiasmo esta idea así que se me ocurrió, porque valía tanto para mí como el medio que me faltaba para prolongar mi existencia y para que mis fuerzas no decayeran hasta el instante de llegar a cubierta; ya sólo se trataba de ponerla en ejecución.

Antes, el número de las ratas me había parecido extraordinario; en este momento me preocupaba poco; faltábame saber simplemente cómo me las arreglaría para apoderarme de ellas.

No habrán ustedes olvidado que mi primer ensayo en el oficio de matador de ratas, había consistido en propinarles sendos golpes con el zapato hasta matarlas. Así acabé con la primera que tan mal rato me dio, y el mismo procedimiento podía emplear en esta ocasión. Sin embargo, parecióme que este sistema, para ser adoptado en grande escala, era defectuoso, pues concediendo que pudiera aplastar una o dos cosa no difícil entre tantas, me alejaría a las demás, que, privadas del cebo de mis galletas por el cual venían a mi escondite, dejarían de venir al ver que se les recibía con tan malos modales. Para evitar este inconveniente era indispensable reunir de una vez provisiones para diez o doce días, y así no tenía que preocuparme de la cuestión de los alimentos. Tal vez así la carne mejoraría, pues había oído decir que con el tiempo se sazonaba la caza. Fuera de esto, este era el mejor partido, toda vez que era el más seguro;

resolvíme por él, y ya sólo me ocupé en la manera de poder cazar muchos de aquellos roedores.

La necesidad aguza el ingenio, y a ella debí que inventara una ratera. En honor de la verdad, nada tenía de ingeniosa, pero servía a mi objeto, y esto era cuanto yo deseaba. Consistía en un enorme saco hecho con la tela de que tanto abundaba en aquellos rincones, y cosido con bramante y cuerda que el embalaje me suministraba, y sirviéndome de la punta de mi cuchillo como si fuera una aguja. Tal era el plan de mi trampa.

Antes de una hora tuve el saco cortado y cosido y dispuesto para hacer uso de él.

LII
EN ACECHO

Mientras cosía el saco, me puse a madurar un plan cuyos detalles concerté con matemática escrupulosidad. Lo primero que hice fue desembarazar mi cuarto de la tela que lo llenaba, para lo cual me sirvió admirablemente la pipa vacía de aguardiente, a la que convertí en armario. En seguida examiné todos los agujeros que a él afluían, y perfeccioné los tapones que los cerraban, dejando uno tan sólo practicable; precisamente el más frecuentado por mis feroces vecinos.

Pues bien; a la entrada de este boquete coloqué el saco, cuya boca mantenían abierta unos palitroques que puse verticalmente en ella, en tanto que yo, empuñando el cordón que debía cerrarla en el momento preciso, me situé de rodillas a su lado.

Yo estaba segurísimo de que las ratas no faltarían al reclamo; había colocado como cebo en el fondo del saco algunas migajas, última ración que contaba para mi manutención, y que no vacilé en sacrificar, porque si aquéllas acudían no había de faltarme con qué reemplazarlas.

Lo único que yo temía, era que fueran acudiendo una a una o que la primera se escapara llevando el cebo. Para que esto último no sucediera, lo desmenucé completamente para de este modo obligarlas a permanecer más tiempo dentro de la trampa.

La suerte me fue propicia, pues a los cinco minutos de estar acechando, oí el trotecillo vivaz de las ratas y sus agudos chillidos.

Poco después el saco imprimía rápidas sacudidas al cordel que yo empuñaba; sacudidas que fueron haciéndose más frecuentes, y pronto conocí que en el fondo de la trampa había una turba de ratas que, en medio de un bullicio infernal, se disputaban las migas de las galletas.

Aquel era el momento propicio: tiré del cordel, el saco se cerró, y ni una sola rata logró escapar. Inmediatamente levanté la tela que cubría las tablas de mi cuarto, y buscando el sitio en que éstas se hallaban más unidas, coloqué en él el saco y encima de éste la tapa de una caja, sobre la cual me senté primero, y después pasé y volví a pasar con todo el peso de mi cuerpo.

Al principio el saco opuso una viva resistencia ; las ratas mordían, chillaban y se agitaban furiosamente; pero lejos de atemorizarme ante aquellas demostraciones, seguí apretando la madera contra ellas hasta que el silencio sucedió a aquella espantosa algarabía.

Entonces me atreví a tomar mi improvisada ratonera y a examinar su contenido; quedé satisfecho; la caza había sido abundante.

Aunque era de esperar que todas aquellas ratas estuvieran muertas, vacilé antes de introducir la mano al interior del saco. Al fin me resolví, y sacándolas una a una llegué a contar hasta diez. Entonces exclamé: «¡Ya estáis en mi poder seres aborrecibles; ahora pagaréis los malos ratos que me tenéis dados! Os comisteis mis galletas, dejándome en ayunas; pues pagad ahora con vuestra carne las raciones que me robasteis.»

Y mientras las apostrofaba, fui desollando una que engullí como si fuera un pichón.

Si quieren ustedes saber qué sabor tiene la carne de aquellos animales, les diré que no tiene nada de desagradable; pero en aquella ocasión me supo a pavo, o a la mejor lonja de venado. Hacía un mes que no entraba en mi estómago carne de ninguna especie, y esta circunstancia, unida al prolongado ayuno a que había estado condenado, hizo que saboreara con deleite aquel nuevo manjar, y que no me admirara de que entre los lapones y en otros pueblos fueran las ratas un alimento casi privilegiado.

LIII
CAMBIO DE DIRECCIÓN

Mi situación había tomado un aspecto completamente distinto; tenía víveres para diez días, y, ¿qué no puede hacerse en diez días si éstos son bien aprovechados? Con menos tiempo prometíame subir hasta el puente, porque esta empresa, que horas antes la consideraba imposible, dejaba de serlo desde el instante que tenía bien provista la despensa.

A razón de una rata diaria tenía alimento nutritivo para diez días, y como estaba persuadido de que el montón de cajas llegaría a siete a lo sumo, me resultaba alimento más que suficiente para sustentarme en tanto que llevaba a cabo mi empresa.

Cuando se tiene el estómago lleno, las cosas se juzgan bajo su aspecto más risueño; y yo en aquel momento me sentía animado de la confianza más absoluta.

Una sola cosa me inquietaba: ¿podría resistir las emanaciones de la pipa? la experiencia me sacaría de dudas, pues dispuesto estaba a arrostrar nuevamente su embriagadora influencia. Resuelto, pues, a afrontar aquel

peligro, y aun cuando no tenía que escatimar minutos como antes, me di prisa en comer y bebí un buen trago de agua, y me dirigí resueltamente hacia la barrica.

Encontréme con que estaba completamente llena, circunstancia que había olvidado, pero que no me inquietó, pues no costaría mucho trabajo el vaciarla. Ya había empezado a echar fuera la tela que contenía, cuando se me ocurrió la idea de que no tenía necesidad de pasar al través de la barrica, que no me conduciría directamente a la escotilla, y cuya madera tanta resistencia oponía a mi cuchillo, cuando podía disponer de las cajas, algunas ya perforadas, y que según mis cálculos se hallaban inmediatamente debajo de la boca de la sentina. Por lo demás, la madera de pino de éstas se prestaban mejor para poderla horadar con mi cuchillo y no despedían los efluvios trastornadores que tan en peligro pusieron mi existencia. Así, pues, opté por este último plan: volví a colocar dentro de la pipa la tela que ya había sacado, cuidando de apretarla bien para que cupiera en mayor cantidad, y metiendo las nueve ratas dentro del saco me dispuse a poner manos a la obra. Como no había cazado, ni con mucho, todas las ratas que se hallan a bordo, temí que las compañeras de las víctimas acudiesen a robarme mi ración. Había oído decir que la *ratofagia* es cualidad propia de aquellos perversos animales, de lo cual debemos congratularnos; por tanto, tomé mis precauciones contra su voracidad.

Tomadas estas disposiciones, y después de haber bebido una ración de agua, me dirigí animosamente hacia, las cajas.

LIV
CONJETURAS

Para empezar mi tarea, elegí la caja contigua a la de galleta, y en la cual penetraba por cuarta vez: para ello tenía dos razones: primera, porque la suponía directamente debajo de la escotilla; segunda, porque había observado que la caja que tenía encima era de contenido igual al suyo, mientras que la que sostenía la de galleta era un fardo de tela tan difícil de atravesar como de desenvolver.

Y no crean ustedes que puse manos a la obra en cuanto me encontré instalado en el fondo de la caja que elegí como punto de partida, no; durante mucho tiempo permanecí en la ociosidad, mientras que mi cerebro funcionaba y se hallaban en actividad todas las fuerzas de mi inteligencia.

Nunca, desde las primeras horas de mi clausura en la sentina habíame sentido tan animoso como en aquel instante, y cuanto más reflexionaba en la empresa que iba a acometer, tanto más aumentaban mi satisfacción y mi confianza. Francamente, jamás había sido tan brillante la perspectiva que se había ofrecido ante mis ojos. Cuando descubrí la pipa

de agua y la caja de galletas, mi corazón sintió una intensa alegría; empero mi camarote seguía siendo la prisión, las tinieblas, la soledad, todos los horrores del aislamiento; en tanto que en la ocasión de que vengo hablando, la perspectiva que se me ofrecía era la vida, la luz, la libertad.

Antes de muchos días, si no surgían obstáculos imprevistos, contemplaría el cielo, respiraría un ambiente puro, y oiría, por fin, el más dulce sonido que es dable oír en el mundo: la voz de nuestros semejantes.

Yo me encontraba en la situación del viajero que, extraviado durante mucho tiempo en mitad del desierto, descubre de pronto en lontananza algún indicio del deseado oasis, y sus extasiados ojos se fijan en las fugaces columnas de humo que el viento agita, en alguna débil luz, o en la obscura silueta de algún grupo de árboles; en algo, en fin, que le anuncia la proximidad de una tierra habitada.

Tal vez esta agradable visión era causa de mi lentitud, aunque además podía justificarla la necesidad de no obrar con precipitación en tan decisiva e importante empresa, que un descuido, una imprevisión o una torpeza cualquiera podía malograr.

Era, pues, de absoluta necesidad, preveerlo todo y orientarme bien, para poder obrar con provecho. En un solo punto no me cabía la menor duda, y este consistía en el gran trabajo que quería emprender: me hallaba en lo más profundo de la sentina, y de la distancia que me separaba de la cubierta podía juzgar por el recuerdo de la impresión que me produjo cuando bajé a ella; entonces experimenté no poca

fatiga en descender a lo largo de la cuerda que me condujo a mi escondite; y cuando al soltarla levanté los ojos hacia la escotilla, quedé asombrado de la enorme distancia que me separaba de ella. Si, pues, todo este espacio estaba lleno de mercancías, ¡cuáles no serían mis dificultades para franquearlo! ¡Cuántos rodeos, cuántos inútiles boquetes tendría que practicar hasta llegar a la escotilla! Sin embargo, menos que la distancia, infundíame inquietud la naturaleza de los objetos que debía atravesar. Si por mi mala suerte estos objetos, después de desembalados, ocupaban mucho espacio y no podía reducir su volumen, me encontraría bloqueado en mitad del camino y privado de volver a la pipa que contenía mi provisión de agua. Juzguen ustedes, pues, cuál sería mi zozobra, antes de acometer aquel último desesperado propósito.

Ya he dicho antes cuánto temía, encontrarme con fardos de lienzo cuya impenetrabilidad me obligaba a hacer grandes rodeos. ¿Qué sería de mí si el cargamento no se componía de otra cosa? Este temor me tenía tan fuera de juicio, que a pesar de mi ignorancia en materia de geografía comercial, me puse a calcular cuáles podían ser los artículos que mi país exportaba al Perú; claro está que no pude contestarme satisfactoriamente; mas preví, y en esto no me equivocaba, que el cargamento de los buques que se dirigen a aquella apartada tierra debía consistir en una especie de muestrario, un surtido, según la frase comercial, de todo cuanto se produce en nuestras grandes ciudades.

Por fin caí en la cuenta de que era inútil en querer adivinar lo que no tardaría en saber, y lo que sólo el trabajo y mi constancia podían revelarme; comprendí que había llegado el momento de obrar, y dando de mano a inútiles conjeturas, emprendí mi tarea ardorosamente.

LV
MEJORA DE POSTURA

He dicho antes que encima de la caja de tela situada al lado de la de galleta se encontraba otra que contenía el mismo artículo. En uno de mis anteriores experimentos había abierto dicha caja, y sólo me faltaba desalojarla de los paquetes que contenía; así, pues, mi primer escalón costaríame pocas dificultades.

Empecé a tirar de aquéllos, y después de inauditos esfuerzos y fatigas llegué a tenerlos fuera de la caja y en disposición de trasladarlos a mi escondite. Esto lo hice rápidamente, procurando estibarlos en él con las mayores precauciones para que ocuparan el menor espacio posible, colocándolos primero dentro de la pipa y tapando después todos los rincones y agujeros por donde podían colarse las ratas.

Verdad es que estos roedores ya no me causaban inquietud, y que no me impulsaba el deseo de evitarlos al adoptar tal precaución. Dejábalos que se pasearan a su gusto por todas partes, aunque en honor a la verdad había

disminuido la asiduidad de sus visitas desde que los chillidos de las diez que sacrifiqué, llenando los ámbitos de aquellas tinieblas, habían mostrado a las que quedaron con vida el peligro a que se exponían frecuentando mi vecindad.

Así, pues, mi intención, al tapar las aberturas y llenar rincones, no tenía más mira que la de economizar espacio; y tan buena maña me di, que todo el contenido de la caja quedó colocado en mi camarote, en el que aun quedaba bastante terreno para almacenar más.

El resultado de esto fue que mi confianza aumentó y no menos mi valor, y hasta me infundió una alegría que no había experimentado desde mucho tiempo. Así, pues, lleno de ardimiento y agilidad trepé de nuevo a la caja vacía, dentro de la cual coloqué al través una tabla de las que había desclavado y empleéla a manera de banco o andamio. Los pies los tenía colgando y los brazos al aire, mas como podía erguirme y volverme cómodamente, experimenté una dicha inefable, pues era la primera vez, desde mi reclusión en la sentina, que lograba aquella postura. Y no solamente podía estar sentado con comodidad, sino que también podía tenerme derecho en toda mi longitud, gracias a que la unión de las dos cajas superpuestas dejaba un hueco de más de dos metros. Puesto en pie y con los brazos levantados alcanzaba apenas a tocar el fondo del cajón superior.

Tan singular era mi estado, que adopté gozoso aquella postura natural para descansar y renovar mis fuerzas. Esto, a simple vista, les parecerá a ustedes extraño, pero si meditan en lo fatigoso que debía serme el permanecer encorvado para

el trabajo como para todo, les convencería de que el estar de pie en aquella ocasión era un verdadero, un inmenso alivio. Tenía verdadera necesidad de estirar mis miembros y de recobrar la altiva actitud que es peculiar del hombre y por la cual se diferencian de todos los demás seres de la creación; y durante más de media hora me estuve erguido sin pensar en hacer otra cosa.

Este tiempo lo empleé en reflexionar qué dirección era conveniente tomar; ¿rompería la tapa superior o la pared lateral de la caja? Más claro, ¿emprendería la dirección vertical o la horizontal? Cualquiera de las dos direcciones podía, conducirme a mi objeto; y ambas me ofrecían serias dificultades que vencer; la elección era, pues, comprometedora, y esto me obligó a madurar detenidamente mi resolución.

LVI
FORMA DE LOS BUQUES

Fundándome en que la línea recta que une dos puntos es la más corta, comprendí que me sería menos costoso tomar la dirección vertical, pues al llegar a la cima de la estiba era seguro que encontraría un vacío, a lo largo del cual podría deslizarme hasta dar con la escotilla. Por el contrario, tomando una dirección horizontal, ésta, por sí sola, no me alejaría de lo profundo del buque aunque lo paseara de una a otra banda. Era, pues, necesario desechar esto último, y sólo apelar a él en el caso de tener que dar un rodeo.

A pesar de esta juiciosa conclusión, empecé adoptando la marcha horizontalmente de un primer rodeo que me obligaba a dar un fardo maldito de los que ya me habían detenido dos veces y que gravitaba sobre la caja.

Otra razón había no menos importante, para cuya comprensión es necesario conocer el interior de los buques, por lo menos tal como se construían en aquella época; es decir, hace sesenta años. El obstáculo a que hago referencia no hubiera existido en los buques bien construidos con

arreglo al modelo que nos han dado los americanos. Así, pues, permítanme, para la aclaración de este punto importante de mi historia, que abra un paréntesis a mi relato, y entre en ciertos detalles de arquitectura naval que espero no echen en olvido, cuando, llegados a la edad de obrar, estén ustedes en el caso de hacer algo útil por la patria que los vio nacer.

Hace mucho tiempo que tengo la convicción de que el estudio de la *ciencia política*, según se llama entre los hombres de Estado, es el estudio más importante a que pueden aquéllos dedicarse, porque esa ciencia abraza cuanto tiene relación con el orden social, e influye en la existencia de todos. De ella dependen tanto las artes como los progresos científicos e industriales ; y la moral no es, en suma, más que un corolario del estado político de un país, como el crimen la consecuencia de su mala organización, porque del estado de ésta dependen su prosperidad o su decadencia.

Pues, como acabo de manifestar a ustedes, las leyes de un país, mejor, su organización política, influye en los detalles más insignificantes de la vida, así en el buque como en el coche que sirven para transportarnos, tanto en los instrumentos de trabajo como en los útiles del hogar, y en el bienestar de la familia, y por más que les parezca a ustedes extraño, llega a influir hasta en nuestro cuerpo y en la disposición de nuestro espíritu.

Un insensato de una cámara legislativa, una simple plumada de un déspota, que no parecen aplicarse individualmente a ninguno de los miembros de la sociedad,

ejerce, no obstante, una influencia secreta sobre cada uno de estos últimos, influencia que dentro de una sola generación basta a corromper el genio de un pueblo, afeando los más nobles caracteres que les distinguen.

Este hecho podría ofrecérselo a ustedes con toda la certidumbre de una verdad matemática, mas no es pertinente a mi propósito ni tampoco disponemos de tiempo para ello; sin embargo, en apoyo de mi aserción, citaré un simple ejemplo:

En época remotísima el Parlamento británico impuso una contribución sobre los buques, porque éstos, como todo lo demás, han de pagar su existencia. Lo más difícil en materia de impuestos, es establecer su proporcionalidad, por la razón de que sería injusto que el propietario de una barca pagase igual contribución que un buque de alto bordo. Con esto se conseguiría absorber todo el beneficio del primero, cuyo negocio fracasaría antes que su barca zarpara del puerto. ¿Qué hacer, pues, en este caso? La solución parecía muy lógica, bastando con gravar cada buque proporcionalmente a su tonelaje.

Esto hizo el Parlamento inglés; pero entonces se ofreció una nueva dificultad: esta proporción, ¿cómo se establecería? Después de maduro examen decretóse que los buques pagarían el impuesto con arreglo a sus dimensiones, y como quiera que el tonelaje expresa el peso y no el volumen de los objetos, presentóse con esto otra duda que se resolvió estableciendo la relación que existe entre la masa y el tonelaje, esto es, averiguando el número de unidades de volumen

representado en los buques por una tonelada de peso. Esto, al fin y al cabo, equivalía a, substituir la, medida al peso, y tomar como base de impuesto, no el tonelaje de los buques, sino su capacidad.

¿Pero cómo se establecerían las proporciones relativas de los buques sujetos a la peritación fiscal? Pues de este modo: *siendo exactas las proporciones náuticas del buque,* bastará multiplicar entre sí sus tres medidas, que son: la longitud de la quilla, la anchura de los baos, y la profundidad de la sentina; el producto representa la capacidad de los buques.

El impuesto quedó, pues, establecido bajo esta base; y juzgándolo superficialmente, cualquiera creerá que es equitativo, o que a lo sumo no había de perjudicar más que el bolsillo de los que directamente venían obligados a satisfacerlo.

Pues nada es menos cierto que esto; esa ley, que en apariencia parecía tan sencilla y tan justa, ocasionó la pérdida de más hombres y tiempo, y la malversación de más riquezas de las que serían necesarias para redimir todos los esclavos de la tierra.

Ustedes dirán: «¿Pues cómo puede ser eso?»

Muy sencillo: porque esa ley, a más de paralizar los progresos del arte naval, uno de los más importantes que existen, le hizo retroceder algunos siglos. No pudiendo los armadores, o los que aspiraban a serlo, evitar el pago del impuesto, pensaron cuando menos en limitarlo, pues el fraude ha sido siempre el primer resultado de las cargas onerosas, aunque no el más lamentable. Para conseguirlo, acudían al

constructor, encargándole un buque de determinadas dimensiones, con sujeción a la contribución que querían pagar. Mas sus indicaciones no eran esas únicamente, sino que querían un buque cuya sentina admitiera una carga real, un tercio mayor de lo que daba a suponer la medida del tonelaje adoptada por el fisco. De este modo se ahorraban un tercio del impuesto, y *defraudaban al Gobierno,* cuya ley era un obstáculo para el desarrollo de sus negocios.

¿Y podía construirse un buque con tan fraudulentas condiciones? ¿Por qué no? Bastaba para ello con aumentar su superficie dando una forma más prominente a las cuadernas y muy chata a la proa; en una palabra, dándole una forma absurda que disminuía su velocidad, y que era el tormento y la tumba de marinos y viajeros.

Tan al pie de la letra cumplían los constructores las órdenes del armador, que aquella forma ridícula impuesta por un celo defraudador acabó por ser la admitida, aun mucho tiempo después que su necesidad hubo desaparecido; y fue necesario, para que se pensara en modificarla, que viniera una nueva generación con la firme intención de enmendar el error de sus antepasados, y sobre todo que surgiera allende el Océano un pueblo eminentemente práctico y sin preocupaciones, cuyo ejemplo nos hiciera abandonar el camino de la rutina en que hubiéramos languidecido tal vez un siglo entero.

Cincuenta años han sido necesarios para llegar adonde estamos, que no es, ni con mucho, la perfección; afortunadamente hoy nuestros constructores y aliviados de la

pesadilla del impuesto, se han fijado en los peces, en el estudio de cuyo mecanismo han aprendido muchos de los progresos que en el arte naval se han realizado.

Ahora comprenderán ustedes por qué empecé mi digresión diciendo que *el estudio de la ciencia política es el más importante a que puedan dedicarse los hombres.*

LVII
UN GRANDE OBSTÁCULO

El *Inca,* aquel hermoso buque que me había acogido en su seno, fue construido con arreglo al error de su época. Tenía pecho de gorrión, y tanto rebasaban sus costados la anchura de los baos, que, mirados desde lo más profundo de su sentina, se les veía confluir como tejados de calle angosta y muy elevada. Por lo demás, esta era la forma que comúnmente se daba a todos los buques salidos de nuestros astilleros.

No habrán olvidado ustedes que yo había encontrado encima de la última caja perforada un fardo cuya naturaleza creí reconocer; tentando minuciosamente sus esquinas, noté que no cubría toda la tapa de mi caja, y que, además, por uno de sus lados no estaba en contacto con ninguna otra mercancía; aquel lado era el que miraba a las cuadernas del buque, por lo que me expliqué semejante vacío, como se lo explicarán ustedes fácilmente si tienen en cuenta que por la curvatura de aquéllas, el fardo sólo podía estar en contacto

con ellas por la parte superior; quedaba, pues, un hueco en forma de triángulo.

Por lo que a mí respecta, este descubrimiento fue un rayo de luz; siguiendo mi ascensión en línea vertical, al llegar al extremo de la caja superior hubiera tropezado con la pared del buque paralelamente a la cual hubiera tenido que seguir subiendo para llegar al puente. Siguiendo esta ruta, y debido a la inclinación de aquélla, habríame encontrado al paso con esos mil pequeños bultos con que cierra la estiva por los lados, para que se adapten y llenen los huecos que surgen necesariamente, cuando se adosa a las bandas cajas o fardos de gran tamaño. Escurrirme por entre aquellos objetos hubiérame sido tal vez imposible, mientras que, por el contrario, siguiendo la oblicuidad que las necesidades de la carga habían impuesto a las cajas, no me separaba de éstos por el interior de las cuales podía pasar con bastante facilidad. Así, pues, resolví separarme de la línea vertical para adoptar una ascensión diagonal.

Vencida esta dificultad, y algo repuesto de mi cansancio merced a la postura humana que había recobrado, me subí de pies sobre mi andamio y me dispuse a abrir la caja inmediata. Habían sufrido tanto las paredes de la que acababa de vaciar a consecuencia de los esfuerzos hechos al quitar las piezas de tela, que bastó que apoyara el pie a guisa de palanca para que se desprendieran algunas de sus tablas.

Sin pérdida de tiempo introduje la mano por el hueco que quedaba, y topé con la madera rugosa de otra caja de embalaje cuyo contenido no podía adivinar.

Di mayores proporciones a la abertura de la en que estaba, y cuando pude alargar todo el brazo al exterior, vi, sorprendido, que la superficie que deseaba explorar se erguía ante mí como un muro, extendiéndose en todos los sentidos mucho más allá de los límites ordinarios de las cajas anteriores.

¿Qué contenía aquel gigantesco embalaje? Desde luego no podía ser ningún fardo de lienzo, y esto ya me causó gran contento, pues hubiera sido para mí un obstáculo insuperable. Ansioso por conocer su naturaleza, introduje la hoja de mi cuchillo en la juntura de las tapas y me pareció que tropezaba, con algo muy semejante al papel; mas luego vi que esto era una simple envoltura, pues la punta del arma fue a chocar contra un cuerpo sonoro y pulimentado como el mármol. Hinquélo en él con más fuerza, y ya entonces comprendí que no era piedra, sino una madera muy recia y lisa lo que encerraba la enorme caja.

Resuelto a continuar mis pesquisas, empleó con la tapa el procedimiento que tan buenos resultados me había dado con las demás, y al cabo de unas cuatro horas de asiduo trabajo pude levantar una de sus tablas. La tarea había sido muy ruda, no sólo por las dimensiones de éstas como por el mal estado de mi cuchillo. Tenía, sin embargo, espacio suficiente para introducir mis manos en el interior, y lleno de ansiedad dime prisa en examinar el contenido de tan descomunal embalaje.

Lo primero que reconocí fueron unas enormes hojas de grueso papel que envolvían un objeto voluminoso y

resistente; rasqué aquellas y mis dedos se deslizaron por una superficie lisa como un espejo; no lo era, sin embargo, porque habiéndola dado algunos golpecitos con los nudillos de la mano, resonó de una manera especial sin dejar de ofrecer mucha dureza; volví a golpearle con más fuerza., y oí una vibración armoniosa, que me trajo la idea de un arpa eólica.

El objeto de mi curiosidad era un piano; conocía muy bien este armonioso mueble por haber visto uno en mi casa, del que mi madre arrancaba sonidos melodiosos, y su recuerdo, mezclado entre los más gratos de mi niñez, no podía engañarme en aquel instante.

LVIII
RODEO

No estaba yo muy satisfecho con el resultado de mi exploración; probablemente aquel piano me iba a oponer una valla infranqueable; atravesarlo como había atravesado las cajas de pino era imposible, y además era tan extraordinariamente voluminoso, mucho mayor que el que sirviera a mi buena madre para producir tan placenteras armonías, que desde luego juzgué que en punto a dimensiones no habría otro igual en el mundo. Se me ofrecía de lado, y su caja de palisandro estaba tan perfectamente pulimentada, que en toda su superficie no encontré ni la más leve hendidura.

La tarea de hender aquella recia madera era empresa muy superior al temple de mi cuchillo; y si conseguía mi objeto a fuerza de tiempo, labor y paciencia, cosa no improbable, ¿a qué me conducía tantos esfuerzos? Yo desconocía completamente la disposición interior de los pianos; lo único que de ellos recordaba haber visto eran numerosas piececitas de ébano y de marfil, gran cantidad de cuerdas de acero, placas, pedales y otras mil cosas cuyos nombres y usos no conocía,

pero que desde luego no sabría desmontar. Quedaban después el fondo del piano y el de la caja, los cuales, aun suponiendo que hubiera logrado quitar y separar previamente todas aquellas piezas, no tenía la seguridad de poder atravesar con el débil auxilio de mi mellada navaja.

Cuanto más reflexionaba en el obstáculo que me dificultaba el paso, mucho mayores eran los inconvenientes para salvarlo, hasta que por fin, creyendo absurdo pensar en abrir un boquete en aquella muralla de caoba y palisandro, resolví, por ser más práctico y prudente, salvarlo por medio de un rodeo.

Tantas horas y fatigas me había costado abrir el embalaje de piano, que no sin pesar adopté aquella resolución. No me quedaba más remedio que reparar en lo posible el trabajo perdido, y a redoblar mi actividad así que hubiese combinado el nuevo plan de ataque. Semejante en esto al jefe de un ejército sitiador que viéndose rechazado en varios asaltos, escudriña y busca el punto vulnerable de la plaza, así yo, después de aquel fracaso, me puse a reflexionar cuál sería el mejor camino que me permitiría rebasar la inexpugnable fortaleza.

Convencido, como estaba, de que lo que venía encima de mi caja vacía era un fardo de lienzo que me impediría ir subiendo verticalmente, no podía elegir más que entre la derecha y la izquierda.

Verdad es que no adelantaba mucho con esta marcha horizontal, ya que no salía del mismo escalón; ¡pero me infundían tanto pavor aquellos fardos impenetrables! Por lo

demás, mi labor de aquel día no había sido del todo infructuosa; ya he dicho que al levantar la tapa lateral de mi caja, había descubierto un vacío, merced al cual podía extender el brazo al exterior y tocar los objetos que me rodeaban.

A uno y otro lado había dos cajas exactamente iguales a aquella en que estaba, y que de seguro contendrían el mismo género; ¿por qué no plugo a Dios que todo el cargamento consistiera en aquel artículo que tanta fama dio a los condados del oeste de Inglaterra?

Mientras me hacía esta reflexión recorría con la mano la superficie de las mentadas cajas, cuando al palpar el canto superior de la que tenía a mi derecha, sentí en ella el contacto de un cuerpo áspero que debía proceder del embalaje del fardo que sobre esta última se apoyaba. Aguijoneado por la curiosidad, posé la mano en el fardo y con escasa extrañeza de mi parte observé que lo que al principio, y a vueltas de un ligero examen tomara por la tela gruesa de embalar a que tanta antipatía había cobrado, era ni más ni menos que una esterilla que envolvía la mercancía, por lo demás menos voluminosa, que había confundido con el lienzo.

No hay para qué decir la alegría que sentí al ver que me había equivocado; gracias a esto podía volver a mi plan primitivo, que consistía en ir subiendo en línea recta, sin contar con que el trabajo de perforación no sería tan grande merced a la naturaleza de la envoltura menos sólida que me presentaba aquella estera. Antes de llegar a ésta, tenía que descubrir la caja en que me hallaba; este trabajo, cuyos

detalles omito porque ya los conocen ustedes, fuéme asimismo menos costoso en razón del vacío que venía detrás.

No tardé en destrozar la envoltura de mi incógnita mercancía, lo cual me puso al descubierto el interior. En éste me encontré con una caja de pino, no muy sólida, pocos clavos y sin guarnición ni cantoneras de hierro. Esto me sugirió la idea de atacarla por un procedimiento que no me había sido dable emplear, pero que era más sencillo y de mejor resultado que el de aserrar las tablas a que me había visto obligado; y consistía en aplicar en la unión de dos tapas un cuerpo duro cualquiera para hacerlo servir a guisa de palanca para levantar una de ellas.

Al congratularme por aquella feliz circunstancia que me economizaba tiempo y trabajo, cuan lejos estaba yo de pensar que iba a ser para mí causa de una verdadera desgracia que trocó en desesperación mi alegría.

Ustedes comprenderán fácilmente la razón de mi desdicha.

Cuando introduje el cuchillo entre las dos tapas para cerciorarme de la resistencia que opondrían, un crujido seco, más doloroso para mí que el disparo de una pistola dirigida a mi cabeza, me anunció que la hoja se había roto.

LIX
LA HOJA DEL CUCHILLO ROTA

Sí; el cuchillo se había roto, quedándome en la mano el mango, mientras que la hoja permanecía clavada entre las dos caras de la caja. La rotura habíase verificado dos o tres milímetros más arriba de la charnela.

En el primer momento fui presa de una gran desesperación; a mi mente acudieron atropelladamente todas las espantosas consecuencias de aquel accidente que me privaba de mi único e irrealizable auxiliar. Sin mi cuchillo, la distancia que me separaba de la escotilla era infranqueable; tenía que abandonar toda idea de salvación, mientras esperaba triste, pero resignadamente, la muerte que desde hacía tanto tiempo cerníase sobre mi cabeza.

El golpe que acababa de recibir era tanto más anonadador en cuanto había sido más rápido e inesperado. Un minuto antes, cuando aun abrigaba alguna esperanza, todo me sonreía; parecía que todo se aunaba para secundar mis votos, en tanto que ahora veíame lanzado en el profundo abismo por aquella desgracia inesperada.

Quedé petrificado, mudo, privado de pensar. ¿De qué podrían servirme las reflexiones? Era impotente para todo; faltábame mi único, mi salvador instrumento.

Mi espíritu empezaba a extraviarse; con el dedo en el extremo de la hoja, que había quedado adherida al mango, parecíame, sin embargo, que la rotura que tocaba era un sueño, pura ilusión; llegué a dudar del testimonio de mis sentidos, y es que estaba realmente enajenado.

Mas pronto la cruel realidad me hizo comprender la verdad; había perdido realmente todos mis medios de salvación; mas precisamente en el momento de hacerme cargo de toda la magnitud de mi desgracia, fue cuando instintivamente me puse a discurrir la manera de vencerla.

En aquel momento acudieron a mi memoria las palabras de un gran poeta, cuyos hermosos versos había oído leer en el colegio, y decían así: *Más vale una espada rota que una mano desnuda.*

¿Quién mejor que yo podía probar la veracidad de ese consejo? Lleno de súbita resolución saqué la hoja que aun seguía clavada en la caja, procurando hacerlo con el mayor cuidado a fin de que no se me cayera.

Afortunadamente era larga y de excelente acero, y ya empezaba a animarme la esperanza de que aún podría serme de gran utilidad envolviendo el extremo roto con un trozo de tela que hiciera las veces de mango.

Era inútil pretender restablecer la hoja en el que antes tenía, a causa de la imposibilidad en que me encontraba de hacer salir de la charnela la punta que había quedado unida a

ella. Si no hubiese sido por esto, fácilmente hubiera podido sujetar la hoja entre los dos labios del mango con el auxilio del bramante que tanto abundaba en todas aquellas cajas, y poder así hacer uso del mismo instrumento, aunque bastante menos consistente.

¿Pero cómo arrancar del mango aquel pedacito de acero, sujeto con un clavo remachado?

No se necesitaba tanto para que yo desenvolviera toda mi actividad: bajo la influencia de aquella idea empecé a discurrir la manera cómo podría encontrar lo que deseaba, y a las pocas horas encontréme ya con un excelente cuchillo en la mano, cuyo mango, aunque basto, no por eso dejaba de ser cómodo y hasta seguro.

La confianza volvió a renacer en mi espíritu.

Seguro estoy, que ustedes se preguntarán cómo me las arreglé para salir del paso. Pues voy a explicármelo: yacían a mis pies infinidad de trozos de madera de varias dimensiones y espesor, producto de los destrozos causados por mí en aquellos cajones. Elegí uno de ellos; valiéndome de la hoja del cuchillo labrélo, y practiqué una ranura en su extremo destinada a recibir a aquélla. Tuve intención de atarla con bramante, pero pronto desistí de ello, porque comprendí que, haciéndolo así, el mango resultaría demasiado débil, y mi hoja se vería expuesta a caer o a quedar prendida en las entrañas de alguno de aquellos bultos, en el momento de taladrarlos o aserrarlos. Entonces se me ocurrió que lo mejor sería valerme de un trozo de alambre; más carecía de él, y aunque en seguida me acordé de las cuerdas del piano, la

imposibilidad en que me hallaba de abrir éste, hizo que desistiera de mi empeño.

Tuve después otra idea, y sin duda por ser la última resultó excelente. Eché mano de una de las chapitas de hierro que sostienen las tablas de una caja, y como era muy delgada y flexible, con tres o cuatro vueltas de ella, formé una contera para mi hoja que, protegida por un atado de bramante, me dio un magnífico mango. Verdad es que el largo del cuchillo quedó algo más reducido; mas la satisfacción que experimenté al empuñarlo nuevamente como si nunca se hubiese roto, hizo que no parase mientes en tan insignificante detalle.

Llevaba veinte horas de trabajo en la restauración de mi cuchillo. Pensaba terminar mi tarea para irme a descansar en el instante en que se me rompió, y ya entonces no pude pensar en acostarme porque súbitamente el sueño me había abandonado. Mas apenas hube recobrado mi esperanza, encaminéme a mi covacha, en donde, después de un solitario festín cuyo *menú* no quiero recordar a ustedes, pero que el hambre sazonó con su salsa incomparable, arrojéme sobre mi lecho en busca de un sueño reparador.

LX
HUECO TRIANGULAR

Disfruté aquella noche de un sueño tranquilo; ni sustos ni pesadillas lo turbaron, pues por lo demás podía muy bien ser de día, sin que se perturbase.

Cuando desperté encontréme con más vigor y apetito, y aunque no les agrade a ustedes, les diré que busqué en mi despensa el fiambre de la víspera, y lo saboreé con deleite.

Volví a mi terreno conquistado, y al contemplar lo poco que en la anterior jornada había trabajado, lancé un profundo suspiro. Sin embargo, no está de más que recuerden ustedes aquellas felices circunstancias cuyo primer resultado hubo de ser, por mi desgracia, la rotura de mi cuchillo, mas no por esto eran aquéllas menos ciertas; la caja que me disponía a abrir parecía que no iba a ofrecer gran resistencia, pero como la experiencia me había enseñado a obrar con más prudencia, guardéme el cuchillo y me dediqué a buscar otra palanca más sólida y menos expuesta a rotura.

Para conseguirla, volví a mi camarote en busca de una de las destrozadas duelas de la pipa de aguardiente: tal iba a ser mi palanca.

Después que hube elegido entre aquéllas la más a propósito para mi objeto, agucé con el cuchillo uno de sus extremos, y yo introduje, no sin dificultad, entre las dos tapas de la caja, sirviéndome de martillo otro trozo de madera.

Cuando tuve sólidamente enganchada la duela entre las dos tablas de la caja, agarréla, la atraje con fuerza hacia mí, y después de un prolongado rechinamiento de clavos y madera hubiera podido contemplar mi incógnito bulto, si la falta de luz no me hubiese puesto los ojos en las manos. La caja contenía paquetes que, aunque aproximadamente iguales en tamaño a los que anteriormente habíame encontrado, eran, no obstante, muy elásticos y ligeros; no me costó gran trabajo sacarlos.

Ni siquiera se me ocurrió averiguar lo que encerraban; mas habiéndose abierto la envoltura de uno de ellos, mis dedos tropezaron con una superficie blanda y sedosa que desde luego califiqué de terciopelo.

Sólo dos horas empleé en la tarea de abrir y vaciar la caja; acababa de ganar un nuevo escalón en el camino de mi libertad, y cuando al penetrar en aquélla con el corazón palpitante tuve en cuenta la prontitud con que había trabajado, creíla de buen augurio, y prometíme que no acabaría mal la jornada que tan bien empezaba.

Sin embargo, antes de proseguir mi obra, quise descansar un poco y beber; para lo cual bajéme a mi bodega, y a la

vuelta, antes de renovar mi trabajo, pensé que, ante todo, convenía explorar el terreno circunvecino, a cuyo efecto era preciso levantar la tapa superior de mi caja de terciopelo; este propósito tampoco me exigió muchos esfuerzos.

A pesar del poco espacio de que disponía para trabajar, hice saltar con facilidad las tablas que me impedían ascender, y conseguido esto saqué primeramente las manos y parte del cuerpo después fuera de la caja, apenas una rápida ojeada me hubo demostrado que existía allí un vacío. Este descubrimiento me causó tanta admiración como alegría. Habíaseme figurado que la caja del piano contigua a la cual se hallaba la del terciopelo, se levantaría como un parapeto ante ella, como me había sucedido con la inferior; mas no era así; y no tan sólo no constituía ningún obstáculo, sino que, por el contrario, entre las dos existía el hueco de que he hablado, y cuya forma, según pude apreciar después, era la de un triángulo. Esto era debido a la forma de la caja del piano, que en vez de ser cuadrada como las demás, su anchura iba disminuyendo por uno de sus lados, precisamente por el contiguo a la del terciopelo.

Como este espacio triangular vacío no era suficiente para contener fardo ni caja alguna, dejáronlo sin llenar, de lo cual me alegré muchísimo cuando penetré en él para explorarlo en toda su extensión.

LXI
OTRA CAJA

El examen fue de poca duración. Una enorme caja cubría el fondo; a la derecha había otra exactamente igual, y a la izquierda estaba la parte estrecha del piano, o sea su cola, separada de aquélla por una abertura de cincuenta centímetros, que era lo que constituía la base del triángulo.

Muy poco me preocupaba lo que tenía a derecha e izquierda; todos mis propósitos y todas mis esperanzas se cifraban en lo que podía haber encima de la celdita. La forma oblicua del piano servíame, es cierto, para irme aproximando, en último caso, diametralmente a la grande escotilla; mas no había que pensar en ella ni en las otras cajas contiguas sino en el caso de no poder subir. «¡Excelsior! ¡Excelsior!» Tal era a divisa que había adoptado y que con frenética impaciencia me repetía. Dos o tres escalones más, tal vez no tantos, y encontraría mi libertad; y esta esperanza que acariciaba mi alma y reanimaba mi energía, hacía que mi corazón latiese de gozo.

Aguijoneado por la ansiedad, levanté la mano encima de mi cabeza hasta que tropezó con un objeto a cuyo contacto se crispó y retrocedió involuntariamente. ¡Dios mío! ¡Dios mío! era otro fardo.

¿Pero no me había engañado? Asaltóme esta duda recordando lo que anteriormente me sucediera.

Para tener más seguridad, golpeé con el puño cerrado el fondo del supuesto fardo, y respondióme un sonido muy agradable. Era una caja cubierta de tela de embalar. Un fardo de lienzo no hubiera producido un sonido apagado; en cambio, el que había oído parecía más bien dotado de la sonoridad del vacío.

Sin embargo, aquella caja debía contener algo, pues de otro modo no estaría allí. ¿Qué contendría?

Volví a golpearla, pero esta vez con el mango del cuchillo, y siempre el mismo ruido, igual sonoridad. ¿Se olvidaron acaso de llenarla? Esto llegué a pensar; mas de todos modos lo que contuviera no podía ser pesado ni difícil de extraer.

¿Pero para qué torturarme tanto la imaginación, cuando a tan poca costa podía salir de dudas? Y sin pensarlo más arremetí contra el embalaje, que cedió al segundo tirón.

Pero cuál sería mi sorpresa cuando después de abrir la caja y sacar de su interior uno de los objetos que encerraba, encontréme en la mano con un sombrero de señora, cuajado de cintas, flores y adornos diversos.

Si yo hubiese conocido entonces el traje peruano, mi admiración hubiera subido de punto, porque hubiera sabido

que las descendientes de los Incas jamás se ponen en la cabeza ninguno de aquellos adornos tan en boga entre nuestras damas. Los sombreros que se mandan desde Europa a tan remotos países van destinados a las europeas que en ellos residen, en quienes sin duda la distancia y el mal efecto que los sombreros producen a los ojos indígenas, no han curado de la manía de seguir las modas de París y Londres.

Así, pues, los objetos contenidos en la caja que acababa de abrir iban destinados a esas elegantes damas. No hay que decir cuán defraudadas quedarían sus esperanzas; los sombreros no llegaron a sus manos, o si llegaron, debió ser tan averiados, que no había que pensar en hacer de ellos un objeto de ornamentación personal. Tratélos despiadadamente, y fácil les será a ustedes imaginar a dónde iría a parar tanta elegancia, sabiendo que por disponer yo de poco espacio tuve que reducirlos a su menor expresión.

Piadosamente pensando debo suponer que aquella, mi irrespetuosa profanación atrajo sobre mi cabeza una lluvia de mujeriles maldiciones. Nunca han llegado a mis oídos, de lo cual me alegro, pues a buen seguro que la excusa de que se trataba de una cuestión de vida o muerte que hubiera podido alegar para cohonestar mi falta, no habría encontrado acogida en el corazón lastimado de aquellas señoras. Deseoso, empero de tranquilizar mi conciencia, satisfice más adelante a la modista la indemnización que reclamaba.

LXII
MEDIO ASFIXIADO

Lo primero en que pensé después de sacar los sombreros de la caja, e instalándome yo en ella, fue en levantar la tapa superior, o, en defecto de esto, abrirle el acostumbrado boquete. Pero ante todo convenía hacer un reconocimiento de los lugares, a fin de no exponerme a un trabajo inútil. Para conseguirlo, introduje la hoja del cuchillo por entre las hendiduras de la tapa como medio de averiguar lo que venía encima. Juzgando por la tela gruesa en que penetró la punta de mí cuchillo, creí de pronto haber tropezado con un fardo; pero en seguida, noté que ofrecía cierta elasticidad que no me explicaba más que por una aberración de mis sentidos, pues lo probable era que existiera allí un vacío.

Un tanteo más minucioso demostróme, empero, que allí existía un cuerpo cuya singular flojedad y blandura no me dejaban adivinar el contenido.

Por de pronto creí que la resistencia que había de encontrar sería débil, y bajo tan grata impresión empecé a

perforar una de las tablas que me separaban del bulto cuyo contenido quería averiguar.

Al cabo de una hora de aserrar di por terminada mi tarea, y bien ven ustedes que me resultó barata gracias a la relativa fragilidad de la caja de los sombreros. Llevé la mano ávidamente a su embalaje, cuya contextura conocí en seguida por consistir en la burda tela que se emplea en la fabricación de sacos para los cereales. Sin embargo, la materia que encerraba, sumamente blanda, no podía ser ni trigo ni cebada. ¿Qué era, pues? ¡Me dispuse a abrir al saco una brecha para meter la mano en su interior y salir de dudas; mas no fue necesaria tanta molestia, pues apenas le clavé el cuchillo se desprendió un polvo finísimo que casi me cegó; estaba descubierto el enigma. No obstante, hícele un profundo desgarro, y cogiendo un puñado de aquella materia, la llevé a los labios; ¡era harina!

¡Oh feliz descubrimiento! Ya no debía temer morir de hambre, ni tendría necesidad de alimentarme con la carne de los inmundos pobladores de la sentina. Con harina y agua podría vivir como un príncipe. ¿Qué importaba que estuviese cruda? ¿Dejaría de ser menos agradable y nutritiva?

-¡Bendito sea Dios!-exclamé agradecido.

No pude resistir oponerme a mi deseo de prepararme una buena comida con el fruto de mi feliz hallazgo, y como por lo demás me hallaba algo fatigado, llené los bolsillos de harina, cerré con trapos el agujero practicado en el saco, y me encaminé gozoso a mi covacha, bodega y almacén. Deposité en un rincón el saco con las provisiones de que ya no

pensaba volver a usar, y con harina y agua me hice una especie de papillas que engullí con tan buen apetito cual si fuera un puding preparado al minuto.

Después de mi opíparo y solitario banquete busqué en el sueño grato reparo a mis fuerzas. Pasadas algunas horas desperté, y me dispuse otras papillas que comí sin hacer remilgos ni atragantarme, y en seguida me dirigí al tonel de agua.

Al llegar al segundo piso, mejor dicho, a la segunda caja, llamóme la atención que mis manos se llenaran de polvo al tocar los objetos.

Tan lleno encontré el hueco contiguo al piano, que casi mis pies se hundieron hasta los tobillos, y por mis hombros corría también una masa ligera, desprendida de arriba, cuya naturaleza no tardé en reconocer. Pero antes quise levantar la cabeza para averiguar la causa de un fenómeno que aun no me explicaba, y una lluvia de harina desprendida de mi saco penetróme por la boca, ojos y oídos, y me provocó un exceso de tos, estornudos y lagrimeo, que por poco me ahoga.

Instintivamente di algunos pasos atrás, y sólo al llegar a la caja de galletas encontréme al abrigo de aquella nube sofocante.

Era fácil adivinar el origen de aquel suceso. Mal cerrada la brecha que practiqué en el saco, y removido el contenido de éste por el movimiento del buque, cayeron los trapos con que quise tapar el boquete, y tras de ellos siguió la preciosa harina.

Aquella, pérdida me era tan sensible, que a pesar del peligro de una nueva sofocación no vacilé en correr a atajarla. A la mitad del camino creí notar que la lluvia de harina había cesado; seguí adelante, observando por la sensación si realmente era cierta mi duda y me convencí de que, en efecto, la lluvia había cesado; no era extraño: el saco había arrojado todo su contenido.

Tan lamentable pérdida hubiera sido irreparable, si gran parte de la harina que había caído no hubiese quedado retenida en el suelo de la celdita triangular, situado precisamente debajo del saco, y que al desocupar las cajas había, quedado alfombrado con sus despojos.

Por lo demás, un nuevo descubrimiento que hice poco después, no me hubiera permitido preocuparme por semejante contrariedad si realmente no hubiese sido. Acababa de extender el brazo para asegurarme de que el sitio que ocupaba el saco había quedado vacío, y viendo que así era, tiré de éste y me dispuse a ponerme en su lugar. «¡Un piso más!», exclamé alegremente en el momento de encaramarme; mas hete aquí que apenas mi cabeza se había erguido por encima de la caja de los sombreros a la altura de la estiba superior, un rayo luminoso hirió mis pupilas dejándome por un momento extático y deslumbrado.

LXIII
VIDA Y CLARIDAD

¡Aquel rayo de luz me anunciaba mi salvación! En aquel momento de dicha inefable llegué a olvidar todo cuanto había sufrido.

La claridad que me había herido mis retinas era, sin embargo, una rendija que existía entre dos tablas, no distando de mí más que dos o tres metros.

Aquel rayo de luz no podía proceder de cubierta, pues en el suelo de ésta no existía la menor grieta; por lo tanto, debía haber llegado al través de la escotilla cuyo encerado tendría sin duda algún agujero o desgarro.

Mis ojos no se separaron de aquel finísimo hilo de luz que brillaba para mí como una estrella. Jamás había contemplado cosa alguna con mayor éxtasis; aquella claridad me parecía la sonrisa de un ángel que se congratulaba por mi regreso a la vida.

Trabajo me costó salir de mi arrobamiento; me hallaba próximo a recoger el fruto de tantos esfuerzos y fatigas, y en momento tan solemne no podía detenerme en el umbral de

mi libertad. Cuanto más próximo se tiene el fin, tanto más desearnos alcanzarlo; apresuréme, pues, a sacar todo el cuerpo fuera de la caja de sombreros.

Puesto que aquella luz del exterior llegaba, hasta mí, debía haber alcanzado el último escalón de la estiva; y supuesto, además, que la recibía oblicuamente, ningún cuerpo se interpondría entre ella y yo. De modo, que el espacio que atravesaba debía ser el límite superior de las cajas y bultos que componían el cargamento.

Extendí los brazos a mi alrededor y encontré, en efecto, el vacío; sentéme en el borde de la caja, temeroso de dar un paso hacia adelante y caer en algún hueco profundo que la obscuridad no me permitiría descubrir.

Mis ojos acabaron por acostumbrarse a la débil claridad que hasta mí llegaba, y ya desde aquel punto empecé a distinguir algo los objetos que me rodeaban. Entonces vi que el vacío era muy limitado, formando ante mí como una especie de anfiteatro situado debajo de la escotilla, cuyas paredes lo formaban los barriles y sacos destinados al aprovisionamiento de la tripulación, por lo cual estarían allí dispuestos de manera que estuviesen al alcance de la mano.

El resultado de mis pesquisas me demostró que me encontraba inmediatamente debajo de cubierta. Bastaba gritar o golpear el techo de aquel anfiteatro, para ser oído y puesto en libertad.

Sin embargo, yo me resistía a reclamar aquel socorro, y fácilmente comprenderán ustedes la causa. En aquel instante me acordé de los terribles destrozos que había ocasionado en

el cargamento para poder llegar hasta aquel sitio, y una horrible inquietud asaltó mi espíritu. ¿Cómo me las arreglaría para poder pagar tantos perjuicios? Preveía un desenlace funesto a aquel drama doloroso de mi niñez y vacilaba en provocarlo.

¿Tendría suficiente valor para resistir la mirada del capitán, y sufrir la cólera del piloto? Yo temblaba ante la idea del castigo que impondrían a mi funesta temeridad. En un instante habíase cambiado radicalmente la disposición de mi ánimo; momentos antes la presencia de aquel rayo de luz había inundado de dicha mi corazón; ahora contemplábala con ojos estupefactos, mientras sentíame el pecho dolorosamente oprimido por los más angustiosos presentimientos.

LXIV
SORPRESA DE LA TRIPULACIÓN

¿Cómo repararía tanto daño? Este era el tema de mis pensamientos; pero como no poseía ni un céntimo, todas mis reflexiones no dieron más resultado que aumentar mi profunda pena. Toda mi fortuna la componía mi reloj dé plata... Si lo ofreciera... ¡Dirían que me burlaba! Ni aun para pagar las galletas bastaría.

Tenía también otro objeto, que he conservado hasta el presente; mas su valor real no alcanzaba a unos miserables peniques por grande que fuera el que yo le otorgara, me refiero al cuchillo de Waters.

Tampoco podía esperar que mi tío abonara tantos perjuicios, pues además de no ser responsable de mis acciones, debía estar furioso por mi conducta. Por último, se me ocurrió una idea que me infundió algún ánimo. Podía contratarme al servicio del capitán del *Inca* por un número considerable de años, y para el cargo que quisiera asignarme, hasta pagar mi deuda con lo que yo ganara.

Si la proposición le agradaba, y fuerza sería que así sucediese ya que no había otra mejor que hacer, aun tenía remedio mi situación y quedaba libre de las terribles represalias que temía.

Según antes he manifestado, esta idea me tranquilizó algún tanto, e infundiéndome cierto valor, deseaba ardientemente hallarme en la presencia del capitán para formularla y mitigar su cólera en contra mía, cuando resonó en incima de mi cabeza un gran rumor de pasos que cesaron al llegar cerca de la escotilla.

Pero un momento después sentí otro rumor mucho más grato y armonioso a mi corazón; el rumor de voces humanas: primero oí dos o tres exclamaciones breves; a éstas siguieron algunas palabras que no entendí, y últimamente llenó los aires un canto cadencioso entonado por toda la tripulación del *Inca.* Seguramente aquellas voces serían rudas y poco melodiosas como suelen ser las voces de los hombres que tienen por modelo el ronco bramar de la tempestad, mas en aquel instante a mí me parecieron voces bajadas del cielo, y bajo su arrobadora impresión renació toda mi energía: y se disiparon de mi alma las tristes huellas de mis funestos presagios. Para mí, ya no existían ni la soledad ni el cautiverio; ahora, podía disfrutar de libertad y de luz; y movido de irresistible impulso me lancé a la escotilla en cuyas tablas golpeé resueltamente.

Nadie me contestó; volví a llamar, y entonces los cantos cesaron súbitamente, y las frases entrecortadas que les sucedieron parecían expresar el estupor que debió apoderarse

de los marineros. Repetí los golpes, y hasta intenté gritar; mas mi voz debilísima no podía ser oída, así al menos lo creí en el primer momento; pero me equivocaba: a ella respondió una exclamación cuya intensidad me reveló que toda la tripulación rodeaba la escotilla.

Llamé nuevamente, y esperé con el corazón palpitante de temor y esperanza.

Por fin oí el roce del encerado que cubría la escotilla, y al través de las rendijas de las tablas filtráronse débiles rayos de bienhechora claridad.

Apenas tuve tiempo para apartarme un poco, cuando descubrí el cielo sobre mi cabeza, y heridos mis ojos por el torrente de luz que inundó la lóbrega obscuridad de la sentina, caí sobre una caja como herido por el rayo.

Tan rápida fue la impresión que me produjo aquella deslumbrante claridad, que no pude contemplar los rostros que asomaban en la boca de la escotilla, ni su retroceso instintivo a impulsos del terror que sobrecogió a todos los circunstantes. Oí, sí, los gritos que sucedieron a aquel movimiento, mas pronto dejé de oír también porque quedé desvanecido.

Desde este punto ignoro todo cuanto ocurrió en torno mío; el círculo de cabezas volvió a formarse alrededor de la escotilla, para contemplarme de nuevo, y uno de los marineros se lanzó en mi socorro.

El choque violento de un chorro de agua me devolvió los sentidos, e infundióme la seguridad de que aún respiraba.

LXV
DESENLACE

Cuando volví en mí me encontré sobre cubierta rodeado de los tripulantes del buque, cuyas fisonomías, aunque ordinariamente rudas, me demostraban, más que severidad, admiración y simpatía.

Adondequiera que dirigiera la vista, sólo encontraba caras humanas. ¡Cuánto alivió mi corazón la ternura que en algunos de aquellos rostros se pintaba! Todos los marineros del *Inca* se hallaban en torno mío; y uno de ellos, más afectuoso que los demás, hallábase inclinado sobre mi cabeza, y con un trapo mojado refrescaba mis labios y me frotaba las sienes: era Waters, aquel marinero que me regaló el cuchillo; ¡cuán lejos se hallaba entonces de imaginar el servicio que me prestaba!...

-¿Se acuerda usted de mí, Waters? -le pregunté.

-¡Mil rayos! -exclamó-; que me cuelguen del palo mayor si no es aquel muchacho a quien despedimos de a bordo dos días antes de nuestra marcha.

-¡Es posible! -gritaron los más, admirados.

-Ya verán cómo no me engaño.

-¡Oh! no se engaña usted, soy el mismo.

Mi contestación fue acogida con un clamoreo general.

Cuando pude hacerme entender, pregunté:

-¿En dónde está el capitán?

-¿Quieres hablarle? -me preguntó Waters, a quien particularmente me había dirigido-; precisamente allí está añadió, separando a los marineros que me impedían verle.

Dirigí los ojos hacia la dirección que me indicara Waters, y pude ver al caballero que en otro tiempo me echara de su presencia a bordo, vestido con el uniforme de capitán. La expresión de su rostro, aunque grave, no infundía temor.

Aunque yo estaba en la creencia de que se dejara conmover, vacilé un instante en acercármele; por último, llamé en mi auxilio todo mi valor, e incorporándome, no sin alguna dificultad, y caminando con paso inseguro fui a arrodillarme a sus plantas, y exclamé lleno de sincera emoción y con lágrimas en los ojos:

-¡Oh! ¡estoy seguro que nunca me perdonará usted!

El capitán me contestó con voz conmovida y dulce:

-Vamos, levántate, hijo mío; ven, sígueme.

Y la mano protectora del capitán asió la mía y sostuvo mis pasos vacilantes. ¿Podía temer, después de esto, que por todo perdón me arrojaran por encima de la obra muerta? ¡Ah! El capitán ignoraba los daños enormes que yo le había ocasionado.

Al penetrar en la cámara, mis miradas se reflejaron en la luna de un espejo: difícilmente me hubiera reconocido;

estaba completamente blanco como si me hubieran dado una mano de cal, lo que me hizo recordar el encuentro con el saco de harina; mi cara no era menos blanca que mí vestido, y además descarnada como la de un esqueleto. Privado de luz y de aire, de alimento, y las terribles angustias que en la sentina sufrí, habían causado grandes estragos en mi persona.

El capitán me hizo tomar asiento y dio orden al mayordomo de que me sirviera una copa de Oporto. Mientras la bebía no me dirigió la menor pregunta; mas en cuanto me vio algo reanimado por la influencia de aquel vino bienhechor, me mandó con gravedad, pero sin dureza, que le pusiera al corriente de lo que había pasado.

A pesar de que la historia era un poco larga, se la referí de cabo a rabo, sin omitir ninguno de los motivos que me habían impulsado a huir de la casa de mi tío, ni tampoco los perjuicios y destrozos que, por salvarme, tuve que causar en el cargamento que llevaba en su buque. Una parte de esta dolorosa verdad ya le era conocida, porque algunos de los marineros que llenos de curiosidad habían bajado a la sentina, le informaron de lo que habían visto.

Cuando hube dado fin a mi relato, y antes de darle tiempo a que el capitán emitiese su fallo, me apresuré a proponerle el pago de mi deuda por medio de mis servicios: con el corazón oprimido por la inquietud y el temor, estuve esperando la contestación; por fortuna, no se hizo mucho esperar.

-¡Valiente muchacho! -exclamó, conmovido, el capitán-; mereces entrar en la marina, y yo te prometo por la memoria

de tu padre, a quien he conocido, que llegarás a ser todo un hombre de mar.

Después, dirigiéndose a Waters que esperaba de pie junto al dintel de la cámara, exclamó :

-Llévate a este muchacho y ponle un vestido nuevo; en cuanto haya recobrado las fuerzas, le irás enseñando el nombre y cómo se manejan las cuerdas del aparejo.

Desde aquel día, Waters se dedicó a enseñarme concienzudamente la maniobra, y a sus órdenes estuvo hasta el día en que, terminado mi aprendizaje, fui inscrito en calidad de marinero.

Ya saben ustedes que mi divisa era «Excelsior», y que, por tanto, debía ascender. La protección que me dispensara el capitán me fue de gran utilidad, pues al poco tiempo llegué a contramaestre, después a segundo piloto, más tarde a primero, y por último a capitán con el mando de un buque.

Andando los años mi posición mejoró notablemente, y acabé por hacerme propietario de un buque y mandarlo yo mismo en persona. Este era el sueño dorado de toda mi vida; desde entonces pude elegir mi derrotero, surcar el Océano en todas direcciones, y comerciar con aquellos puntos del globo cuyas costas me atraían.

Uno de los primeros viajes que realicé por mi cuenta, fue al Perú, y por cierto que no me olvidé de llevar a aquella tierra una caja de sombreros para las damas europeas de Lima. Esta vez la caja llegó sana y salva, y es de suponer que los sombreros fueron del agrado de las lindas criollas a quienes lo dedicaba.

Por lo demás, hacía tiempo que había saldado la deuda que contraje estando en la sentina del Inca. Por fortuna la cantidad que tuve que satisfacer no fue importante, porque los comerciantes a quienes pertenecían las mercancías averiadas rebajaron mucho de su coste, teniendo en cuenta las especialísimas circunstancias que me obligaron a hacer tales destrozos. El capitán habíase entendido con ellos, y las condiciones que éste me impuso fueron tan buenas, que me bastaron algunos años para saldar mis cuentas, o como dice la gente de mar, para bracear las vergas.

Mucho he viajado, he hecho algunas expediciones lucrativas y he economizado mucho pero cuando tuve lo necesario para pasar el resto de mis días, canséme de las borrascas que agitan el seno de mi elemento favorito, porque ya deseaba disfrutar de una existencia más tranquila. Este deseo se fue haciendo más intenso y vivo a medida que las canas emblanquecían mi cabeza; hasta que por último, no pudiendo ya resistirle, terminó la lucha vendiendo buque y cargamento, y echando el ancla de mi existencia en este plácido rincón en donde vi la luz primera, me dispuse a esperar, libre de las borrascas de mi vida aventurera, el término natural de mis ya dilatados años.

Ya he terminado mis queridos oyentes; queden ustedes con Dios, y Él los guarde y proteja.

FIN